This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.

+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.

+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.

+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at `http://books.google.com/`

Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

+ *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.

+ *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.

+ *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.

+ *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página `http://books.google.com`

Span 5667.5.31

HARVARD COLLEGE LIBRARY

CUBAN COLLECTION

BOUGHT FROM THE FUND

FOR A

PROFESSORSHIP OF
LATIN AMERICAN HISTORY
AND ECONOMICS

FROM THE LIBRARY OF

JOSÉ AUGUSTO ESCOTO

OF MATANZAS, CUBA

Span 567.5.31

MANOLIN

NOVELA ORIGINAL

POR

EVA CANEL

HABANA

Imprenta La Tipografía de Manuel Romero Rubio

O'REILLY 10, ENTRE SAN IGNACIO Y MERCADERES

1891

HARVARD COLLEGE LIBRARY
MAY 3 1917
LATIN-AMERICAN
PROFESSORSHIP FUND

Span 5667.5.31
Escoto Collection

Es propiedad de la autora.

A LAS SOCIEDADES

Asturiana de Beneficencia

Y CENTRO ASTURIANO

Si en la dedicatória de esté libro que como recuerdo cariñoso dejo á mis comprovincianos, ven un lazo de unión inquebrantable los buenos hijos de la noble Asturias, sentiré orgullo legítimo como escritóra y satisfacción, la más íntima, como asturiana.

A unos y otros dice hasta luego y á tódos ruega que no la olviden,

Eva Canél.

¡Ya! ya! ya! ¡Corone...lá! ¡Genera...lá! ya! ya! ¡Ooóh! ¡Ooóh! Anda, morena, buena moza, salada.

Y las mulas arrancaban sacando fuerzas de la flaqueza natural que produce un viaje desde Oviedo hasta las orillas del rio Navia, aunque sea con parada de una noche en Salas y paso de tortuga en la famosa cuesta de la Espina.

El mayoral manejaba con estrépito la tralla, gritaba hasta enronquecer y animaba el ganado con el infernl tecnicismo de la clase y las algarabías propias del oficio.

Estaban cerca de Navia: allí mismo, á la vuelta del primer recodo, enfilarían el último trozo de earretera, al quedaba remate un puñadito de casas blancas, amontonadas, con balcones y ventanas pintadas de verde, como si este color fuese allí el dominante por moda, por costumbre, ó por mantenerse más terne á las embestidas invernales.

Ya se divisaba la Ría, hinchándose, invadiéndolo todo con la subida de una marea de plenilunio, inundando sus vegas pintorescas y sus orillas festoneadas de piedrecitas menudas, chatas y brillantes, que al contacto del sol de Julio, abrasador y espléndido, apesar de encontrarse en el

decline de su magestuosa carrera, despedían reflejos semejando pedazos de vidrio esparcidos por una mano cómplice de la naturaleza.

Señorita, señorita—gritó el mayoral arqueando el cuerpo para nivelar la cabeza con el cristal de la berlina—mire V. que bonito: esta Ría vale un Potosí. Ya estamos llegando á Návia.

La interperlada bajó uno de los cristales para contemplar mejor lo que el mayoral la enseñaba y preguntó—señalando una especie de torreon ó castillo que á la izquierda se levantaba.

—¿Y aquello que es?

—¿Aquello? El castillo de Monjuich—respondió el mayoral riendo y soltando un trallazo á la coronela—ahí D. Ricardo se lo esplicará á V. porque en quince años que ando por estas tierras, todavía no he sentido la curiosidad de preguntarlo.

—Ricardo, Ricardo, despierta: dice el cochero que ya estamos en Návia.—Dime: ¿qué es aquello?

En este momento daba el coche la vuelta sobre las Aceñas y pasaba por Buenavista como alma de asturiano politiquillo arrebatada por su dueño el diablo.

—¿Eh? ¿qué dices Chucha?

—Ya no se vé: te preguntaba que era una como torre, castillo, ó cosa así . . .

—¡Ah! la torre de Lienes.

—¿Y qué quiere decir?

—No quiere decir nada: es reliquia de nobleza; la gente del país cuando tiene alguna desgracia dice: «Jesús antes que suceda esto más vale que se caiga la torre de Lienes.»

—¿Y en tu casa hay también reliquias así... vamos, torres de nobleza?

—En casa hay . . . mira hijita ya estamos en Návia: ahora va á ser ella. Ya verás como me estrujan: ya te he dicho, á todos lo mismo ¿eh? y aunque veas alguno que parezca aldeanote y . . . vamos . . . con esos más risita que con los otros: al fin todos son iguales y todos sirven. No; y que no quiero que digan «mira que orgulloso vuelve: ¡como trae dinero!»

La diligencia acababa de pararse: una multitud abigarrada se atropelló contra las dos portezuelas de la berlina gritando, haciendo equilibrios sobre los dedos de los pies y agitando los unos las manos, los otros el sombrero y todos llamando al viajero para no pasar desapercibidos á sus ojos y recíbir cuanto antes una señal de contestación, una mirada ó una sonrisa.

—¡Don Ricardo!

—¡Ricardín!

—¡Bien venido *hom!*

Allí no se entendía nadie. Quince ó veinte pobres entre ciegos con lazarillos, cojos con muletas, mancos sacudiendo el asqueroso muñon, chiquillos enseñando cuanto Dios les dió y algunas *muyeres* de la aldea con su *mantoncín* doblado en cuatro, plantado sobre la cabeza para resguardarla del sol y su cesto en el brazo por donde salía algún pedazo de *borpña,* producto de la recolección del día, empujaban á los amigos entusiastas llevándolos y trayéndolos en oleadas de pedigüeñas desvergüenzas.

—¡Don Ricardo!

—¡Don Ricardín!

—¡Mire que soy yó don Ricardo!

—¿No me conoce á mí?

—Ande D. Ricardín, deme una *perrona* por el alma de su madre.

Por los que *tien nel* otro mundo don Ricardo,

Aquello tenía trazas de no acabar nunca y los viajeros continuaban encajonados en la berlina por imposibílidad de poner el pié en tierra; de tal manera los estrujaban los pedigüeños y los amigos obsequiosos.

—Ande tío Antón—dijo una pobre encarándose con un hombre medio si señor y medio gañan, que sin acercarse mucho, parecía el que con mayor interés miraba al interior del coche—V. que és tan amigo de D. Ricardo dígale que nos socorra.

—¡Vamos *codo!* ¡Allá vá! ¡para todos y *dejainos* en paz *aldromeras* de mil demonios.

Y el tío Antón echó á volar una moneda de dos pesetas, que en nada estuvo no fuera á la Ría.

Cachetes, repelones, pellizcos, puñadas y revoltijos terrestres para cojer la moneda, salpicados con *puñeflas, judías, cebollas* y todas las indecentes hortalizas que sin cesar mascullan por allá hombres y mujeres.

Rodaban las cestas, pisoteabanse los mendrugos de pan de maiz esparcidos por acá y por acullá; limpiaban el santo suelo los pañuelos y entre los rengos que antes andaban derechos y los cojos de verdad, que en la refriega habían perdido las muletas, alzóse una mujer con aire triunfante, desgreñada, sin pañuelo en la cabeza y con el del cuello tan retorcido y hecho jirones que mostraba las protuberancias torácicas apenas encarceladas entre la rejilla que formaba un junco pasado por los ojetes de su mugriento justillo.

Jadeante y sofocada, buscaba con la mano izquierda vuelta hacia la espalda las puntas del pañuelo para colocarlo en su sitio, y con los dos dedos de la diestra, pues que los otros empuñaban la moneda que tantos golpes y repeladuras le había costado, procuraba estenderlo sobre el pecho para cubrir la carne que reventando se asomaba

descaradamente, libre de chambra y de camisa, por el enrejado de junco seco.

—*Andaí judíos* que no *vos salistes* con lo que queriais: *vení pacá* vaya que *non vos* voy á robar; partirémoslo: *voy cambiar*.

Y apretó á correr estirándose siempre el pañuelo, seguido de la turba harapienta que entre insultos y desvergüenzas á la mozona descarada, maldecía los pisotones y arañazos recibidos.

Una vez sólos al rededor del coche los amigos del viajero, pudo éste descender de la berlina y aquí tocaron á estrujar abrazándole, uno por delante, otro por detras y otros de costado, torciéndole el cuerpo á un lado y á otro, haciendo saltar el fino sombrero de jipijapa y rodeándole el robusto cuello cuatro pares de brazos que parecían cuatrocientos por lo que apretaban sin pizca de consideración al gaznate de D. Ricardo.

Una doncella y un criado se bajaron del interior del coche y los mozos acudieron con las correspondientes escaleras para desatar la *vaca* y comenzar el descenso de baules, cajas y maletas pertenecientes al señor Menéndez del Castañar y á su jóven esposa la bella Chuchita Carrasco.

La diligencia no llevaba otros viajeros por que enterita la había tomado Menéndez en Oviedo, para hacer cuantas paradas y descansos se ocurriesen á la señora, poco avezada á semejantes medios de locomoción descoyuntadora.

Cuando el furor *estrujante* hubo pasado, echaron los amigos un pié atrás para dejar sitio á la viajera: ésta bajó apoyada en la mano que le presentó su marido, inclinando la cabeza graciosamente y repartiendo una sonrisa estoica entre la concurrencia.

—Estos señores son antiguos amigos, dijo Menendez á

su mujer, escusando las presentaciones singulares por no parecerle seguramente que merecían los circunstantes otra clase de señalamiento.

Era un monton de amigos; sobrado que tendria Chuchita que tragarlos en su casa porque ya se figuraba Menendez que no le dejarían ni á sol ni á sombra.

Un poco aplacados los ánimos efusivos con la presencia de la señora que en algo cohibía á la turba de notabilidades de aldea, extendió Menendez los brazos para recibir en ellos al tio Antón que apartando á los entrometidos se acercó al viajero como diciendo: gracias á Dios que te dejan estos *rocines*. El tio Antón llamaba rocines á todos sus convecinos.

Abrazáronse estrechamente los compinches, tal parecian por el cariño conque se apretaban, y desprendiéndose Don Ricardo con un movimiento brusco volvióse hácia su mujer, que no sin curiosidad miraba al amigo de su marido, y la dijo con expansión franca:

—Aquí tienes á mi amigo Antón Lanzas. Ya le conoces de nombre.—Esta es mi *señora*, Antón.

D. Ricardo Menendez creía que decir mi mujer era cosa basta y propia de gente de otro pelaje; pero Chuchita, á fuer de madrileña elegante y educada en Cuba, ya sabia que no era distinguido aquello de mi *señora* por arriba y mi *señora* por abajo.

—Tengo mucho gusto en conocerlo, dijo, pronunciando entre dos aires la c y la s.

—Y yo en ponerme á sus pies, respondió Antón, descubriendo una cabeza grande, bastante bien formada y que no carecía de mérito para ser modelada en yeso.

Los presentes se miraron con su miaja de envidia y no faltó quienes se diese de ojo como diciendo: «con esta se deshace en cumplidos, como se conoce que no es la

Toxa, ni la Pintada, ni la Santina. Es mucho peine: sabe más que Lepe. »

—Antón, ¿sabes si están dispuestos los caballos?

—Pues ya lo creo: pero antes de seguir á casa tomarán un bocado: está preparada la mesa en casa de la Valora, es cosa de merendar miéntras baja un poco el sol.

—Gracias, medio silvó la señora de Menendez, yo no tomo nada: hemos comido en Luarca y deseo llegar á casa cuanto antes.

—Pero un bocadito: vamos Ricardo anímala.

—Sí, decían los demás, pica mucho el sol para salir ahora á caballo.

—Traigo sombrerón, respondió Chucha.

—¡A ver; Los caballos! gritó Menendez.

—Uno está sin aparejo: como encargaste que no ensillasen . . .

—Sí, ¡Pepe! La montura: bajen la montura de la señorita.

—Aquella caja, gritó el criado á un mozo de la diligencia; baje usted aquella caja.

Obedeció el mozo, y cuando la caja hubo estado en el suelo, abrióla Pepe con una llave que buscó en sus bolsillos y sacó los arreos completos para engalanar la cabalgadura de una elegante amazona.

Lástima que el caballejo en que fueron colocados no mereciese los lujos y galanuras que le plantificaron. Era un jumento gallego, bajo de alzada, redondo y bien hecho eso sí; pero que estaba el pobre pidiendo á gritos una albarda.

Encabezáronle primero una jáquima de finísima correa; con sus broches y pasadores de plata luciendo todos la J y la C como fé de bautismo. Jesusa Carrasco no habia querido dejar en Cuba las prendas hípicas de su pertenencia.

José, que era un mulato buen mozo, fué colocando con muchísimo esmero sus elegancias al caballo, no sin pedir antes un cepillo y una rasqueta, porque no encontraba digna de la *niña* la limpieza que habian hecho al animal. Despues de un sudadero gris con ribetes punzó entretelado y mullido, según lo conveniente al lomo de las bestias de aparejo, echóle una manta de gamuza ribeteada de terciopelo y con la J y la C primorosamente bordadas en ambos lados. Sobre esto fué la silla de cuero de Rusia, cuidadosamente enfundada, regalo de un comerciante muy amigo de Menendez, que á todo coste la habia mandado hacer con pieles encargadas de exprofeso. El freno era también una preciosidad, con barbadilla y pasadores de oro, bocado de plata y riendas dobles que eran un primor por la elegancia con que estaban colocadas para que llegasen sencillas á la manita delicada que habia de aprisionarlas.

El estribo, constituíalo una babucha de plata calada, pequeñita, muy remonísima y coquetona que delataba un pié del tamaño de un panecillo de Viena.

¡Y no era boca la que abrian aquellos pazguatones que habian ido á esperar á Ricardin Menendez! Vaya que cosas *home*: *enjamás* de los *enjamases* habían visto igual montura. ¿Para que serian aquellos ganchetes y aquel estribo? ¿Montaría la señora de Menendez *esparrada* como los hombres? ¡Quiá! *non* podia ser.

Mientras el mulato daba la última mano al caballo, la doncella, otra mulatica un poco más oscura que Pepe, sacaba de una caja un sombrero grande de paja, rodeado con un pedazo de cachemir bordado con puntitos azules y caprichosamente colocado por mano de artística sombrerera. Quitóse Chucha su toquita de viaje y se puso la pamela que la sentaba á las mil maravillas. Preciosa estaba, *¡codo*, según opinión de aquellas gentes. ¡Vaya una moza!

Blanca, rubia, con unos ojazos negros que le bailaban y un cuerpo tan macizo y tan redondito . . . Vaya que Ricardin habia escogido bien: de él si que no se podia decir que tarde y con daño.

No había medio de detenerlos: cuando no cedían á las súplicas de Antón Lanzas, boca abajo todo el mundo.

—Vaya señores, dijo Menendez dirigiéndose á todos en general, ya saben ustedes donde está mi casa y que yo siempre soy el mismo: espero verlos por el Castañar.

—Una silla, una silla, para que monte la señora, gritaron tres ó cuatro. Pero antes que se diesen cuenta ya Chuchita habia pegado un salto desde la mano de Pepe hasta la montura y se había colocado sin que el caballo embobado regularmente de sentirse tan majo, hiciese movimiento de pié ni de mano.

—¡ *Válate* el diablo! Si *non* se puso al revés *home*.

—Pues tienes razón: está con la mano derecha hácia las orejas.

—¡Si parece que vá *esparrada!* ¿Cómo se habrá sentado?

—Non, pues por el otro *lao non* le cuelga ninguna pierna.

Estas conversaciones cruzábanse entre tanto Pepe cubría con un guardapolvo de seda cruda el estribo y un poquito de pierna que dejaba descubierta lo inadecuado del traje.

Una vez lista, excitó Chucha un poco el caballo para sacarle de la imbécil pasibidad en que se habia quedado y el corrillo se deshizo por miedo á una caricia de los cuartos traseros, que no había mucho que fiar de las cabalgaduras gallegas.

—Vaya, D. Ricardo, salud y mandar.

—D. Ricardin, alégrome tanto de la venida.

—Páselo bien, señora; hasta la vista.

—Adios, chico, dijo Menendez abrazando á Lanzas de nuevo. ¿Cuándo vas por el Castañar? Mira no acepto tu convite porque ya ves, estando Jesusita, ya me entiendes; yo soy siempre el mismo y si tu estuvieras solo de mil amores; pero con todos estos . . .

—Tienes razón, con estos rocines . . . Ahora voy con vosotros: tengo aquí el caballo para *acompañarvos* hasta que *vos* deje en casa.

—Bueno, pues vamos.

Pero era el caso que Carmela, la mulatica, se resistía á montar en un borrico de grande alzada que lleno de arrumacos y muy de manta con borlas de colores y todo, pegaba cada brinco y cada par de coces que hacían reir á todos, incluso á Chucha.

—No seas cobarde, mujer; monta. ¿Cómo te has de caer de semejante sillón?

Con efecto, el asno tenia muy amarraditas á la albarda unas jamugas cómodas y poltronas como ellas solas, pero el burro que no se habia puesto como el caballo á la altura de las circunstancias, protestaba con relinchos, patadas y meteduras de cabeza entre las patas de adelante.

¡Nada! Que la mulata no quiso montar y se hizo preciso que aguardase los carros que debian conducir el equipaje para que fuese en uno de ellos.

Cuando Menendez, Chucha, Antón Lanza y el mulato se hubieron perdido entre la polvareda de la carretera, apretóse de nuevo el corrillo de notabilidades.

—¡*Non* digamos! El viene tan llano como se fué.

—¡Qué ha de venir, *home*, qué ha de venir! No le distinguiste aquella risita que parecía salir á la fuerza! Mira que despreciar la merienda! Anda, y las Valóras quédanse con ella hecha.

—Ya la pagará quién la mandó disponer.

—Ella guapa, es guapa, *Codo;* pero *pintame* que lo ha metido en un puño: él *tá* cambiado . . .

—Claro, *home*, claro. Como que la *clás* de ella es más alta y él, de *Salamon* nunca tuvo cosa mayor.

—Tuvo bastante *pa facer* millones.

—Sí creo que trai el demonio *dellos.*

—Trai *home* trai, más de una docena.

—Anda que no saldrá sin carne en los dientes el señor don Antón.

—Pues *tá* claro; como que si *non* fuera Lanzas maldito á la Habana iba, ni *houbiera* salido nunca de ser Ricardín.

—*Taba* más *tronao* que el violin de media *oureja.*

—¡Pocas gracias! á una señora como esa cualquiera la quiere.

—*Non* pues ella *non* tenía cuartos; el padre dicen que es general y conde.

—Paes ya *cayimos*: Ricardín quiere ser conde: anda que *non vá rabiar* poco *nel* infierno don Sancho *¿Non vos* acordaís que siempre le llamaba *fiéndole* burla «el conde del Castañar»?

—Pués *ha* salirse con la suya ¡júrolo!

—El *ha ser* todo lo que se le ponga *na* montera.

—Eso *tá* por ver—dijo alzando el gallo un miquillo entre mercé y señoría que había estado tuerce que te torcerás en su bigote negro y poblado—Ricardín fué *diputao* á Cortes porque Toreno quiso y después faltóle como un puerco *pa* irse con Pidal, *codo*: y estas ingratitudes *non* las aguanta el conde, que á bueno nadie le gana en Asturias pero el que se la hace . . . .

—*Non barulles*: Menéndez *tá* cojido á Pidal.

—Aunque se coja al *subsum corda, codo*: el tendrá dinero, pero lo que es Toreno . . . . me *costa* de toda *cos-*

tancia y cuando lo aseguro . . . . ¡Si me lo ha dicho á mí poniéndome una mano en el hombro! «con los de Pidal ni al cielo derecho y lo que es Cánovas me prefiere sobre todo los Pidales.» ¿Quereis más?

—*Non home non* ni tanto; pero lo que yo te digo es que Ricardo si *non* vuelve á ser diputado será por que *non* le dé gana: y dí tu Pachin; si echas tanto en contra de Menéndez ¿cómo viniste á esperarlo?

—Vine porque . . . . somos amigos particulares: lo cortés no quita lo valiente: sobre todo, si llega un caso más me necesita él á mí que yo á él, *codo*, porque yo tengo voto por capacidad.

—Y que le importa tu voto *home*: *non* se lo das á Toreno?

—Hasta dudarlo es una injusticia: y soy de quien soy, *codo*, y lo soy toda la vida; por la consecuencia llévanme á la horca—replicó enfáticamente el de la capacidad dándose una reverenda puñada en el pecho.

—Vaya Pachín vaya *non* te alborotes, *iuda* te *habemos* de ver con la señora de Ricardín de ganchete por las fiestas.

Pachín se retorció el bigote con más fuerza, rió con alma y cuerpo y se puso encarnado hasta el blanco de los ojos.

Su vanidad de medianía de aldea estaba satisfecha: le creían digno de zarandear una hija de un conde-general..... y tan guapa! . . . tan guapa! la cosa no tenía mucho que discurrir: ¿quién había en todo el contorno que tuviese la ropa que él tenía, ni pusiese camisolas tan bien planchadas, ni cambiase de corbata cuatro veces al año, dos en invierno y dos en verano? nadie.

—*Miráde miráde* quien viene por allí.

Volviéronse todos para mirar á un jóven, casi un niño, que caballero en un matalón flaco y desvencijado, sacudía

las piernas con intención seguramente de hacer caminar más ligero á su rocinante.

—Felices señores, dijo parándose delante del grupo: ¡Ha llegado ya Menéndez por lo que veo!

—Si: ya va andando *pá* casa: llegaste tarde *rapaz*.

—¿*Neno* donde tuviste que te descuidaste? dijo el del voto por capacidad acercándose al recien llegado.

—Tuve que ir á la Caridad á un recado de mi hermana y se me hizo tarde: ¿Podré alcanzarlos?

—Sí que podrías con un buen macho, pero el rocín *tieneslo cansao* y ellos iban volando: si desde Buenavista *non* los ves *non* corras que *non* los cojes hasta cása.

—Adios señores.

—Adios Manolín.

—¡Esta es otra y no es mala: ¿Qué dirá la señora de Menéndez cuando vea este chico? porque el diablo lleve si no lo saca cualquiera por el *carauter*.

—*Non hé* tanto; Manolín se parece á Menéndez cuando era jóven, pero Ricardín puede tener ahora sus . . . cincuenta y cuatro.

—¡Bota con mil diablos!

—Pues *non* digo uno ménos: tiénelos y cumplidos.

—Y puede ser que la hermana le mandase venir á esperarlo.

—*Ta* claro: el es un inocentón, pero la hermana sábelo todo: los pobres *tan* como las ratas, eso es verdad. Anda que si viviera hoy la pobre de Dª Manuela.

—Si, *valióle* más morirse: ver á Ricardín casado sería *pa* ella la muerte.

—Su muerte fuélo de todas *las* maneras: ¡*non vedes* que se portó con ella tan malamente! En cuanto salió diputao y le llamaron *don* y se vió en *Madril* ya se olvidó de la

señora . . . y cuidao que fué desgraciada por causa dél . . .

—¡También Dª Manuela, era buena! . . .

¿Quién le mandó *namorarse* de otro siendo casada?

—Con un marido como D. Sáncho, si yo fuera mujer, namorábame de un zagal de diligencia, *codo*.

—*Vamos ver* si Ricardín hace algo por los chicos: *Tár, tá* en el deber; y muerto me entierren si no *toy* yo seguro que los *va sacar* de apuros.

—¡Quia! *non* lo *creades:* non sacó á la madre pá sacar á los hijos . . .

Manolín aunque rece hijo de don Sancho *éslo* tanto como yo del Obispo: su padre es Ricardín, non puede negarlo.

—En fin, ya lo verémos: ahora lo que hace falta es que nos componga un poco el concejo.

—Sí; ahora *non* hay que temerle: *non* necesita dinero por que tray bastante, lo que hace falta es que plante á Lanzas . . .

—Non te verás *nesas* querido: á Antón no lo planta: ¿olvidais que fué quien le hizo *diputao* y quien lo mantuvo en *Madril?*

—*Non hé* verdad: quien lo mantuvo fuimos nosotros: fué el Ayuntamiento: ¿ó non salía de nuestros bolsos lo que Antón le pasaba?

—Vaya si salía! díganmelo á mi gruñó Pachín el torenista—todo se lo he contado yo al Conde: no quería creerlo, pero cuando le presenté las pruebas quedó bobo.

—¿Tienes tú las pruebas *hom?*

—Tengo.

—Mira tu, si se la presentasemos á Ricardo puede que se avergonzase del amigo y *non* quisiese . . .

—*Quitaivos hom:* ¡pues *non* lo sabe de toda la vida! . . .

—Es verdad: vale más dejarlos hasta ver en qué para esto.

—Sí, aver como las componen: Ricardín *non* puede faltarle á Pidal, y Antón débele á Toreno *non* estar en presidio. . . .

—Veremos cosas buenas.

—Si que las veredes—dijo el del voto por capacidad despidiéndose.

Disolvióse el grupo y tiraron cada uno por su lado, pero siempre con la mente fija en aquel paisano que había sido un pobretón, un aldeanín poco más ó ménos y que á la vuelta de diez años se les presentaba con algunos millones y emparentando con generales y condes.

***

El Castañar era una casa de aldea pintoresca y alegre, como son todas las del Occidente de Asturias; con sus huertas de rica fruta, sus maizales, sus vallados cubiertos de zarzas y helechos, sus prados verdes y húmedos, salpicados de margaritas silvestres, de manzanilla y de florecillas de San Juan.

La casa de Menéndez estaba enclavada en la cabecera de un *soto* de castaños viejos y de sabroso fruto; castaños gallegos y castaños de yema, los más abundantes y apreciados de la comarca. Al pié del empinado castañar estendíanse grandes *pumaradas* ó prados llenos de manzanos cargados con el esquisito fruto, y un río pedregoso y escandalosamente murmurante, en donde se pescaban esquisitas truchas, bañaba la pradería cuando las necesidades del verano obligaban al riego artificial tan poco usado en aquellas regiones lluviosas.

Al lado opuesto del río había un monte, no desprovisto

de vejetación, que daba á los prados y al castañar un aspecto melancólico y poético cual no vale imaginarlo: precisaba verlo: sentir allí los ruidos de la naturaleza chillona en sus mutismos, revoltosa en su descanso y despierta en los profundos letargos de un crepúsculo vespertino de las tardes de Julio.

La casa de Menéndez debía su nombre al terreno en que estaba situada y distaba apenas cinco minutos de las primeras del pueblo de Suaces. Era éste desparramado como allí lo son todos: las casas no están apiñadas como en Castilla y si diseminadas entre huertas y tierras de labranza.

La familia Menéndez comenzaba una genealogía novísima, cuando dá principio ésta novela. Había sido el Castañar tronco robusto de una dinastía de aldeanos ricos. Los Menéndez poseían muchas tierras y muchos gaganados, por lo cual gozaban fama de ricos. La posesión que rodeaba la casa también era muy productiva en frutas y miel. Los nonagenarios del contorno, que había muchos gracias á la vida de aldea, á la frugalidad de los alimentos y á la bondad del clima, recordaban que en otro tiempo se guardaba en los *horreos* del Castañar el maíz de dos años intacto; tal abundancia de granos cojían.

Pero esto era en tiempos del abuelo de Ricardín. El padre había descuidado ya las haciendas, inclinándose un poco al señorío por haber contraido nupcias con mujer de la villa, y la casa fuéra para bajo rápidamente. La madre de Ricardo era hija de un abogado: habíanla casado en el Castañar contando con que las riquezas serían eternas; pero una señorita en casa de un labrador es la ruina inevitable. Si la abuela juntára peluconas, vendiendo frutas, granos, miel, cera y demás productos de la casa, exparciéralos con aire la madre, por lo cual suegra y nuera habían

vivido en perpétuo infierno, hasta que, en fuerza de berrinches, pasára la aldeana á mejor vida dejando á la *señorita* dueña del campo y de la voluntad de su marido.

Pocos años bastáron para que la madre de Ricardín y el padre, que completamente se desentendía de labranzas y recolecciones, llegasen á empeñar algunas tierras que los abuelos habían trabajado con sus manos, y cuando el mayorazgo, que era Ricardo, tuvo quince años, ya no fué posible sostenerle los vicios de desayunarse con chocolate y comer pan de trigo delante de sus hermanos, que lo comían de maíz ó se desayunaban con caldo del día anterior.

Ricardo sabía apenas leer y escribir: había tenido por maestro á un pedagogo de Suaces, al que lo mismo él que los demás chiquillos de la aldea pagaban anualmente en granos el valor de cuatro pesetas no redondas.

El tal pedagogo decía *groria* por gloria, *plado* por prado, *espirito* por espíritu y, para remate prosódico, cuando llevaba el rosario en la iglesia, que lo llevaba con bastante frecuencia, espetaba un *enredadoras las mujeres* en lugar de decír *entre todas las mujeres*, rezando el Ave María.

Júzguese, pues, de la instrucción primaria de Ricardín.

El cura de Suaces, un *ánima mea* de la montaña que había sido criado de un obispo y poco menos que á moquetes le había ordenado su Ilustrísima convencido de que no servia sino para rociar sepulturas con agua bendita, fuera el maestro superior que tuviera Ricardo.

En cinco ó seis años de aprender latin de misal y de breviario; de ayudar á misa y á bien morir y á mal enterrar, pudo escurrírsele en la mollera aquella máxima de Virgilío que dice: *Quo cunquetrahunt fata secuamur*, la cual repetía á cada triqui traque sin ton ni son pero juzgándola siempre como artículo de fé. Que el hombre debía ir á donde la suerte y las circunstancias le llevasen

así fuese al cielo ó al infierno, era para el muchacho un compendio de filosofía.

Desde el punto y hora qne se penetró del sentido mundológico que el latinajo encerraba, creyóse hombre, se volvió grave y reventaba orgulloso de sí mismo.

Ya no cantaba la misa del domingo, ni hablaba apenas con los muchachos de su edad; se tenía por superior y casi por sábio; acompañaba al cura en excursiones cinegéticas de caza menor, y saludaba al maestro desde la altura del más grande castaño intelectual que sentía crecer en su cerebro; desde la que él llamaba moral virgiliana.

Antón Lanza, otro muchachote de Suaces holgazan y zoquete para labrador pero endiablado y pillastre cuando se trataba de jugar las cartas y hacer trampas, era el amigo único de Ricardo. Lo dominaba á capricho de sus malas mañas, inducíale á robar pesetillas ó piezas de dos cuartos á su madre y lo llevaba de feria en fiesta metiéndose ambos por tenduchos y tabernas, apuntando cuartos al monte ó jugando castañas y sidra á la maliciosa brisca.

Murió el padre de Ricardín y quedó la madre dueña de haciendas empeñadas, con tres hijas que necesitaban dote para aspirar á meterse en casa de un labrador acomodado y con un hijo que gracias á su anfibia posición, ni le querría una señorita ni podría dirigir sus pasos hácia la hija de un aldeano rico.

Iba el Castañar despeñándose poco á poco y dió el último tumbo con una hipoteca redonda para dotar á las muchachas y echarlas de casa. Una vez despachadas las chicas, suponía la madre de Ricardo que cualquier padre de posibles metería allí dos mil duros de dote con los cuales quedarían casi libres de pagar intereses por préstamos, y verían la posesión desenvuelta de papel sellado; pero las aficiones derrochadoras de la madre y la fama de jugador y

holgazan que gozaba el hijo, fueron motivo más que suficiente para que las cosas continuasen de mal en peor, en punto á coger dote sana y limpía. ¡Pues poco que olfatea un aldeano antes de soltar prendas, hijas y dinero!

Ricardo y Antón Lanzas continuaban su vida de aventuras de aldea y poco á poco fueron elevándose á la categoría de tahures de villa.

De féria en féria y de mercado en mercado no tardaron en hacerse sitio entre nobles arruinados y ricos que ponían de su parte los medios para llegar á lo mismo. Así que cuando Ricardín contaba 25 años, ya se tuteaba con unos y con otros y había adquirido la primera mano de barníz social al rededor de aquellas mesas de juego en que el amo se mezclaba con el criado, el señor con el colono y el aristócrata de raza con el más vil de los pecheros.

De aquel revoltijo indigno, de aquella amalgama detestable vino el desmoronamiento de los últimos destellos feudales que aún existían cuando la que escribe estas líneas era una niña. La revolución de Septiembre hizo lo demás y hoy apenas si existe cosa en su sitio. De las ruinas de una casa señorial brotaron seis ó siete señores con tronco de plebeya usura; y de aquellas barajas mugrientas, y señaladas las más veces, que los señores no se desdeñaban de manosear en compañía de aldeanos y pilletes, salieron fortunas sucias y mal amasadas que gallean hoy levantando la cresta frente á los pergaminos vergonzantes de los saqueados.

Cada pueblo tenía entonces su señor y no era menos que los otros el de Suaces.

Don Sancho era la viva encarnación del mayorazgo feudal de cabeza redonda. Señor de grandes rentas, tan grandes como su ignorancia, casáronlo con una ideal criatura de noble estirpe, bella y dulce como las sensitivas de estufa, apasionada y vehemente como una criolla y delicada

en sus gustos refinados. Manolita era el reverso de su marido. Groserote, grandullón y zafio él; fina, espiritual y educada ella.

Encerrada en Suaces, al habla siempre con Ricardín, visitándose frecuentemente con la madre de éste y admirando los progresos que el joven aldeano hacía en su metamórfosis, llegó á comparar hombre con hombre y, como era natural, llevó don Sancho la peor parte.

Ricardo la miraba con respeto profundo. Ricardo era guapo y si no lo era más consistía en el maldito sastre de Suaces que no le modelaba las chaquetas al cuerpo ni tenía buena tijera para los pantalones; pero Ricardín, con un encapillado hecho en Rivadeo ó en Oviedo . . . vamos, que en diez leguas á la redonda no le hubiera ganado ninguno.

Se atrevió Manolita á decírselo á la madre del jóven: harto lo sabía la buena señora; pero ya nadie le fiaba ni ella se atrevía á pedir cosa sin llevar el dinero por delante. Ricardo jugaba y hacía la vida vagabunda. Ganaba una veces y perdía otras, más como las ganancias le alcanzaban apenas para mantenerse fuera de su casa y reponerse de las pérdidas, dicho se está que jamás veía en sus bolsillos cantidades que mereciesen la pena.

Don Sancho hízose su grande amigo y no dejó de protejerle. De semejante amistad resultó algo que no tardó en traslucirse; Da Manolita, la señora, la nieta de varones ilustres, había descendido hasta enamorarse ciegamente del hijo de un aldeano, de un muchacho vicioso, sin talento, sin educación y sin cosa mayor que su hermosa figura, porque hermoso si que lo era Ricardín del Castañar, y ya se contaba que dos mozas de rompe y rasga habían andado por él á la greña y hasta que una le apedreaba de vez en cuando con napoleones para tenerlo propicio.

Dª Manolita llegó á enloquecer, y no hay memoria de amores más escandalosos en pueblos ni en ciudades.

Ricardo comenzó á pelechar y no faltaba quien tímidamente le soplaba un *don* delante de la Señora de Suaces, sabiendo que halagaba esto á Dª Manolita.

Jugaba con mayor desenfado; se permitía presentarse en donde los nobles derrochaban sus rentas y por nada hubiera dejado ya que le tomase medidas el sastre de mala muerte. También tenía reló de plata . . . ¡Y que no le había costado disgusto aquel reló á Dª Manolita!

Desde que á D. Sancho le sopláran algunos cuentos en el oído habíase puesto sobre aviso. Toda su bestialidad se había convertido en malicia y tales necedades ideaba para vengarse de la infidelidad que suponía en la esposa y en el amigo, que Dª Manolita, exasperada más cuanto mayores eran las torpezas de D. Sancho, ni tenía en nada su honra ni miraba siquiera por su dignidad.

Por este tiempo nació un niño al cual pusieron por nombre Manolín. Su padre legal juraba y perjuraba que él no había tenido arte ni parte en semejante nacimiento.

La verdad es que la criatura se parecía á los del Castañar como un huevo á otro huevo, pero D. Sancho no dió escándalo mayor y el niño le llamó papá como sus hermanas, dos jovencitas que le llevaban algunos años. Pero desde entónces la separación de los esposos fué más completa y D. Sancho continuó alegremente su vida de borrachera y juego, peor que el más sinvergüenza de sus colonos.

Dª Manolita veíase sitiada por hambre: el administrador tenía órdenes severísimas de no facilitarla ni un real y llegó en su delirio hasta escatimar la comida de sus hijos para atender las necesidades de Ricardo, mayores cuanto más iba rompiendo fila entre la gente de viso.

Las murmuraciones llenaban la provincia por la clase á que pertenecía la Señora de Suaces, que no titubeó en pedir á los aldeanos dinero que pasaba íntegro á manos del afortunado amante entre tanto aquel niño, mayorazgo de una gran casa y aquellas niñas llamadas por su cuna y sus riquezas á ocupar brillante posición, comían pan de maíz y potaje del que se hacía para los criados. Los manjares buenos tomaban el camino del Castañar, con lo cual estaba Ricardin más guapo y más lustroso cada día.

Don Sancho era tan cobarde como bruto; le tenía miedo al amante de su mujer apesar de no ser este un valiente ni mucho ménos, y se conformaba con hacerle burla llamándole el conde del Castañar y dándole títulos irrisorios.

La buena amistad de Antón Lanzas daba sus frutos; hizo Alcalde á Ricardo y desde aquel momento fué el concejo de Suaces un coto redondo propiedad exclusiva de los dos compinches.

Las gentes contaban con pelos y señales que en algún hospicio había fruto desgraciado de los amores de Dª Manolita y Ricardo, habido después del nacimiento de Manolín; pero esto no pasaba de díceres aunque no era D. Sancho el que ménos se apuraba jurando y perjurando que los murmuradores decían verdad.

La Alcaldía era ya un feudo de los dos amigos: Ricardo alcalde y Antón secretario, nadie tallaba en el municipio. La revolución de Septiembre les cogió en estos manejos, precisamente en la época en que Dª Manolita andaba muy de capa caida. Vivía como huesped en su casa, no tenía ya á quien pedir dinero para retener á Ricardo á falta de mayores atractivos, y aquellas gracias personales que fueran en un tiempo tan codiciadas, se habian convertido en achaques y alifafes propios de los años y de los disgus-

tos. Sus hijas eran ya mujeres y ¡Dios se lo perdonase! pero hasta sentía celos de la mayor.

En fuerza de machacar y machacar, llegó á creer, acaso sin fundamento, que su hija estaba enamorada de Ricardo y que éste le hacía traición, amargura que la llevó al sepulcro sin que nadie la llorase apenas, pues ni sus hijos la querían mucho, ni su esposo la estimaba, ni los aldeanos tenían motivos para llorarla, ni el hombre á quien había sacrificado todo y al cual había sacado de la nada, era capáz de pagar aquel amor ni aquellos sacrificios.

Manolín, el ser en quien Dª Manolita había reconcentrado los últimos años de su vida, era muy pequeño: lloró por su madre como lloran los niños, limpiando las lágrimas para fijarse en algo que les hace reir. Sin embargo, niño amamantado entre sollozos y tristezas, el angel que al besar muchas veces á su madre habia sentido en sus labios la humedad salobre que delataba el jugo de un corazón lacerado, jamás pudo olvidar su rosto, de *mater dolorosa*, ni sus caricias tristes como triste era la expresión de las pupilas veladas por lágrimas frecuentes.

La casa de Suaces bajaba rápidamente la cuesta de la miseria. Muerta la señora, entregóse más y más D. Sancho á sus brutales excesos. El vino, el juego y las mujeres záfias que le dominában, acabáron la obra comenzada por su imbecilidad y proseguida por los despegos de su esposa.

Decía que Manolín era un hijo de maldición; pero era el único varón que llevaba su nombre y por de contado el que tenía derechos al mayororazgo y á mantener las tradiciones de la familias, tan degeneradas y mal traidas por su padre.

Alguien que no quería mal á D. Sancho le aconsejó que hiciera seguir una carrera al niño y D. Sancho, que no era malo apesar de todo, envió á Manolín á la escuela y des-

pués al instituto con la firme intención de dotar á sus hijas con los restos de su fortuna y despachar al niño con un título académico. Después de todo y aunque la partida de bautismo rezáse otra cosa, él estaba seguro de lo que decía; y ¡el demonio lo llevase! juramento muy del agrado de D. Sancho, si no había de hacer que el chico se quedase sin cosa que hubiese pertenecido á sus antepasados.

El hombre que había soportado la deshonra y había caido en la abyección, tenía por méngua de su nombre que un inocente heredase lo que representaba el lustre de la casa: ¡Hasta los pergaminos irán al fuego—decía—ya que no pueden ser para mis hijas!

***

La revolución de Septiembre puso patas arriba pueblos y ciudades y de la alcaldía de un pueblo que no figura en el mapa, pasó Ricardo Menéndez á los escaños del Congreso, siendo diputado en las Constituyentes, gracias â la travesura electoral de su amigo Lanzas. Carecía Menéndez de recursos para vivir en Madrid como á un diputado conviene; pero haciendo gatadas Lanza y protegiéndolas él en las alturas, sacaron lo suficiente para enriquecerse repartiendo el botin como buenos amigos. Cobrábase la contribución con recibos y repartos falsos; reteníase un tanto á maestros, porteros y alguaciles, con el achaque de sostener al diputado que los afianzaba en sus puestos; esquílmábase á peatones y estanqueros y, por fin de fiesta, ponianse las cuentas del gran capitan que pasaban ¡ya lo creo! como si fueran dechado de escrupulosa moralidad, gracias á los empeños del diputado.

Murió la madre de *don* Ricardo (ya tenía *don* ¡como que era padre de la patria!) y trabajo le costó al hijo desenma-

rañar los enredos que dejara la buena mujer. Fué poco á poco pagando intereses atrasados, hasta ponerse al dia, con la esperanza de llegar á desempeñarlo todo. ¡Quien sabe si por la mente ambiciosa del antiguo aldeano pasó tambien la ídea de llamarse, andando el tiempo, marqués, fundando el marquesado en los castaños que cercaban su casa!

La hija segunda de don Sancho fué pedida en matrimonio; y aunque la proporción no era lo que debiera esperarse, aceptóla el padre viendo la insistencia de la joven que quizás estaba rabiando por salir de una casa en donde no había visto jamás un rayo de felicidad.

Manolín era un talento, y tan listo, tan aplicado, tán formal, que al decir de las gentes no le tocaba nada de las personas que le rodeaban. Parecíase á Menéndez en la figura; pero aquél caracter tríste y aquella melancolía, eran de la vida que había pasado su pobre madre en los últimos años.

Don Sancho no tardó en morir alcoholizado, y gracias que Manolín tenía ya el grado de bachiller ganado con notas de sobresaliente en el «Instituto Casariego» de Tapía.

Apenas para comer heredaron Manolín y su hermana. Vivían solos con una criada vieja en aquel casereton triste, frío y destartalado, al que daban honores de palacio tres grandes escudos de nobleza esculpidos en las piedras de granito que coronaban otras tantas puertas,

Aquel cura que había enseñado á mascullar latin macarrónico á Ricardo, era el único amigo que tenía Manolín. Pasaba con él las horas muertas, y como el sencillote padre de almas no sabía leer más que en su breviario, ni tenía libros, ni periódicos, ni cosa que el niño pudiese aprovechar, hacía éste sus excursiones por Návia y por otros pueblos en donde había politicastros que solían suscribirse á

periódicos, y Manolín se tomaba el trabajo de recogerlos con atraso de ocho dias para leerlos de cabo á rabo y devolvérselos luego á sus respectivos dueños. Tambien le prestaban libros, y ya se había tragado «El Judío Errante,» «La Graciella,» «Los Misterios de París,» «El Viaje á Oriente,» «El Genio del Cristianismo,» «Las Memorias de Ultratumba,» «Los Mártires,» «El Diablo Mundo,» las «Doloras,» de Campoamor, y sabe Dios qué mayor número de obras de todos colores y matíces, sin olvidar la «Vida de Jesús,» de Renan, que un bibliófilo de aldea le habia prestado.

Manolín devoraba libros como un hambriento devoraría costillas á la *bechamelle*. Debajo de las copudas higueras, á la sombra de los castaños, tendido en un prado ó sentado en un ribazo, siempre se le veía con su libro. Los periódicos eran el último recurso: mientras duraban las novelas y los versos, no pensaba en la política ni en las noticias; pero una vez agotada la lectura de su agrado, apencaba con cualquier cosa que nutriese aquel espíritu ávido de saber y de cultura.

Imponía de tal modo la formalidad de aquel niño á todo el que le hablaba, que jamás había tenido nadie la intención de descorrer á sus ojos las miserias que habían precedido á su nacimiento. Su hermana lo sabía todo; pero aunque no muy escrupulosa, tampoco dejaba traslucir delante del jovencito palabras que él pudiera interpretar en aquel sentido; y eso que con la vieja sirviente hablaban muchas veces de los tiempos pasados y de las escenas habidas entre D. Sancho y su señora.

Manolín respetaba la memoria de su padre, aunque crapuloso y borracho como lo había conocido; pero la de su madre era para él tan sagrada, que á estar en su mano hubiera puesto su imagen en el sitio que ocupaba la Dolorosa de la iglesia de Suaces.

Algunas veces había visto á Ricardo Menéndez; sabía que fuera muy amigo de sus padres y que su hermana Lucía, la mayor, le tuteaba; pero hacía algunos años que había marchado á Cuba con un gran destino del Gobierno y él mientras tanto se había hecho un hombrecito.

***

El Castañar estaba desconocido. Por orden de su dueño se hacía nueva, como quien dicé, la casa y todo el mundo sabía que al año de estar Ricardín desempeñando aquel gran destino, ya tenía sus fincas realengas.

Algunas veces le había dicho á Manolín su hermana que tenían carta de Ricardo y siempre que esto acontecía bajaba Lucía con la criada á la villa más próxima á Navia y volvían con tela para hacerse el uno y el otro algunas prendas de ropa, ó calzado, ó cosas, en fin, que denotaban una entrada de recursos extraordinarios.

Con lo que cobraban de renta tenían apenas para comer como aldeanos y pagar la contribución: hasta de luz carecía el niño que no podía entregarse á su pasión favorita en las interminables noches de invierno, por lo cual más de una vez, siempre que tenía comenzada la lectura de una novela cuya trama le intrigaba, sentábase en un banquito bajo, muy bajo y muy pegado á las llamas del hogar, para leer sin suplicar á Lucía que le dejase encender el candil siquiera por una hora.

Manolín no se preocupaba ni discurría de donde pudiera recibir dinero su hermana; es más, no pensaba que se lo mandase Menéndez; pero los vecinos decíanse unos á otros que de vez en cuando socorría Ricardín á los hijos de Dª Manolita. ¿Tendría remordimientos? Lo que debía hacer era casarse con Lucía: solamente así podría pa-

gar á la memoria de la madre tanto como por él había hecho.

Pero Ricardo se casó en la Habana y si Lucía tuvo sobre esto alguna esperanza, quedó fallida. Los aldeanos, al saber la nueva, dijeron condoliéndose de los huérfanos:

—¡Pobres muchachos! ya no les queda ni ese recurso.

La verdad era que Lucía solía escribir á Ricardo algunas cartitas contándole angustias y lástimas. Menéndez le contestaba de vez en cuando enviándole una onza, cantidad que á la joven parecía grandísima, porque siempre llegaba en momentos de necesidades y apuros.

Algunas veces se había propasado la hija de D. Sancho á insinuar algo sobre la suerte de aquel pobre niño y casi llegó á pedir á Menéndez que le costease la carrera de medicina, á la cual tenía Manolín afición grandísima; pero jamás Ricardo se dió por entendido, limitándose al envío de la onza consabida una ó dos veces al año.

Antón Lanzas era el angel malo de los hijos de Dª Manolita. Escribía sin perder correo á Menéndez y jamás perdonaba medio de llamar holgazan y vagabundo á Manolín, así como trapisondista y manirrota á su hermana. Sabía como nadie los deberes que á su amigo incumbían; pero parecíale que si llegaba á cumplirlos sería en perjuicio de los grandes favores que también él quería cobrar.

El casamiento de Menéndez no fué plato de gusto para Lanzas; pero ¿qué hacerle? Y menos mal que se había casado con mujer de alcurnia y seguramente no se metería en pequeñeces. ¡Jesús, si se hubiera casado con Lucía! ¡Quiá! El nunca lo había pensado, pero volviendo soltero ¿quien sabe de lo que hubieran sido capaces aquella lagartona de veinticinco años y aquel viejo chocho que continuaba de cura en Suaces? Casi se alegraba Lanzas de que cayesen así las pesas.

Manolín había llegado tarde á Návia para recibir á Menéndez, según encargo de su hermana. Esta se había ido al Castañar y sin que nadie se lo encargase ayudó á las criadas á dar la última mano para que viese la señora de Ricardo que también en la aldea había señoritas que no eran patanas.

El cura aguardó á los viajeros en el Castañar, porque sus achaques no le permitían andar mucho y como era pobre no podía permitirse el lujo de tener un mal caballejo.

A cuerno quemado le supo á Lanzas la presencia de Lucía en casa de Menéndez y, á decir verdad, tampoco éste pareció alegrarse mucho. La saludó, sin embargo, aparentando serenidad y afecto, pero no la preguntó por su hermano.

—Y Manolín ¿no le han visto?—dijo Lucía.

—No le hemos visto, no—replicó mal humorado Lanzas.

—Pues le mandé que fuese á esperarles.

—A no ser que estuviese en Návia entre los amigos—dijo Ricardo.—No sé: porque claro es que no le conocería aunque le viese.

—No estaba, no, repitió Lanzas.

Lucía, como si se tratara de su casa, hizo los honores á la señora mostrándole todo. Ricardo se ocupó inmediatamente de ver si sus órdenes habían estado bien ejecutadas. La casa era confortable y para una aldea de mala muerte resultaba lujosa.

Chucha dijo que le gustaba muchísimo y que le encantaban aquella huerta, aquella arboleda tan frondosa, aquellos castaños tan altos y tan copudos . . . .

—¡Qué bonito es todo esto Ricardo!—decia con satisfacción de niña—¡que buenos ratos se pueden pasar aquí!

—¿Conque te gusta? Pues ya estoy contento; no sabes

cuanto temía que te pareciesen tristes y solitarios estos lugares que yo quiero más cuanto más viejo soy.

—Esto es muy sano—dijo Lanzas—cuando haya chiquillos ya verá Vd. que guapotes y que robustos se crian aquí.

Chucha se puso como la grana y bajó los ojos: Menéndez miró á su amigo con gesto de contrariedad que parecía decirle—¡calla! no toques esa cuestión.

A quien hizo mil estremosos cariños Ricardo, fué al señor cura. Era el mismo que le había enseñado á masculllar latín macarrónico y el que le había explicado aquella célebre sentencia que había presidido sus destinos conduciéndole á los honores y á las riquezas.

Quo cunque trahun fata secuamur, le había dicho D. Anselmo con las mejores intenciones; y él, siguiendo el proverbio al pié de la letra, *adonde nos llame la suerte debemos ir*, repetía: al infierno, ó al cielo indistintamente.

Y así lo había hecho. No se paraba en barras D. Ricardo para llegar á donde se proponía. Era la suerte que tiraba de él por tal camino, decia á su conciencia si por acaso le argumentaba. Asi para obtener el destino que le había hecho rico, vendió á sus amigos, y á su padre hubiera vendido si viviese y por él dieran cosa de valor.

Hacía lo menos dos horas que descansaban los dueños del Castañar cuando se presentó Manolín con su caballo cansado y sudoso, prueba de que con fuerza, aunque sin éxito lo había espoleado. El señor cura y Lucía disponíanse á retirarse, tanto por que languidecía la conversación, cuanto por parecerles que se hacian ya violencia los señores Menéndez y que desearían estar solos.

El que no tenía trazas de marcharse era Lanzas: demasiado comprendía el cura que no se iba por no dejarlos allí con los recien llegados.

—Téme que hablemos de él. ¡Vaya! como tiene el rabo de paja . . . . pero hay más días que longanizas y he de poder poco ó no dejaré de apartar á ese bribón. Y sí señor; al pobre Manolín he de meterlo aquí. ¡Así Dios me salve como lo he de meter!

Dejó el muchacho su caballo amarrado á un poste que había en el corral y se dispuso á subir. En un balcón estaban Chucha y Lucía que se habían asomado para verle y en el otro apareció la figura de Menéndez casi arrastrado por D. Anselmo que mostraba empeño grandísimo en que D. Ricardo viese al chico cuanto antes.

—Mire, mire D. Ricardin, míre que guapo mozo; pues es tan bueno como guapo y tan listo como bueno.

El señor cura no se atrevía á tratar de tú al millonario.

Le parecia que tamaña franqueza hubiera sido recordarle su nacimiento, su niñez y su juventud: su juventud sobre todo, por ser esta poco edificante y poco honrosa. Además, allí estaba su señora; su señora que era hija de un conde y general y excelencia. . . . No, no, era preciso dar importancia al *chico* del Castañar. Al fin era ya un caballero y no tenía la señora necesidad de saber cosas viejas.—Agua pasada no muele molino—decía el bueno del cura.

El que rechinaba los dientes y gesticulaba para dentro, era Lanzas. Aquel afán que demostraba D. Anselmo por meterle á Ricardo el muchacho por los ojos, le revolvía las tripas.

Apareció Manolín en la sala con el sombrero en la mano y sin atreverse á levantar los ojos. La presencia de aquella señora y hasta la de D. Ricardo, hecho ya un señor muy rico y del cual apenas conservaba memoria, acoraban más los vuelos de su carácter timido y un tanto ncogido.

—¡Vamos hombre!—dijo Lucía con desenfado—saluda á Ricardo, ¿ya no le conoces? esta es su señora.

—A los piés de Vd.—balbuceó el joven inclinándose.

Chucha se adelantó abiertamente y le tendió la mano. Era Manolín el único hombre de aspecto distinguido y de modales finos que había visto por aquellos contornos.

—Tengo mucho gusto en conocerle: ya me han dicho su hermana y el señor cura que es Vd. muy bueno y muy estudioso. Creo que seremos compañeros de lectura y de paseos.

—No encontraría Vd. otro mejor—dijo alegremente don Anselmo.—Siempre anda con sus libros por ahí, por unos sitios que llama poéticos . . . .

—Vamos hombre, vamos; dame un abrazo—dijo acercándose Menéndez.—No tengas vergüenza. Soy el mismo que te sentaba en las rodillas cuando eras *neno*.

Manolín levantó sus ojos grandes, expresivos, llenos de luz y de inteligencia y los clavó en Menéndez. Este se puso pálido y un tanto conmovido abrazó al niño fuertemente.

Manolín comenzó á sollozar al sentir aquel abrazo y apretó tanto y tanto á D. Ricardo que apenas podía éste, desprenderse para preguntarle porqué lloraba.

Pero la verdad era que Menéndez tampoco estaba tranquilo y por vez primera en su vida levantábase en el alma de aquel hombre un sentimiento noble. La figura de doña Manolita surgió del olvido en que yacia y un recuerdo piadoso unió los lábios de Menéndez á la frente de Manolín. D. Anselmo se enjugaba los ojos. Lucía expresaba el contento en los suyos, Lanzas arrugaba más y más el entrecejo y Chucha no comprendia por qué los brazos de su esposo hacían explotar en el joven un dolor, una pena, que parecía comprimida.

—Vaya, vaya, ¿qué es esto?—díjo por fin Menéndez riendo y dominándose.—¿Porqué lloras? ¿Qué te pasa?

—¡Oh! nada, nada, respondió el joven después de serenarse, ha recordado Vd. el tiempo en que yo era niño y no he podido menos de pensar en mi madre del alma: hasta me pareció verla y que me mirabá por lo ojos de Vd.

—¡Claro!—se apresuró á decir Lucía.—Como Ricardo y nosotros éramos unos mismos, las familias tan amigas, tan hermanas, digámoslo así . . . . Luego las circunstancias que han variado de un modo cruel para nosotros, hacen que siempre tenga esta criatura cosas triste en la cabeza.

—Es necesario no entristecerse Manolín, dijo Chucha poniéndole la mano en el hombro, dispense Vd. mi franqueza: le llamo Manolín porque oigo que así le llaman.

—Me honra Vd. mncho dándome el nombre cariñoso de esta tierra, señora.

Don Anselmo guiñó el ojo á Menéndez como diciéndole ¿Qué tal? Este no es un mastuerzo: ya se vé que viene de gente noble: ¡si tendría yo razón cuando te escribía que el cbico era una alhaja!

Sucediéronse las preguntas y las respuestas.

Qué estudios había cursado Manolín, en donde, como, con qué notas, que carrera le gustaba. Se habló, en fin, un poco de todo, hasta que la conversación volvió á languidecer. Entonces y viendo á Lanzas aferrado á la silla, levantó el campo D. Anselmo despidiéndose con los dos hermanos.

Chuchita se mostró más cariñosa y expresiva con Lucía. La rogó que volviese al día siguiente para salir por allí á corretear bajo los árboles.

—Ya ves que mi señora no tiene orgullo, dijo Menéndez á Lucía.

—Ciertamente, respondió el señor cura, no tiene orgullo; pero la hija de D. Sancho del Cueto, aunque pobre en la actualidad, es la única amiga que conviene á la señora de V.; yas abe que por el contorno no hay mucho que escojer.

Menéndez se sonrojó comprendiendo que había dicho una majadería y respondió abrazando al cura: ¡Claro, claro! Eso dije yo á Chuchita antes de llegar.

Mientras Chucha les decía adios desde el balcón, desfogaba Lanzas al oido de Ricardo todo el furor á duras penas contenido.

—Este cura es muy ladino, note fíes *del; há querer* sacarte dinero y enjaretarte los chicos. No le hagas caso; es un rocín; pero tiene la gramática parda de los de la montaña. *Echaselas* de bueno y es más malo que la quina. Toda la vida tuvo empeño en hacerte cargar con el holgazan del muchacho, ¡pues buena te la echabas encima! . . . . A mí estas cosas me pueden *¡codo!* ¡Mira que abrazarte así y ponerse á llorar como un mocoso, ó hacer que lloraba, ¡porque lágrima maldita la que le ví correr . . . . ! esas son cosas de la hermana que la sabe toda. Perdió la esperanza de casarse contigo . . . .

—¿Pero la tuvo alguna vez?

—¿Que si la tuvo? ¡Vaya! Hizo correr por todo el mundo que *vos* casábais. Ahora como se llevó chasco *hácete* la rosca para embobarte con el chico. ¿Tú que obligación tienes? Si tuviste ó nó tuviste con su madre, el muchacho es hijo de quien es, porque estas cosas maldito si nadie las sabe y aunque digan que se parece á tí, yo no lo veo. A quien se parece es á la madre y digan lo que quieran, tiene tambien mucho de D. Sancho . . . . Es así. . . . holgazanón como él . . . .

—Pobrecitos, dijo Chucha separándose del balcón y acercándose á Lánzas y á su marido.

—¿Pobrecitos? interrumpió Antón sin poder contenerse. ¡Si viera V. que peines están!

—¡Jesús! ¿porqué?

—Porque son un par de holgazanes. El ya se debía haber ida á las Américas ó á Madrid, aunque fuese á servir un amo y ella á *fozar* en la tierra que otras tan buenas *fozan*.

—¡No están acostumbrados!

—Cuando se es pobre no valen los humos y hay que doblar el espinazo, señora. Vale más trabajar que vivir trampeando como ellos. Ahora se metieron aquí para ver si le sacan algo á éste; y el cura, que sabe más de lo que le han enseñado, hace otro tanto: ya verá V. como dentro de poco viene pidiendo para techar la iglesia y para un vestido para la vírgen del Cármen y para un terno de gala . . . . Por pedir no se ha de quedar: pero ahora mismo le estaba diciendo á éste: *non* abras la mano porque si les dás alas te dejarán pobre . . . .

—Sí, sí, ya sé lo que sucede por aquí—interrumpió Menéndez procurando cortar una conversación que no gustaba á su esposa á juzgar por la expresión de su fisonomía—como hay tantas necesidades y tantas miserias . . . ¿Tu te quedas á cenar con nosotros Antón, ó te vás?

—*Voyme*: ya volveré mañana: hoy necesitan Vds. descansar.

—Pues entónces si encuentras en el camino los carros que traen el equipaje, dil que se apuren porque ésta seguramente echa de ménos á la mulata.

Se despidió Lanzas con gran contentamiento de Chucha á quien cargaban las intrusiones de aquel hombre y quedaron solos los viajeros en la hermosa finca que desde aquel día comenzaba á llamarse posesión señorial de D. Ricardo Menéndez del Castañar.

El apéndice «del Castañar» no era apellido de familia ni Cristo que lo fundó; pero Ricardín lo añadía en sus tarjetas, tomando por raiz solariega las viejas raices de los castaños que dában nombre al lugar.

***

«Mi querida hermana: Tengo tantas cosas que decirte que no sé, la verdad, por cual empezar. Has de saber que hace quince dias llegó de la Habana Ricardín del Castañar con su señora y dos criados mulatos. Viene riquísimo y por aquí cuéntansele más de veinte millones.

Yo no pensaba ir á verle hasta que viniese á Suaces porque, como la mujer es hija de un conde y general, aunque no tenemos porque envidiarle su nobleza, me parecía que me tratarían sabe Dios como. Pero Don Anselmo no paró hasta que me hizó ir al Castañar para recibirlos.

El nombre de la señora es Jesusa; pero la llaman Chucha y aunque parece orgullosa no lo es con Manolín, ni con don Anselmo, ni conmigo. Nos trata con mucha franqueza y casi todos los dias comemos con ellos para salir después por los alrededores. Ya hemos subido al monte, y bajado al rio, y hemos cogido truchas con la *nasa* y la *fisga* de Manolín que nos acompaña siempre. Está desconocido. Cuando habla con Chucha es cuando se le advierte todo lo que vale este chico. El pobre, antes no tenía con quien esplayarse de lo que leía y estudiaba. Ricardo parece contento cuando estamos allí; pero en cuanta asoma Lanzas, nos trata de otro modo. Este demonio es pàra nosotros un enemigo mortal aunque nada le hayamos hecho; y ya casi comprendo porque Ricardo no se ha casado conmigo. El otro dia que estuvimos un ratito solos, me preguntó de cierto modo si era verdad que

había tenido íntimos amores con un americano que estuvo aquí hace seis años. Figúrate como me quedaría. Juré por la memoria de mi madre y le dije que preguntase á Don Anselmo. Parece que me creyó; pero no me quiso decir quien le había escrito semejante calumnia. Yo estoy segura que fué Lanzas. Es capáz de cualquier cosa porque no nos quiera Ricardo.

Don Anselmo dijo el otro dia á Ricardín que debía costear la carrera á nuestro hermano: no contestó que sí ni que nó; pero puso reparos por si murmuraban las gentes. Don Anselmo le replicó que no habían de murmurar más de lo que murmurában; que nosotras estábamos enteradas de todo; que Dios pedía enmiendas con buenas obras y la buena obra era protejer á Manolín que no teniendo culpa de nada había sido tan mal tratado por papá.

No quedaron en ninguna cosa; pero el señor cura le habló mucho y como fué él quien confesó á mamá y la ayudó á bien morir, trasmitióle algunos encargos que le confiara.

Yo le pregunté á don Anselmo si tenía esperanzas y me contestó que aunque lo que más le importaba á Ricardo ahora era su muger (porque la quiere mucho) y la política y hacer papelón en Oviedo y en Madrid, que machacando, machacando pudiera ser que consiguiéramos algo.

Amí me dió dos onzas el otro día á escondidas de todos, y me dijo que encargase ropa para Manolín que ya la pagaría él y que me comprase lo que me hiciese falta. También ella me regaló unos vestidos, y como siempre estamos juntas tengo que andar un poco mejor arreglada.

No te puedes figurar como se llena á diario el Castañar. Vienen de todas partes á ver á Ricardo como si fuera San Román de las Figueiras y estuvieran ofrecidos. Quieren icarle diputado y todo es por que les dé dinero. Lo que ıe disgusta es que todavía mande Lanzas en él. Me

acuerdo del ódio que mamá le tenía, con razón, y le pago la mala voluntad que nos tiene.

Tú que pedías siempre maldiciones para Ricardo por lo mal que se portó con nuestra madre y por lo que la hizo sufrir á lo último, cuando fué alcalde y diputado, le perdonarías si ahora le vieses. Manolín la nombra muchas veces delante de éllos ¡claro! el chico está inocente de todo; y advierto que Ricardo se pone un poco triste; debe remorderle la conciencia: no es tan malo como decían y si las cosas se hicieran dos veces me parece que no pasaría hoy lo que pasó antes. En fin tu ya sabes tambien que mamá . . . . ¡Dios la perdone! pero tuvo mucha culpa por sus celos que ojalá no se los haya tomado el Señor en cuenta porque, como castigo, bien estoy pagando yo culpas que no tengo, y no fueran mayores si cometido *las hubiera*.

Pasaron ya como pasaron las cosas, y, ¿qué vamos á hacerle? Ahora debemos procurar por el chico, que andando el tiempo puede ser que devuelva su antiguo auge á la casa de Cueto. Bien sabe Dios que me alegraría doblemente por dar en la cabeza á estos don nadie que hay por aquí echándoselas de algo y mirándonos con el sombrero puesto porque somos pobres en el día.

No quiero cansarte más por hoy. Recibe un abrazo de tu hermana que te quiere.

LUCÍA

Apenas había puesto la señorita del Cueto el sobre de esta carta, cuando apareció D. Anselmo.

—¿Que haces muchacha?—dijo—Vengo del Castañar y está Dª Chuchita aguardándote: dice que vais de merienda no sé á donde.

—Si señor, al *Souto* del puente.

—Es verdad: ¿y entónces por qué no te has ido con Manolín?

—Le dije que se adelantáse: quería escribir á mi hermana sin que él lo supiese: hace muchos días que busco la ocasión. ¿V. no viene á la merienda?

—No: ¿Sábes que conseguí hablar otra vez á Ricardín y me parece que adelanté mucho?

—¡Ay! Por Dios: cuénteme. Lo que no pueda Vd. no lo puede nadie; porque él á Vd, le quiere . . . .

—¡Quiá! tiene miedo que me sulfure un dia ó que hable clarito á su señora, Bien se lo dije: mire á mí me ganarán á sabio pero lo que es á claro no me ganan y en ley de Dios y en conciencia Vd. tiene que amparar á este chico porque yo ¡caràpe! estoy bien seguro que es hijo de usted.

—¿Y qué dijo? D. Anselmo del alma.

—¡Dijo! ¡dijo! masculló un poco y refunfuñó que seguridades no podía tenerlas nadie, pero que él no miraba eso: que solamente con ser hijo de Dª Manolita ya tenía bastante para que lo quisiera.

—¿Pero no le vé la figura?

—Vaya si la vé, y eso le dije yo. Para mí . . . . es Lanzas el que le quita las intenciones. Vd. no tiene hijos, le dije, ¿para quien quiere lo que tiene?

—¿Y que le contestó?

—Que todavía podía tenerlos porque no llevaba más que seis años de casado. Sin duda está rabiando por chiquillos y me parece que daría un millón por uno.

—¿Entónces cómo no quiere á Manolín?

—Porque Manolín será siempre del Cueto y él quisiera un Menéndez, un hijo de Dª Chuchita, un nieto del conde . . . . Estas cosas son muy naturales. Sobre que este pobretin nació desgraciado, como no se crió cerca

de él y por entonces tambien fué cuando empezó á medrar y á separarse de tu madre, no le conserva *ley* ninguna.

—Pues algunas veces . . . .

—Algunas veces es que le habla la conciencia porque el hombre que no la tiene es peor que un lobo; y como, digan ó no digan qne Dª Chuchita es orgullosa, la verdad es que tiene buen corazón, él va imitándola, para que lo crea bueno. Así aunque alguna vez llegáse á saber algo, no le cabría en la cabeza que su marido hubiera sido tan condenado como fué.

—Sabe Vd. mucho, D. Anselmo, y puede que tenga razón.

—Valiente saber el mío. Lanzas dice que soy un rocin y los curas del contorno búrlanseme porque ando así á la buena de Dios. ¡Vaya un saber que no me ha hecho rico!

—Porque es Vd. bueno y no roba á los pobres como les roban otros, ni esquilma á los ricos, ni presta al treinta por ciento, ni . . . .

—Anda déjalos en paz: allá ellos, pero pobre y rocin y todo . . . . conmigo no pueden ¡carape! yo no sabré decir misa más que en mi misal, pero el latín que sabe don Ricardo se lo enseñé yo y á Manolín á ver quién lo desasnó y á tí quién te ha dado consejos, que no son tan malos . . . .

—No se incomode D. Anselmo; dígame, ande. ¿En qué quedáron?

—En eso, en nada: en que dice que quiere protejer al chico; pero . . . . una porción de peros. Dá la disculpa de que su señora puede echarle algún dia en cara que se ha gastado el dinero en dar carrera al hijo de otro y sería quitárselo á los que Dios le dé á él. Lo de tener hijos siempre lo lleva en la punta de la lengua: á Dª Chucha no le hace gracia. Pero mira lo que es el demonio,

que nunca descansa; si alguno habla delante de la señora, del fruto de bendición ó de lo que puede venir, no le gusta, y en cambio él siempre la pone colorada como la grana.

—Si señor que es verdad: el otro dia me dijo Chuchita: ¡Jesús que Ricardo: siempre piensa en lo mismo: quisiera que la Virgen me diera un hijo para que fuese feliz!

—Como ya vá para villa vieja, tiene miedo que se acabe la casta de los Menéndez. Anda, vete y que no te esperen, Lucía. Tu siempre que puedas hablarle á solas, háblale. Muchos amenes valen más que un amen solito.

—Si viera Vd. que cuando me encuentro á solas con él me entra un temblor y así como si me diera vergüenza . . . . no me parece el mismo . . . . y cuando estamos todos ya vé Vd. que le trato con mucha franqueza; pero no puedo remediarlo.

—Pues anda, anda, que para hacer buenas obras y pedir por un hermano, no es menester ponerse colorada.

***

El dia estaba magnífico. Era una tarde estival sin calor sofocante, gracias al nordeste que refrescaba el ambiente y agitaba las ramas de los árboles.

Lucia arregló con presteza su sencillísimo tocado: un rodete sobre la nuca, dos onditas en la frente, una falda de percal, de florecillas, y una chaqueta ajustada de la espalda, floja del pecho y sujeta en la cintura con una cinta roja.

Se puso en la cabeza un pañuelo de seda, color crema muy claro, con cenefa encarnada, echándolo bastante hacia la cara para resguardarla del sol y del nordeste que quema los cutis delicados.

Cojió una sombrilla de percal y tomó el camino del Castañar, despues de entregar al señor cura la carta para que la echase al correo.

Distaba apenas un cuarto de legua de Suaces la posesión de los señores de Menéndez; y Lucía, que yendo á pié podía encaminarse por una *sienrra ó atajo* cerrado, saltó ligera una pared que le obstruía el paso y emprendió por una estrechísima vereda entre dos maizales.

Era una mujer que representaba treinta años, aunque había cumplido ya los treinta y dos. Trigueña, alta, bien formada y rebosando salud por todos los poros de su cutis suave y aterciopelado. Cubríale el labio superior finísimo bozo, y la boca, que ni era pequeña ni provocativa, tenía, sin embargo, un juego tan deliciosamente seductor, que riendo ó gesticulando podía, sin darse cuenta, hacer la conquista material de un inteligente. Era lo que se llama una buena moza; de ojos negros muy rasgados y, aunque no parlanchines, brillantes cuando miraban sin escudriñar y profundos cuando sin mirar escudriñaban. Desenvuelta en sus movimientos, revelaba la educación del noble de aldea, aprendiendo todo por teoría y machaca de los señores mayores; pero pegando brincos y saltos por huertas y montañas.

Era franca y resuelta con los aldeanos, acostumbrada como estaba á tratarles sin etiquetas y con cierta igualdad qne no le impedía ser el superior que desciende hasta el inferior con el cual le ligan cariñosos lazos.

Los aldeanos no dejaban de considerarla, por más que su caracter, nn tanto despótico, la enajenaba el afecto que sin mermas profesaban á Manolin por su dulzura y por sus bondades.

La llamaban Dª Lucía porque en los buenos tiempos de la casa de Cueto había nacido; pero aquel niño, al cual todo

señalaban como hijo de Ricardin del Castañar, jamás había oido anteponer el don á su nombre, acaso porque su nacimiento señaló la decadencia de la familia y porque él se había criado en peores pañales que sus hermanas.

Era lo cierto, que el pobre niño sufría en silencio aquella diferencia, suponiendo que la pobreza del presente era causa del poco respeto conque le trataban. Y menos mal, pensaba, que guardan consideraciones á mi hermana.

Poco antes de llegar al Castañar pasó Lucía por una casa donde estaban *majando* el trigo. Detúvose un momento para enterarse como á un señor de aldea corresponde, de si la cosecha era buena, si daba buen resultado, si la calidad del grano merecía ensalzamiento, si estaba el trigo sucio, si cojerian bastante para sembrar y pagar la renta, todo aquello, en fin, que constituye la preocupación del pequeño labrador, con el cual se asimila el señor vecino.

—Tome un *platín* de arroz con leche Da Lucía, ande, está bueno . . . Pues beba un *vasín* de vino blanco: es de Castilla.

—Gracias, gracias, no quiero nada; voy de merienda.

—¡Ay! entonces para nada necesita nuestra pobreza; pero gracías á Dios hoy no falta nada: ya sabe, el dia de *ma yega* no hay más remedio.

Con efecto: la faena de *trillar á brazo* es de grandísima importancia culinaria para los aldeanos de aquellas regiones: ni puede faltar la sopa en *tartera*, consistente en pan cocido en caldo y con sendos puñados de azúcar, ni la carne fresca, ni el vino, ni el arroz en leche y hasta el café han introducido ahora aquellas gentes; y es que el aldeano del occidente de Asturias se muere por un vaso de brevaje oscuro animado con dos ó tres copas de caña, que arrampla con el exófago.

El trabajo de desgranar el trigo á brazo es pesadísimo,

y aquellos hombres majando acompasadamente, en mangas de camisa, bajo un sol de justicia, y soltando gotas de sudor por todos los poros de su cuerpo, necesitan un alimento más consistente que las pugalísimas *pulientas* ó la taza de berzas, patatas y judias, mal cocido todo y peor condimentado.

Despidióse Lucia de los *mayadores* y siguió su caminito estrecho. Llegó á otra pared, lindante con el Castañar, y suspendiendo un poco las faldas subió facilmente los *pasos* de piedra que hacen el oficio de escalones. Cuando estuvo encima de la tapia, detúvose un momento estendiendo la mirada por el frente. Al poner el pié en tierra dió un grito, asustada de ver un hombre sentado debajo del *pasadoiro* y muy pegado á la pared,

—¡Jesús! ¿qué demonio hace Vd. ahí?

—¡Ya lo ves! haciendo un pitillo.

Con efecto; Lanzas, que no era otro, acababa de picar un cigarro de á cuarto y apoyando la hoja de la navaja en el muslo, la cerraba para guardarla en el bolsillo del pantalón.

Quedóse mirando á Lucía con el tabaco empuñado en la mano izquierda y sonriendo con la socarronería de un aldeano ladino, comenzó á deshacer la picadura refregando una con otra las palmas de las manos.

—¡Sabes que tienes buenas piernas!

—Qué lástima no se quedára ciego cuando las miró: ¿Qué hace ahí sentado? ¿Cómo no ha seguido su camino?

—Por aguardarte: *vite* venir y me dió gana de echar un cigarro. Tengo muchos deseos de parrafear un rato contigo.

—¿Pues qué se le ocurre?

—Ocurrírseme nada: pero como creo que se te ocurre á tí, quiero ofrecerme; siempre fuiste esquiva conmigo, y el

diablo me lleve si tienes motivos. Yo quise bien á tu padre y á tu madre la hice algunos favores.

—Pues Dios se los pague.

—Parece que no los agradeces.

—No mucho, la verdad,

—Soy un rocín. Cuando no me enfado contigo, es que te quiero bien Lucía, y para probártelo *daréte* razones.

—Vengan.

—Don Anselmo y tu andais locos por meterle á Ricardo el chico por los ojos.

—Aunque fuéra verdad, no tendría nada de particular; bien lo sabe Vd.

—Pero D, Anselmo es un burro, y . . . .

—Para Vd. todos son rocines.

—Los que lo son, y el diablo me lleve si me equivoco. El cura no sabe una jota de nada y quiere saberlo todo. Mientras yo no le diga á Ricardo: «haz algo por Manolín», no lo hará; desengáñate.

—¿Y por qué no se lo dice Vd?

—Pues á eso vamos: ¿Quieres tu que se lo diga?

—Ya lo creo.

—Bueno: ¿y qué me pagarás por el favor?

Lucía vió claro y respondió sentándose de repente:—¿Qué quiere que le pague? ¿No sabe que ya no soy rica?

Por mucha tirria que la señorita del Cueto tuviese á Lanzas, no quería romper abiertamente con él. Sobre ser la persona influyente del concejo y tener correspondencia con cuantos personajes políticos embarullaban la provincia, era como siempre el amo y señor de la voluntad de Menéndez y en esta voluntad estribaban las aspiraciones de Lucía.

—Tu no serás rica: pero si eres agradecida no te faltará on qué pagarme los favores que te haga.

—¿Y con qué le pagaré que me haya levantado una calumnia tan grande como la que me ha levantado?

—¿Qué calumnia?

¿Quien escribió á Ricardo diciéndole que yo había tenido un hijo?

No esperaba Lanzas el escopetazo, pero ladino como era y fresco para no inmutarse, soltó una carcajada que dió lugar á que acudiese una mentira á sus lábios.

—Escribíle yo, mujer; escribíle yo; pero maldito si le decía tal cosa. Díjele que por aquí se hablaba, y es verdad que se habló, bien lo sabes; pero que yo no lo creía.

—Si se habló fué inventado por Vd.

—No seas tonta Lucía. Yo no había de inventar eso sabiendo otras cosas.

La señorita del Cueto titubeó un poco desconcertada, y por fin dijo:

—¿Qué otras cosas sabe Vd?

—Vaya, vaya: ¿pues no ví yo con mis propios ojos al americano entrar por la ventana de tu cuarto á las once de la noche?

—¿Y dónde estaba Vd? . . . . eso es mentira.

¡Já, Já! ¿Con que es mentira y me preguntas donde estaba? Pues estaba viéndolo detrás del *varal* de la hierba. Puedo darte más señales.

—Sería una noche que . . . .

—Sería lo que tu quieras; pero es cierto, como es cierto tambien que esto no lo sabe nadie más que yo. Si lo supiera D. Anselmo . . . . ¿Por qué dejaste de confesarte con él desde entonces?

—Por que . . . . ya se lo dije á él: como sabe todo lo que hago no me parecía confesión la que hacía y as con otro . . . . como no tengo confianza . . . .

—¿Ves como no te quiero mal cuando no te descubrí entonces? Lo del hijo dijéronlo por ahí.

—No señor, no lo dijo nadie: lo inventó Vd.

—Vaya; pues si no lo tuviste, pudiste tenerlo. Dejemos eso que hace mucho tiempo que fué. ¿Conque dime qué me pagarás si te ayudo en lo que quiéres conseguir de Ricardo?

—¿Pero qué paga quiere?

—La que dabas al americano por venir de noche desde Návia á Suaces.

—Ande y déjeme en paz, dijo Lucía pomiéndose de pie. Está esperándome Chuchita.

—Escucha, no tengas tanta prisa que también yo voy, iremos juntos.

—Pues ande pronto.

—Vamos á ver, dijo Antón Lanzas levantándose perezosamente, ¿me dices ó no me dices?

—¿Qué quiere que le diga?

—Si me pagarás como al americano.

—Usted haga primero el favor, después verémos.

—Y que es lo que deseas que Ricardo haga por Manolín.

—Que le ayude. Que le dé carrera.

—Pero antes . . . .

Y Lanzas rodeó con su brazo el cuello de Lucía pretendiendo atraer sobre su pecho la cabeza de la joven.

—Estése quieto, dijo ella soltándose con un movimiento de violencia, cuando mi hermano esté en Madrid estudiando, hablaremos . . . . Vd. es viudo: yo soy soltera y aunque me lleva veinte años lo menos, todavía me acuerdo de cuando era buen mozo.

Lucía echó á correr riendo á carcajadas y Lanzas que tenía las piernas ligeras tiró el pitillo que no había encendido todavía y alargó el paso para alcanzarla.

No lo consiguió y Lucía siempre corriendo y alborotando con sus carcajadas, entró en el Castañar en donde Chucha la esperaba para arreglar la cesta de la merienda.

En esto de meriendas de aldea no estaba fuerte la señora de la Corte.

Chucha había nacido en Madrid, se había criado en todas las provincias de España gracias á la carrera de su padre que pertenecía al arma de Artillería, y por fin había vivido diez años en Cuba, de donde era natural su madre.

Sabía gastar, lucir, adornar una casa y recibir á las personas de distinción; pero de arreglar meriendas no entendía una palabra.

Ni su infancia ni su juventud se habían deslizado sobre abundancia, porque el señor Carrasco, con todo y ser conde lejítimo, no contaba con otra renta que su paga monda y lironda. Da Jesusita, la señora condesa, era etiquetera de suyo y dada muy mucho á fiestas que de puro cumplidas resultaban cursis por aquello de que extremar las cosas cuando las casas no dan para extremos no viene bien, que digamos, entre personas que presumen.

No se rozaba—¡Dios la librase!—con las demás señoras del *cuerpo*, á no ser que alguna tuviese, como ella tenía, trastienda de pergaminos rancios; pero cuando el Conde fué General y pasó á Cuba porque, la verdad, con el sueldo de la Península no se podía vivir segun las necesidades de la clase, ya se humanizó un poco. Había que tratarse allí con empleados de todas procedencias, y en aquellos climas, los hombres de buen sueldo resultan iguales nazcan en donde nacieren.

Asi qué: cuando D. Ricardo pidió la mano de Chucha mano que generosamente pagaba dotándola en doscientos mil pesos, no preguntaron los Carrasco de dónde venía el

Sr. Menéndez del Castañar, apellido, por otra parte, que resultaba muy del agrado de los Condes.

Algunos años de estancia en Cuba, siendo hija de un general con mando, habían hecho de Chuchita algo más que la joven peninsular de buenas relaciones, pero de trajes no siempre ajustados al figurín. El matrimonio con Menéndez acabó de modelar aquella ductil pasta de mujer elegante y distinguida, porque Chuchita lo era por naturaleza gracias á un fondo de bondadosa sencillez que germinaba en su corazón. Brillaba, pues, sin ostentación, ni pretenderlo, aunque bien sabía que las gentes se fijaban en su persona; imprimía á su casa un sello de cómoda elegancia y de eclecticismo social, con lo que sus tertulios eran felices, y jamás cayó en la manía ridícula de su madre, acaso porque, despues de aquilatar el talento y las condiciones de su marido, juzgaba que suele caer en el rostro la saliva lanzada al cielo.

Por eso Chuchita se hizo rápidamente cargo de las circunstancias, en el Castañar, y nadie se quejó de aquella señorita, á la cual el buen sentido de los aldeanos atribuía las condiciones que no la faltaban.

—El que nace señor, decian, no es entre los humildes donde se dá tono.

Verdad que no tiene réplica, por muchos distingos con que pretendan disfrazarla.

Chucha, que era complaciente y cariñosa, quiso seguir las costumbres del pais, asistiendo á fiestas y romerias, improvisando meriendas al uso de la tierra, dando larguísimos paseos de pueblo á pueblo, recorriendo vegas y bordeando las pintorescas orillas de los rios.

Obligados compañeros suyos eran Lucía y Manolin del Cueto. Cuando la caminata era corta, accedía D. Anselmo á las súplicas de acompañarles, y Lanzas, que sin convidar,

le era huesped consuetudinario del Castañar, no perdia ocasión ni momento de darse pisto acompañando á la señora de su amigo.

Aquel Pachin, voto por capacidad y servicial partidario del Conde de Toreno, también se descolgaba de vez en cuando por casa de Menéndez luciendo su corbata chillona, su pechera estirada y su *chaquet* lleno de arrugas en fueza de estar mal guardado.

Pachín divertía á Chucha con sus amaneramientos y sus presunciones.

No perdonaba el pobre muchacho ocasión de llamar Ricardin á Menéndez y de enseñar cartas del *jefe* y de los indivíduos del comité. También solía quejarse de los abusos de su sastre de Oviedo, para enseñar la factura de tal trage que acababa de mandarle y que, á su juicio, no era tan bueno como rezaba el precio.

Lucía estaba acostumbrada á las bobadas de Pachin; pero Chuchita reía de veras, porque era el primer ejemplar de la especie que se le ponía delante.

Un *aldeanin* que ha estado en el seminario ó en el Instituto, que maneja la guadaña para segar hierba en el prado, que pasta los bueyes cuando se tercia y que luce *chaquet* corbata y sombrero hongo en mercados y fiestas, es un tipo digno de estudio para las mujeres que, como Chucha, son observadoras por su natural despavilado.

A quien Pachín reventaba, con quince erres mayúsculas, era á Lanzas y á Menéndez.

El primero le llamaba *rocín* en todos los tonos, y el segundo temía escuchar una de las muchas necedades que sin cesar desembuchaba, envuelta con inconveniencias que hiciesen alusión al pasado.

Pero había que tragarlo. Chucha se reia con él y hasta le convidaba; y queriéndolo Chucha, lo quería todo el mundo.

***

—¡Ay, gracias á Dios Lucía! Esperábamos á Vd. con impaciencia para arreglar las cestas; yo no doy pié con bola. Meto cosas inútiles para el campo, segun dice mi marido, y dejo otras que nos serán necesarias. Se rien de mí y estoy á punto de enojarme.

—Yo no me río por mal señora, dijo Manolín poniéndose sério, me hace gracia ver sus apuros.

—Pero se rie el señor Menéndez.

—Pues el señor Menéndez, dijo Lucía, ya podía arreglarlas él, que seguramente no serían las primeras.

—Ya he perdido los papeles. A mis años no nos gusta movernos mucho. Estoy muy gordo.

—¡Ya, ya! Pues largo de aquí, no queremos estorbos.

—Vámonos Manolín, vámonos delante: en el *souto* os esperamos. ¡Ah! aquí está Lanzas. Nos adelantaremos los tres.

—Falta Pachín, dijo Chucha.

—¿Pero há de venir ese mentecato?—preguntó Menéndez.

—Ya lo creo. Le convidé ayer.

—No hay función sin tarasca, dijo Lucía metiendo en la cesta una tartera con empanada de lamprea.

Salieron los dos amigos y el chico del Cueto, no muy contento éste, á decir verdad, pues hubiera preferido á la compañía de Lanzas la de las señoras ó la del mismo Pachín; pero Menéndez había dicho «vamos» y Manolín no tenía voluntad cuando mandaba una persona que le inspirase cariño.

Antes de salir echó Lanzas una mirada á Lucía y ésta le hizo un guiño significativo como si quisiera decirle: abór-

delo Vd. cuanto antes, no desprecie la ocasión, que después . . . todo se andará.

—¿Sabe Vd. Lucía, dijo Chucha, que este Lanzas no me gusta? Habla mal de todo el mundo; no repara en avergonzar á cualquiera y, sobre todo, nos trata con una franqueza que, á la verdad, me hace más daño que la del último aldeano; hasta me parece que domina á mi marido.

—No lo crea Vd.: Lanzas es un marrullero en cuestiones políticas; pero lo demás . . .

—Ya oyó Vd. á don Anselmo el otro dia: le llamó infame, desalmado, ladrón, presidiario . . .

—Es que don Anselmo, como él es un santo, quiere que lo sean todos los hombres.

Chucha calló; pero quizás en sus adentros, replicaba que Lucía hizo antes coro al señor cura en sus dictérios y que eran estrañas sus benevolencias del presente.

—Ya está, Chuchita, creo que no falta nada; podemos echar á correr cuando Vd. quiera. A ver, que vengan las que han de llevar las cestas.

—Coje mi manteleta por si luego siento fresco, dijo Chucha á la mulata, y dile á Pepe que venga si quiere.

Subieron tres robustas aldeanas; enroscaron su correspondiente paño; acomodáronlo sobre la cabeza y ayudándose las unas á las otras, cargaron las cestas saliendo ligeras y resaladas, braceando, subiendo y bajando las caderas con movimiento acompasado y con el busto erguido como si tales cuerpos no fuesen de semejantes faldas, inquietas y voleadoras.

—¡Jesús!, dijo Chucha, yo no sé como pueden llevar así sueltas las cestas sin que se les caigan.

—Lo mismo llevarían una botella ó un vaso lleno de agua, contestó Lucía.

—¿Vámos?

—Vamos, acaso les alcancémos: ellos irán más despacio que nosotras.

Las dos amigas, que de toda la vida lo parecían á juzgar por la confianza con que se trataban, salieron alegres y alborotadas.

Al decir de Chucha, ella se había transformado en el Castañar: jamás había sido alegre ni bulliciosa, acaso porque no se había visto nunca á solas con la naturaleza; y aunque le gustaba la vida de sociedad y del gran mundo, aseguraba que se vivía muy bien entre castaños. Aquellos parages eran deliciosos, encantadores. No echaba de menos los salones cubanos. De Madrid recordaba poco: cuando había salido era una jovencita que no tenía entrada en toda clase de reuniones por culpa de su traje corto. Ahora se desquitaría, porque las familias de su padre y su madre deseaban que pasase el invierno con ellas para lucir á la millonaria y hermosa parienta.

Tomáron, Chucha y Lucía, una veredita estrecha siguiendo á las mozas portadoras de la merienda. Iban faldeando un soto de castaños, grandísimos y copudos, cuyas hojas alfombraban el caminito. En sus vestidos agarrábanse los erizos desprendidos de las ramas, y eran de oir los chillidos de Chucha cuando alguno imprudente clavaba los pinchos en las finísimas medias de hilo de Escocia.

—Lucía; Lucía, dijo parándose de pronto la señora de Menéndez, nos hemos venido sin esperar á Pachín.

—Déjele Vd. No se perderá semejante mastuerzo. Ya verá como pronto asoma. A los lances de honor . . . estomacal, no falta nunca ese camueso.

—¡Eh! ¡Eh! ¡Eh! gritaron desde lo alto del soto.

—¡No lo dije! ahí le tiene Vd. Nos llama como si tornase bueyes. Es mucha finura la de ese zoquete.

—¡Eh! ¡Eh!—repitió Pachin más cerca, lo cual probaba que corría para alcanzarlas.

—No contestarle; á ver si revienta corriendo.

—¡Pobre muchacho!

—Pobre mentecato diga Vd.

—¡Eh! ¡Lucía! ¡Da Chuchita!

—Chucha se volvió y le contestó haciéndole seña con la mano.

Al ver Lucía que Chucha se paraba, paróse tambien.

—¿Quien te manda ser bobo y perezoso? dijo gritando para que Pachin pudiese oirla. Si tardas un poco más *hubiérante* tocado los huesos.

—Vaya una corrida, contestó llegando jadeante el del voto por capacidad. Se me hizo tarde. Recibí una carta del conde y era tan urgente que no quise dejar de contestarla en seguida para poder estar tranquilo. La politica es el *diaño* Da Chuchita.

—Ya, ya; con Vds. los políticos no se puede contar para nada; les tiene una y no les tiene.

—Calla fantasmón farolero, dijo Lucía, ¿qué pito ni qué flauta tocas tú en la política?

—¿Que nó? *¡Codo!* Pues á ver, mira; lee esta carta y quédate vizca. ¿No me llama aquí el conde de Toreno «amigo y correligionario»? *¡codo!*

—Te llamará todo lo que quiera; pero es que no te conoce.

—Si que me conoce. ¿No fuí á Salas cuando nos citó para darnos órdenes y té con galletas?

—Sí, el té, para curaros las Indigestiones de *pote* y de *pulientas*: tiene razón Lanzas . . . . sois más rocines....

Chucha se reía con estas discusiones de Lucía y Pachín. Siempre que en su presencia se hablaban reñían amistosamente, Pachín abría la boca como un tonto viéndose

tratado con tales franquezas delante de la señora de Menéndez, y Lucía forzaba la nota satírica observando que Ricardo y Chucha se morían de risa cuando ponía al torenista en berlina.

—Vaya Lucía no *empave* Vd. al pobre Pachin; viene demasiado sofocado para que le dé Vd. otra sofocación. Se conoce que la carta del jefe es importante.

—Perdone Vd. que no se la enseñe, Dª Chuchita. Soy esclavo de mi deber; y si el conde me escribe una carta reservada, como esta, no puedo faltar á mi caballerosidad...

—Por ningún concepto, no faltaba más: ¿y á mí qué me importa? No soy curiosa,

—Ya sé que . . . . está claro . . . . á Vd. le tienen sin cuidado estos asuntos; pero al fin, como se trata de Pidal, y D. Ricardin es su amigo . . . .

—¡Ah! ¿se trata de mi marido?

—Si . . . . es decir no . . . . vamos . . . . tratándose de Pidal se trata de sus partidarios, y . . . . perdone Vd.; no puedo decir más porque al fin soy la persona de confianza del conde y . . . .

—No, no hable Vd. más: cállese Vd.

—Sí, ¡calla! ¡calla! y estás rabiando por leernos la carta, dijo Lucía que iba delante en el sendero, con la falda recojida para librarla de los erizos y de las ramas secas.

—Doña Chuchita, perdone que no le ofrezca el brazo. Por estos andurriales tenemos que ir de uno en fondo; tenga cuidado de no resbalar, porque iría rodando. ¡Dios nos libre! más valiera que se cayese la torre de Lienes.

—O que te cayese tu y te rompieses el bautismo, dijo la señorita del Cueto.

—¡Pobre Pachin! no le trate Vd. tan mal Lucía.

—Déjela; si tiene razón. Más vale que me caiga yo que no que se caiga Vd.

—¿Y como podría Vd., si se lastimase, cumplir las órdenes del conde?

—¡Es verda, *¡codo!* y que lo que me en carga no se puede hacer desde la cama. Tengo que patear mucho. Todo el distrito electoral . . . . es decir, patearé el caballo que lo que es yo . . . .

—Escucha *hom* . . . . . , dijo Lucía volviéndose, el burro tuyo ya sabrá hacer elecciones al estilo del país.

—Pues tienes razón; vaya si sabe: *vuelca pucheros* y hace trampas que es lo que hay que ver: porque mire, Da Chuchita, soy el demonio *pa* estas cosas; nadie puede con migo: dicen que si falsifico si no falsifico, si miento si no miento, si hago si dejo de hacer, pero la verdad es que ganar las mesas no me las gana nadie.

—Que desgracia la de mi marido no tenerle á Vd. para trabajarle la elección.

—Tambien lo siento *¡codo!* pero no puede ser: yo no soy Lanzas que siempre fué del conde y ah ora como vino don Ricardin ya se figura que no ha de necesitarnos *en jamás*: sobre esto precisamente es la carta de hoy.

—No digas más bobá tico, qne acabarás por decirlo todo. Ya sabemos que el conde te previene contra Ricardo y contra Lanzas y que te manda hablar con todos los torenistas del concejo y que tendrá que patear mucho tu burro y que . . . .

—Pues con saber todo eso, no sabes nada. Los secretos están por descubrir.

—Para lo que me importan puedes guardarlos.

Pachin soltó una carcajada de aldeano, arqueó el cuerpo, encojió los hombros, llevó las manos al vientre, dobló las piernas levantando la rodilla derecha á la altura del pecho y rió de garganta con tal fuerza que acabó por estornudar tres veces seguidas.

Supuso á Lucía enojada de pura curiosídad, y estas cosas eran para Pachín lo más sabroso del mundo. En darse importancia con secretos políticos y en hacer alarde de furibunda consecuencia, pasaba la vida el del voto, olvidándose de que sin ton ni son iban acabándosele unos miles de realejos producto de algunos expedientes de quintas, en los tiempos que fué secretario municipal de Suaces. De aquella fecha databa la importancia conservadora del muchacho, que aunque hijo de labradores acomodados habíase gastado su menguada dote estudiando para llegar á tener *voto por capacidad*, quedándose con este y sin oficio ni carrera. No le faltaban en su casa una taza de pote, un plato de *pulicntas*, una cazuela de leche, ni un pedazo de pan de maíz; pero estos alimentos para un bachiller eran muy pobres y desde que el nombramiento de secretario le dió superioridad en la familia, ya hubo que ponerle un pncherito aparte, con su media librita de carne y un poco de tocino y darle choc olate por la mañana y freír un par de huevos por la noche.

Algunos dieciseis mil reales arañaría Pachin en el expedienteo de quintos, en librar á unos del servicio, y en vender á otros *libertades* falsas para embarcarse camino de las Américas; pero la caida de los conservadores hizo que dejáse el puesto debido á Toreno, para que los partidarios de Olavarrieta comenzasen por donde acababa el buen Pachín.

No duró mucho la cesantía del partido aunque sí la del muchacho que jamás volvió á pescar la secretaría. Echábaselas de desprendido, ¡como que tenía ochocientos pesos! y no se rebajaba á pedir lo que suponía que debían darle; pero Toreno, á quien asediaban con cartas y peticiones, repartió las prebendas de aldea entre los pedigüeños y se quedó nuestro Pachin con un palmo de narices. Más

como todo en el mundo tiene su compensación, túvola muy grande el ex-secretario oyendo decir al conde, acaso por que lo veía con otro aspecto y mejor ropa que á los demás:

—V., amigo mío, me conviene más así, suelto, sin cargo oficial: al fin V. no necesita el sueldo.

Hasta los entorchados de general hubiera Pachín trocado por estas palabras que le empingorrotaban dos codos sobre los demás. El no lo necesitaba: así lo creía el conde, y era suficiente. Iban mermando los dieciseis mil del pico, porque el sastre cobraba bien aquellos trajes que tan admirablemente le sentaban y porque los pucheretes, el *chocolatín*, los huevos fritos y el pan de trigo salían de su capital y porque, la verdad sea dicha, no era Pachín tacaño ni hacía malos papeles donde había personas de categoría. El primer duro que á relucir salía era el suyo, y donde él estaba no pagaba ningún forastero que valiera la pena de ser obsequiado.

Así, cuando llegára Menendez, el primer regalo que entró por las puertas del Castañar fué el de Pachín. Dos salmones, pagados á peso de oro y cojidos por suerte fuera de tiempo, un par de jamones buenos, sobre buenos, y un cuero de vino de Cangas. Ni Lanzas, con ser tan amigo y compinche de Ricardín, se había corrido tanto como él, que era al cabo y al fin un adversario político.

Por algo tenía él buena ropa y podía aspirar á ser compañero de una señora tan principal y tan guapa como la de Menendez. ¿Quién le quitaría poder llevarla de ganchete por las romerías después de tan sabroso regalo?

Se lo habían dicho por burla en Navia *¡codo!* pero llegarían á rabiar de envidia.

—Gracias á Dios que salimos del soto Da Chuchita—dijo Pachín emparejándose con la dama, así Dios me salve como estaba temblando que se cayese V.

—Pues me gustaba más la veredita que estos pedruzcos. Aquí si que no respondo de guardar el equilíbrio.

—¿Quiere cojerse de mi brazo?

—Sí; acepto. Se me tuercen los tacones y acabaré por sentarme sin estar cansada.

Y Chucha se apoyó en el brazo de Pachín con bastante fuerza, porque realmente no andaba muy segura sobre las peñas lisas que había en el camino.

El torenista no cabía en sí: iba esponjándose de modo tal que le fué preciso desabrochar la americana. Hubiera querido que todo Suaces y todo Navia y hasta el concejo entero le contemplasen llevando de brazo á una señora millonaria, hija de un general, conde y . . . vamos que ser él . . . precisamente él, un enemigo político, el más temible del distrito, el que gozáse tamaña honra, era lo que había que ver. No se trataba de presunción suya, pero era verdad que valía mucho, muchísimo.

¡Cuanto sentía no poder prestar sus servicios á Menendez! No le gustaba que digamos, pero la señora valía cualquier cosa y por ella se podía hacer todo . . . ¡Más, ser pidalino, jamás, *¡codo!* eso nó: por la consecuencia á la horca.

Iban bordeando un riachuelo escandaloso á causa del choque precipitado de las aguas contra piedras enormes esparcidas por el lecho. Aquellas piedras servían de puente á los que necesitando pasar á la orilla opuesta no tenían ganas de descalzarse, si por rara casualidad llevaban los pies metidos en zuecos ó madreñas.

Llegaron á un punto en donde el riachuelo se convertía en acequia de un metro de profundidad por dos de anchura.

Era el cauce que alimentaba un molino próximo cuyo ido se percibía ya en la hondonada que formaban los tos de una y otra orilla.

—Pasaremos el puente del molino, dijo Lucía, porque después no tendríamos por donde cruzar.

—¿Y se atreverá Dª Chuchita? respondió Pachín.

—¿Te figuras que es una temblona?

—Yo paso por todas partes, contestó la señora de Menendez. ¿No pasarán Vds.? pues yo también.

Contaba Chucha conque el puente lo fuese de verdad, pero al verse frente á un madero redondo y no muy grueso tendido de uno á otro lado de la acequia sin ceremonia ni afianzamiento, vaciló con temor.

—¡Ah! ¡creí que se trataba de un puente!

—Para tal río no se necesita otra cosa, dijo la señorita del Cueto. Ahora verá V.: se pone un pié en el centro y . . . tras, otro en la orilla opuesta.

Diciendo y haciendo pasó Lucía el madero en ménos tiempo del que para referirlo se necesita.

—Vamos Dª Chuchita, decía Pachín, anímese: no tenga miedo. Si se cae no se apure que no la dejaré llegar á la canal del molino. *¡Codo!* primero me tiraba yo de cabeza.

—Calla borrico, gritó Lucía, bastante sacamos conque te tires tú de cabeza, después que se nos agüe la tarde.

—Es un decir.

—Si un decir como tuyo; ánimo Chucha: venga la mano.

Chuchita hizo intención: se arrimó al puente, fué poco á poco poniendo un pié y apesar de tocar casi la mano que le alargaba Lucía desde la orilla opuesta, no tuvo corage: retrocedió.

—¡Ay! no puedo: se mueve el palo y me asusto.

—No pase niña, no pase, decía la mulatica temblando de miedo.

—No me atrevo, añadió resueltamente Chucha, pero

qué ocurrencia de marido decir que pasemos á merendar á n sitio donde no se puede pasar.

—Bien habrán pasado ellos, dijo Lucía, como V. no está hecha á estos puentes . . . Hay un medio, que la pase Pachín en brazos.

—¡Jesús!

—Si señora, Dª Chuchita, con muchísimo gusto. Venga, venga.

Y Pachín se apuraba dirijiéndose á la dama con los brazos abiertos, reventando de orgullo y con la cara más animada del mundo.

Aquello era superior á cuanto se había figurado: era más que llevarla de ganchete y mucho mejor que pasearla por las romerías: ¡poder decir que la había tenido en brazos! . . .

Y no es que á Pachín le sujiriese el hecho ninguna idea pecaminosa. Aquella mujer, soltera, la hubiese considerado su igual en categoría y atrevidose á pedirle relaciones de novios; pero casada le resultaba tan alta que ni la veía mujer ni cosa que no fuese la gran señora cuyas distinciones eran la honra mayor que podía caberle.

En su prurito de elevarse sobre amigos y convecinos, conceptuábase único en aquellos contornos. Ser tratado con franqueza por la esposa de Menendez era mucho; llevarla del brazo era muchísimo; pero pasarla en brazos el puente del soto era ya la mayor distinción: quedaba *ipso facto*, el principal caballero de la provincia. Si él hubiera sido capaz de presentir otros horizontes que los del caciquismo de aldea, viese en esto motivo suficiente para endoasrse un título nobiliario y hacer la competencia al marquesado del Real Trausporte.

Nos vamos á caer los dos, dijo Chucha retirándose del o que ya le rodeaba la cintura para cojerla como si

fuese un chicuelo, pase V. primero á esta, añadió señalando á la mulatica.

—¡Nó, nó! gritó la doncella.

—Anda, déjate pasar para que yo pierda el miedo.

—¿Y si nos caemos?

—¡Qué os habeis de caer! como si Pachín no tuviese fuerza bastante.

—Puedo con Vds. y con otras dos encima: si quieren las paso á un tiempo.

—No: pase V. á Carmela: luego á mí, lo prometo.

—Vamos Carmelita, dijo Pachín, cojiendo á la mulatilla por la cintura ¿quien dijo miedo?

Dicho y hecho: levantó Pacho á Carmela como si fuese una pluma y antes que lanzáse el tercer chillido la soltó en la orilla opuesta.

—¿Ve V.? ¿Ve V? decía con aire de orgulloso triunfo el bueno de Pachín.

Sin el entusiasmo que el ensayo le producía, hubiera visto cómo unos pasos más abajo aparecía Manolín que abarcando de una ojeada la situación saltó la acequia y corrió al lado de Chucha. Sin decir ni palabra se puso en cuclillas, abarcó con sus brazos las rodillas de la jóven, recogiendo cuidadosamente sus faldas, y la levantó en alto como si se tratára de una niña. Chucha rodeó el cuello de Manolín para mejor sostenerse, y cuando el de la *capacidad* ponía el pié en el madero para volver por la preciosa carga, estuvo á punto de caer en el riachuelo, viendo el grupo que se estaba formando en la otra orilla.

Retiróse asombrado, y Manolín, salvando el puente de dos pasos, dejó cuidadosamente á Chucha en el suelo, cuando todabía Pachín no había podido volver de su asombro.

—¿De dónde demonio saliste *hom?*

—Estábamos ya en el soto cuándo se me ocurrió d

á D. Ricardo que acaso no pudiese pasar el puente su señora y me mandó que viniese á ver lo que ocurría: llegué á tiempo.

—¿Pensaste que no era yo suficiente? Pues no está bien hecho, mocoso, lo de quitarme el derecho; porque al fin quien las acompañaba era yó.

Chucha y Lucía reían como locas viendo la cólera que á Pachin había producído la inesperada presencia del joven y éste, qne se puso rojo al oirse llamar mocoso, contestó con un aplomo del cual nadie le hubiera creído capaz:

—Ya sé que puedes ser mi padre apesar de tus ínfulas de pollo, pero no debía consentir que pasases á esta señora, á manera de fardo, como pasaste á Carmela.

—*¡Codo!* yo *paséla* como se debe: ¿á que no la *manqué?* ¿Hícele á V. daño, Carmelita?

—Un poquito, pero no fué mucho.

Nueva carcajada de Chucha y de Lucía, coreada esta vez con otra de Manolín, cuya fisonomía había adquirido una expresión nueva y animadísima.

—Dejémos esto y sigamos, dijo Chucha, no vale la pena.

—¿Qué no vale la pena,? gritó Pachín, á la vuelta la paso yo á V.; vaya si la paso, *¡codo!* pues no faltaba más.

—A la vuelta pasaré yo sola, respondió Chuchita con firmeza y dando á sus frases un tono que cerraba la discusión.

Prosiguieron su caminó, cruzando un prado cuya crecida yerba ocultaba algunos charcos que habían quedado del riego artificial, usado solamente cuando el estío es muy seco.

—Por aquí, dijo Manolín, está el prado húmedo y se mojarían ustedes.

—Pues guíeme usted, dijo Chucha cogiéndose del bra-

zo del jóven del Cueto, cosa que puso á Pachín colorado de rabia y con las venas del cuello hinchadas, que parecían próximas á estallar.

Ni Chucha ni Manolín, que echaron delante, pudieron advertir lo mal que había sabido á Pacho el nuevo suplente; pero Lucía que lo conocía más que á los dedos de su mano derecha, sonrió con aire de triunfo, y cogiéndose familiarmente de su brazo, le dijo en voz baja: consuélate, tonto, que no irás *de vacío!*

—Tu, tu, tu; ¡á mí que más me dá! No parece sino que estoy yo rabiando por cargar con ella.

—Mejor cargabas con ella que conmigo; como es rica y mujer de uno que será personage . .

—Será . . será . . . para mi será siempre Ricardín del Castañar, pero en Madrid . . . puede que le den un título y todo.

—¡Já, já! y otro á Lanzas.

Lucía titubeó un poco antes de contestar: el dia anterior, aquella misma mañana, la primera palabra de burla y de ódio contra Antón Lanzas hubiera sido la suya; ahora era preciso mirarse un poco. Lanzas estaría quizás en aquellos momentos hablando con Ricardo y aconsejándole que diera al chico . . . Si esto se realizaba, ella le perdonaría á Lanzas cuanto mal á su madre y á ellos mismos hubiera causado.

—De todo se ha de ver en el mundo, dijo, y cambió de conversación, metiendo esta á barato y procurando desarrugar el ceño de Pachín, no fuese el diablo que con sus enojos de fatuo soltase alguna inconveniencia.

Como un cuarto de hora seguirían andando. Por fin divisaron á Menéndez y á Lanzas, que habían hecho alto en el lugar que al primero pareció más oportuno.

Menéndez estaba sentado en un ribacito, y Lanzas

pié, con los brazos vueltos á la espalda y las manos cruzadas sobre los riñones, hablaba con calor accionando con teje maneje de piernas, movimientos de cabeza y envestidas de hombros para uno y otro lado.

Cuando divisaron la comitiva, púsose Menéndez de pié, y con alegría que no era natural en su carácter de hombre que se cree sabio por el hecho de ser poco risueño y de aspecto grave, dió algunos pasos para salir al encuentro de los recien llegados.

—¿Qué tal? ¿qué tal? cómo fué en el puente niñita?

Antes que ninguno pudiese contestar, hízolo Chucha con prestezas

—Perfectamente, dijo. Después de algun recelo pasé muy bien.

Callaron los demás, y Pachin quedó satisfecho en lo que cabía. Siquiera no se divulgaba que lo había dejado el *mocoso* con un palmo de narices. Del mal el menos.

Las mozas portadoras de la merienda descansaban sentadas cada cual al lado de su cesta. La mulata fué inmediatamente á tenderse al lado de una de ellas; aquellos caminos y aquellos paseos se le hacían insoportables, no teniendo, como no tenían para ella, el encanto poético que su ama les encontraba. Razón había tenido Pepe en no querer ir: se había quedado, y aunque la maliciosa mulatilla presumía cuál era el motivo, una moza garrida y frescota como una lechuga flamenca, de mejor gana se hubiera quedado ella que hacer tal caminata y pasar el susto del puente.

—Como me parece temprano para merendar, dijo Menéndez, podeis, si no estás cansada Chuchita, dar una vuelta al soto y ver el molino que queda en la cabeza del otro prado.

Vamos; no estoy cansada.

Inséñale el molino por dentro, Lucía.

—Sí señor, dijo Pachin, si están las muelas andando le diremos como se paran y como . . .

—Eso es, interrumpió Lanzas con sorna, le das lecciones para cuando sea molinera: el diablo me lleve si no eres muy rocín, Pacho.

Tenía tal miedo Pachin á Lanzas, que no replicaba delánte de él. Si le llamaba bruto, bueno; si le llamaba rocín, paciencia; cuando se veía libre de su mirada y de su influencia, desfogaba contra el cacique las mayores energías de lengua, y echaba un regimiento de bravatas por aquella boca; pero en presencia del tio Antón, era el torenista un borrego tímido y acoquinado. Desde que fué su lugar-teniente, cuando Lanzas pasteleaba elecciones conservadoras, habíase acostumbrado á obedecer sin rechistar, y á oirse llamar con los epítetos más injuriosos. Pero ya era independiente; ya no tenía que ver con el maestro desde que éste había cometido la infamia de inconsecuencia, dejando de hacer chanchullos con los unos para hacerlos con los otros; más aquella influencia personal continuaba como si Pachin quedase hipnotizado en cuanto Lanzas le echaba la vista encima,

Y si no le habia arrastrado consigo en la transfusión de partido, era porque la honra de cartearse con el conde no la trocaba Pachin por cuanto de bueno había en la provincia.

No contestó, pues, una palabra á los requiebros del cacique, y quedó tan conforme con unas cuantas carcajadas forzadas que le hicieron ponerse colorado de tanto inflar los carrillos para dibujar sonrisas que no aparecían de grado, y echó detrás de Chucha y Lucía, que se alejaban cojidas del brazo.

—Y tú, Manolin, ¿no vas á acompañarlas? pregu Menéndez.

—Anda rapaz, dijo Lanzas, que mejor se vive entre gente moza que entre viejos.

Manolín del Cueto no contestó; pero dirigió á Ricardo una mirada que equivalía á una caricia: parecía decirle: á su lado no me encuentro mal.

—Menéndez gozó algo así como una satisfacción íntima al sentir sobre sí la influencia de la pupila límpida del jóven; le vió marchar, le contempló un momento, y cuando se hubo perdido en un recodo del soto, dijo:

—Tiene razón don Anselmo; es igual á mí cuando yo tenía sus años.

—No, si parecer se parece mucho, no hay duda, contestó Lanzas como si capitulase en alguna discusión: pero es lo que te he dicho; esas cosas nadie las sabe.

—Sin embargo, sabemos que la separación existía real aunque no aparente, entre Manolita y don Sancho.

—Por eso te digo que cabe la duda: y de ser ó no ser, más vale que salga ganando que no perdiendo, el chico. *Dígote* esto para que no creas que le tengo prevención. El otro dia quisiste darme á entender que yo tenía mala voluntad á los dos hermanos, y también tu señora me puso la cara un poco torcida porpue dije de ellos algunas verdades. Ya ves que no estabas en lo cierto: soy el primero que te apruebo que lo lleves á Madrid y que *lo estudies*. Ayer, por lo que dijiste delante de don Anselmo, conocí que tenías esa intención, y me dije: no seré yo quien te la quite: hice lo que me tocaba hablándote la verdad. Ahora, tu alma, tu palma, querido.

—Pero hago bien, ¿no te parece?

—Sí, hombre, sí; ¿quién lo duda? Yo te advertía, porque quién sabe si tu señora maliciará algo . . . y que si mañana tiene ella hijos, no diga que otro se come lo de ellos.

—Yo creo Antón, que me castigará Dios negándome esa

felicidad: ¿quieres creer que no ambiciono otra cosa en el mundo que tener un hijo de mi mujer? Y mira si es desgracia, yo que los he tenido cuando me era indiferente, no los tengo ahora que daría la mitad de mi dinero por uno. Ya lo sabe Chucha: por eso no le gusta que hablen de esto ni quiero yo que le recuerde nadie que es estéril.

He consultado, y me han dicho los médicos que no tiene condiciones para ser madre. Era muy robusta cuando nos casamos, pero desde hace cuatro años se ha desmejorado mucho; presumo que puede tener alguna enfermedad interior, aunque el último médico que la vió me dijo que no lo creía. Algunas veces, le hablo yo de mis deseos y hasta le doy bromas delante de la gente, porque un amigo, con quien consulté, me dijo que influía mucho en la naturaleza de la mujer el que se la escitase el amor propio, y por más que no me guste que otros lo hagan, yo la pongo colorada muchas veces: tiene mucho puntillo y . . .

—Hombre no sé que tenga que ver . . . si Dios no lo quiere . . . Desengáñate, que todas las mujeres sirven para el caso.

—Pues á Dios le tengo pedido bastante: sin que ella lo sepa, siempre estoy mandando decir misas y dando limosnas para iglesias y conventos . . .

Don Anselmo decía ayer que me oiría la virgen si hacía la felicidad de Manolín: ¿y quieres creer que tengo fé ahora que estoy dispuesto á dar carrera al chico?

—Yo *creote* poco en esas cosas Ricardo, pero si estuvierais aquí mucho tiempo era seguro: en esta tiera no hay más que chiquillos.

—No se te escape nada delante de Chucha: bastaría eso para que te tomase rabia; ella es muy buena pero también tiene su genio. Se parece á su padre; mucho amor propio. Bastante la mortifica á la pobre no tener famili

Un dia me dijo, medio enojada, que quisiera darme gusto aunque se muriese.

Figúrate que barbaridad: me costó trabajo contentarla porque no la sacaba nadie de la cabeza que yo no la quería.

—Pues dájala en paz; que con eso no se adelanta nada.

—Hombre es verdad: pero no se puede uno conformar así no más; el que no me conozca estoy seguro que dice: «¡como es más viejo!» Y me parece que todavía puedo tener media docena de hijos, porque á los cincuenta y dos años . . . Y luego que como no lleva uno un cartel en la frente diciendo que los ha tenido y que los médicos dicen que su mujer es estéril . . .

—Vaya, que casi lo haces por picantela.

—Tanto como por picantela nó: quiero mucho á mi mujer, tengo veintiocho años más que ella y dentro de diez, seré ya un viejo y Chucha será jóven, porque sin penas ni cuidados, y sin tener hijos, á los treinta y cuatro aún estará como ahora.

—*¡Válate* el diablo *hom!* ¿ya tienes celos para de aquí á diez años?

—No son celos: es que tiene uno mucho mundo y mucha experiencia . . . Allí vuelven: no digas nada de lo de Manolín, porque quiero consultárselo á mi mujer primero . . . no se opondrá, nó, pero bueno es contar antes con ella para que no se resienta.

—Está claro,

—Habeis visto el molino, preguntó Menendez en alta voz y con tono desusado en él, por lo animado y alegre.

—Si señor, respondió Pachín apresuramente, y lo he parado y lo he puesto á andar, y le he enseñado á su señora cómo se hacen todas las faenas de la molienda.

—Ya soy una perfecta molinera, dijo Chucha riendo, la prueba es que vengo llena de harina; no he querido limpiarme para que veas que no te engaño.

—Si ahora se presentasen por ahí tus padres, creerían que yo te había convertido en aldeana.

—Papá se reiría mucho, pero mamá huiría de nosotros haciéndonos la cruz como al diablo: cuando se lo escriba creerá que hasta la carta la mancha.

—Felizmente nó eres tú como la condesa, dijo Menendez pronunciando el título de su suegra con toda la boca.

—Felizmente, sí, contestó Chucha sentándose en el ribazo al lado de su marido.

—¿Les parece â Vds. que se vaya preparando la manducatoria? dijo éste.

—Enseguida, contestó Lucía dirigiéndose á donde estaban las mozas con las cestas.

Lanzas, con mucho disimulo y como si pretendiese ayudarla, se acercó á ella y le dijo en voz baja:

—Ya lo he amansado: trabajo me costó; bien puedes agradecérmelo; llevará al chico á Madrid y le dará carrera. ¿Puedo ir esta noche á la hora que iba el americano?

—No corra tanto: deje que nos escriban desde allá la primera carta. Ahora ocúpese de sacarle una que recibió del conde al mentecato de Pachín. No sé que órdenes le dá, pero si sé que son contra V. y contra Menendez, seguramente para que no salga Ricardo diputado. Ahora déjeme en paz, no digan que secreteamos.

Y Lucía comenzó la disposición de todo, para merendar alegremente debajo de un copudo castaño, tendiendo un mantel de color sobre la hojarasca y disponiendo el asiento que en el santo suelo habia de ocupar cada uno.

—V. aquí Chuchita, pegada al castaño para poder re

costarse, porque no está como nosotros avezada á estos sillones. Aquí V. Ricardo.

—Yo recostado en mi mujercita, dijo Menendez, dejándose caer pesadamente y apoyando el codo izquierdo en las rodillas de Chucha.

—Tú aquí Manolín, prosiguió Lucía, junto á Menendez y tu enseguida mamarracho, añadió dirijiéndose á Pachín.

—Amí déjame recostarme en tus rodillas mujer.

—Anda y recuéstate en el lomo de un buey, monigote.

Pachín rió estrepitosamente creyendo que había dicho una gracia, y los demás se rieron de veras por la pronta salida de Lucía.

—V. Lanzas, á este otro lado de Chuchita . . . y yo junto á V.

—Ves como te las has arreglado para que estemos juntos . . . con un poco que yo me corra, dijo Pachín.

—¿Quién te ha engañado querido? ¡Carmela! . Ven acá: siéntate aquí para cerrar el corro, dijo la señorita del Cueto precipitadamente.

La señora de Menendez aplaudió como una chiquilla: La gracia desenvuelta de Lucía era cosa que la divertía muchísimo. Seguramente pensaba, si no fuera por ella, por su hermano y por las necedades de Pachín, me hubiera aburrido en el Castañar soberanamente.

—Empezarémos por las tortillas de jamón ¿eh? ¿No les parece?

—Por donde V. quiera, dijo Chucha, V. dispone.

Lucía cojió un cuchillo y uo tenedor: cruzó varias veces dos gruesas tortillas que descansaban sobre el mantel, y pinchando trozos con los tenedores de boj nuevecitos y amarillentos que daba gusto verlos, repartió á cada cual diciendo alegremente: «á comer.» Cojió luego los panes que, arrimándolos al pecho, fué cortándo tambien en pe-

dazos, y sin tomarme la molestia de alcanzarlos, fué echando suavemente á cada cual el suyo.

—Esto es muy del campo Chuchita, dijo, por que ni las posturas permiten estirarse mucho, ni hay brazos que lleguen á todas partes.

—Ya he dicho cuando se proyectó la merienda que había de ser á estilo del país: con que fuera disculpas.

La señorita del Cueto, una vez repartido el pan y la tortilla, llamó á las sirvientas que se habían colocado un poco retiradas después de vaciar las cestas, y poniendo un pedazo de tortilla sobre otro de pan, dió á cada cual el suyo antes de servirse el que la pertenecía.

En esto demostraba la señorita del Cueto ser descendiente de la poca nobleza rancia que se puede contar en las regiones occidentales de la provincia.

El *señor*, como dicen los aldeanos, no se olvida jamás de que sus servidores coman; y en circunstancias anormales, la misma señora hace plato á los criados antes de servirse. Estas patriarcales costumbres pueden hacer reir á los habitantes de las ciudades y aún á los nuevos señores de pueblos y aldeas; pero damas encopetadas y muy cosidas á sus pergaminos lo hacían, no ha mucho, conservando tradiciones señoriales.

Lucía prosiguió el reparto de la merienda. Las tortillas estaban excelentes; el jamón delgado, desaladito y en punto; los huevos muy batidos; un poco de perejil picado para dar gusto, y gruesas y esponjosas al estilo del país, no tísicas y apergaminadas como se hacen en otras partes. Casi todos repitieron y pronto se dió cuenta del primer plato.

Vinieron luego las empanadas de lamprea, riquísimas, sabrosas, presentadas en las mismas tarteras de hierro antiguas, que eran de cuando fué la madre de Ricardo al

Castañar, ya que antes de su matrimonio no se había usado en la casa otra batería de cocina que sendos potes de hierro también, y algunas descomunales calderas de cobre.

Las empanadas estaban doraditas y adornadas con tiras de masa repicoteada formando arabescos y letras; en una se leía sin dificultad: «Da Chucha» y en otra: «D. Ricardo.» La encargada de hacerlas, una mujer de Suaces que se dedicaba á este comercio, no había querido faltar al respeto á los señores del Castañar, poniéndoles el nombre á secas. La poca política hubiera podido enojar á sus expléndidos parroquianos.

Después de las empanadas salieron á relucir dos lenguas saladas y cocidas; dos *lacones* ó brazos de cerdo, compañeros de salmuera y de cochura de las lenguas; una merluza hecha *toros* y frita, y dos gallinas asadas.

No digamos que desapareció todo el fiambre de tan opípara merienda, pero tampoco que tuvieron sobrado donde merodear los criados que quedáran en casa.

Obscurecía ya cuando los comensales levantaron el campo; y después de una formal requisa, para que nada se quedase olvidado, emprendieron el retorno, pues Chucha dijo que no quería pasar el puente de noche.

—Cójete del brazo de Manolín, hijita, dijo Menéndez á su mujer, puedes caerte ó poner un pié en falso.

Manolín se apresuró á ofrecer apoyo á la hermosa mujer tan diferente de cuantas en su vida había visto.

—Vaya, Pachín, á la fuerza ahorcan, dijo Lucía colgándose del brazo de éste; ya que no tengo cosa mejor apechugaré contigo y lo mismo dirás tu.

—Todavía ha de conseguir Vd. enojar á nuestro amigo, dijo Chucha.

—¡Quiá! Nos conocemos mucho y ya sabe que le quiero. Estoy enamorada de él hace mucho tiempo; pero des-

de que la casa de Suaces bajó, anda buscando una mayorazga rica; yo no le convengo; soy pobre y Manolín es el mayorazgo.

—Si no es más que por eso, contestó Manolín siguiendo la broma de su hermana, desde mañana te firmo la renuncia á mis derechos.

—Dios te lo pague, hermanín; sacarías mi ánima del purgatorio, que está penando por este ingratón de judas; pero como no tenemos sino un palaciote arruinado y cuatro ó cinco tierras que no valen dos cuartos; ¿con qué le compensaríamos el dinero que robó en el Ayuntamiento?

—¿Qué es eso de robar? *¡Codo!* dijo Pachín parándose en seco, soltando el brazo de su compañera y mirándola muy encaradamente.

—Anda, borrico, no te plantes así que ya sabes que digo verdad.

—¡Pues me gusta!

—Si hombre, sí: yo también te gusto, lo que es que lo disimulas.

Menéndez y Lanzas reían como descosidos, tanto que Chucha quedó admirada de ver á su marido tan regocijado, como jamás le había visto.

¡Quién la hubiera dicho que reía, contento de no haber sido solo en la ingrata tarea de esquilmar el concejo!

Porque la verdad era que Menéndez y Lanzas fuéran los maestros en saquear pueblos, aldeas y caseríos: los discípulos no les iban en zaga; solo que la ubre ya estaba seca y apenas producía una señal de lo que había producido en otros tiempos.

—Pero con qué tranquilidad hablan aquí de robar en los Ayuntamientos, dijo á Manolín Chucha, ¿acaso esos robos no son mal vistos?

—Para mí, si señora.

—Para Vd. que piensa de manera distinta; pero los demás . . . hasta mi marido, con ser tan puritano, se rie como no le he visto reir jamás.

Manolín se desconcertó; había oido decir mil veces que Ricardo fuera compinche y amigote de Lanzas en atropellos y expoliaciones del concejo y sentía vergüenza por aquel hombre que le inspiraba cariño, qué le recordaba á su madre y sufría oyendo á la esposa, de sentimientos nobles, juzgar digno y caballero á su marido. Hubiera querido que aquellas frases no resultasen un arcasmo.

—D. Ricardo se rie de las tonterías de mi hermana, dijo, no porque le hagan gracia ni apruebe las marrullerías de Pachín.

—Pues Lanzas dicen por ahí que todas sus riquezas vienen de robos y de infamias, ¿es cierto Manolín? Vd. debe saberlo: se lo he preguntado á Ricardo y me ha contestado, frunciendo el ceño, que eran chismes de aldea. Yo también lo creo así, porque si ese hombre fuera lo que dicen no es posible que mi marido le quisiera tanto ni le diese algunas confianzas. Yo soy sincera, Manolín, le hago buena cara porque veo que mi marido no tiene más Dios que ese hombre, pero . . .

—Es muy entrometido y don Ricardo no tiene valor para plantarlo. Como son amigos desde la infancia . . . teme que le llamen orgulloso.

—A veces me parece que se contraría cuando le vé entrar: ¿no lo ha observado Vd?

—No señora, no he reparado.

—¿Ha sido amigo de los padres de ustedes?

—Si señora, como D. Ricardo.

Chucha calló pensando que muy mal pagaba á los hijos amistad que había tenido á los padres. Siempre que ha-

blaba de Lucía y de su hermano era para ponerlos de vagos y de holgazanes que no habia por donde cojerlos.

Acaso por esto le encontraba más repulsivo la señora de Menéndez; ensañarse con dos huérfanos desamparados y pobres, tan solo porque de señores no se convertían en gañanes, resultaba cosa muy ruín ante una mujer buena que, gracias á la carrera de su padre, no se había visto en situación parecida cuando el condado de Carrasco había descendido á donde el palacio de Suaces: á la ruina.

Al llegar aquella noche á su casa los hijos de Dª Manolita, dijo Lucia á su hermano: corre vé á casa del señor cura y dile que se venga contigo: tengo qun darle una noticia que le ha de alegrar.

D. Anselmo, que coligió de lo que se trataba, no se detuvo ni un instante.

Lucía se encerró con el sacerdote en su cuarto. Manolín estaba muy acostumbrado á estos secreteos de su hermana con el santo varón y no sintió curiosidad; se fué al patio, en donde la vieja criada hilaba á la luz de las estrellas tomando el fresco, y se sentó en un poyo con los ojos fijos en el tachonado firmamento y la mente en un cielo invisible.

—Señor cura del alma, dljo Lucía cuando hubo cerrado la puerta, ya somos felices; Menéndez se hace cargo de mi hermano: al fin le ha tocado Dios en el corazón y quiere reparar el daño que hizo en mi casa.

—Ya me lo figuré ayer; estaba muy blando; sin ese demonio malo que se lo impide . . .

—Ya es nuestro Lanzas, don Anselmo, también Dios le ha tocado en el corazón.

Y Lucia se puso encarnada como un tomate.

—No lo creo, hija, no lo creo. ¿Te lo ha dicho Ricardín?

—No señor, me lo ha dicho él mismo.

—Algo trama.

—No señor, no: que esta misma tarde habló en favor de Manolín y le sacó el sí á Ricardo.

—Entonces no te quepa duda: se amansó porque vió que el otro estaba decidido y con él y sin él venceríamos.

—Más vale que creas esto que no que presumas la verdad, pensó Lucía.

—De todos modos, hija, démos gracias á Dios y á la santísima vírgen del Cármen, que nos han concedido lo que les pedíamos.

Mañana temprano irás á misa, ¿eh? y rezaremos el rosario.

—Vaya, señor cura, pues no faltaba más: sí, séñor, que iré á dar gracias á la vírgen.

—Y el domingo á confesar y comulgar, hija, porque el favor de la divina providencia es muy grande para no ser tenido en cuenta.

—¡Ah,! sí, sí, señor cura, tiene usted razón: el domingo, si Dios quiere.

***

Aquella noche no pudieron dormir los dos hermanos; Lucía formaba castillos: su hermano tendría carrera, y como era listo, sería un gran hombre; se haría rico, muy rico: ¡quién podía asegurar que andando el tiempo no llegase á diputado y á ministro! . . otros llegaban y no pertenecían á una familia como la de ellos: oh, si volviese el antiguo explendor de los del Cueto! . . Había sufrido mucho, muchísimo, había llorado mil veces de rabia, pero no había abdicado jamás: eso nó: siempre tan tiesa: al fin era hija de don Sancho del Cueto y señora de Suaces, aunse empeñase el mundo entero . . pero tantas amargutantas desesperaciones ocultas habían de tener un tér-

mino: el dia que su hermano acabase la carrera, devolvería centuplicados los desprecios á las señoritas de nuevo cuño. ¡Qué distintos eran los pensamientos de Manolín! soñaba despierto, pero soñaba: hubiera querido ser poeta para describir aquella tarde tan felíz, tan alegre, la más alegre y la más felíz de su vida.

Se creía otro llevando á Chucha del brazo; á una muger como él las había visto en las novelas, elegante, bonita, lánguida, buena, cariñosa . . . ¡Qué cariñosa era la señora de Menéndez! Una criatura de aquel carácter resultaba un encanto; tenía el porte de la gran señora y la sencillez de la más cándida lugareña; hablaba con todo el mundo, y á cada cuál de manera distinta; se asimilaba á los caractéres que trataba, sin abdicar jamás de aquella magestad que le fascinaba, y aunque sabía mucho, muchísimo, tanto que para Manolín no había en el mundo muger que más supiese, no lo dejaba ver así con cualquiera; solamente con él hablaba de libros, de autores, de versos y de poetas; luego, sabía tantas poesías de memoria, y las recitaba con una entonación tan seductora . . Pocas sesiones dé literatura habían tenido, y, sin embargo, estaba Manolín seguro de que coincidían en gustos. A los dos les agradaban lo sentimental, lo poético, los amores contrariados, las muertes por exceso de pasión . . .

¡Oh! y qué triste se quedaría cuando Menéndez y su señora se marchasen á Madrid! con cuanto afán aguardaría Manolín el verano siguiente! Don Ricardo decia que pensaba ir todos los años al Castañar; Dios quisiese que no cambiasen este proyecto. ¡Y Chucha querría volver después de acostumbrada á las bellezas de la Corte? ¡Qué pequeño se sentía! El no podría salir jamás de aquel rincón y de aquel cuarto desmantelado y frío, tan frio como su existencia sin madre, y de aquella cama dura, con su jergón

hoja y su colchón de lana tan apelmazada que parecía de piedra.

¡Sí! estaba condenado á Suaces perpetuo. Allí viviría eternamente. Ya se hubiera marchado á la Habana, á cualquier parte si tuviese con qué; pero ¿quién le había de dar dinero para el viage? El no se atrevía á pedirselo á nadie, y su hermana tampoco le decía nada. Sufriría, sí; sufriría los horrores de la impotencia, tiritando en invierno y suspirando porque el verano trajese al Castañar á don Rícardo y á su señora.

Las golondrinas chirriaban ya en la cornisa de piedra de la ventana, y Manolín, tras largas horas de insomnio, salió de la cama dispuesto á echarse al campo: quería distraer la imaginación; vistióse, pues, pronto, cogió una jofáina de barro desportillada, bajó á la cocina y sacó de la ferrada cuatro ó cinco cazos de agua; volvió á subir corriendo como si tuviera mucha prisa, como si álguien le estuviese aguardando. Ni su hermana ní la vieja criada andaban aún por casa; no se habría levantado la primera y estaría por fuera la segunda. Se lavó haciendo mucho ruido y salpicando el agua; se refregó la cara como si pretendiese cambiar de cutis, se puso la camisa, se anudó la corbata con desaliño, él no sabía ponérsela de otra mánera, y se arregló el cabello. No había reparado antes, pero advirtió que lo tenia muy largo. Iré á Francisco que me lo corte, dijo, ahora estará en casa, aun no habrá salido al trabajo.

Tomó un sombrero de paja ordinaria que había sobre un taburete de madera, único asiento de aquella pobre estancia, y salió por la puerta de la huérta, porque suponía que el corral anduviese la criada, y no queria tropezar con ella. ¿Porqué? ¡vaya usted á saberlo! Sentía vergüenza de el mundo; se había lavado y puesto corbata temprani-

to, y esto no era lo corriente; iba á cortarse el pelo porque creía estar mal con él tan largo, y aquí ya traspasaba los límites del acicalamiento. Su hermana era la que se ocupaba de estas cosas, riñéndole por su descuido y por las escasas atenciones que á su persona dispensaba. ¡Qué dirían cuando le viesen *pelado* y compuesto! casi se arrepentía . . .

Sin embargo, las piernas le llevaban á casa de Francisco. Era éste un aldeano medio aseñoritado que manejaba las tijeras á maravilla y dejaba las cabezas que ni pintadas: lo hacía por afición y solamente á las personas de cierta clase. Vaya un pelo bonito, rapáz, le decía á Manolín cuando se lo cortaba, si fueras más presumido andarías siempre *en cacho*.

De dos zancadas llegó á casa de *su peluquero*. Preparábase éste para asistir á una *mayega*, y examinaba el *arma* para ver si estaban firmes las *pértigas*.

—¡Hola Manolín! dijo, cómo madrugas.

—Sí, un poco; quería cogerte en casa.

—¡Cojerme en casa! pues qué se te ocurre.

—Que me cortes el pelo.

—¡Hoy! ¿pues qué fiesta es?

Manolín se puso como la grana.

—No; dijo después de titubear un poco; es que me parece que lo tengo muy largo y me da calor.

—Sí; ya le hace falta tijera; pero si vieras la prisa que tengo! ¿no podrías aguardar al domingo?

—Poder sí, pero . . . puede que tenga que bajar hoy á Navia á ver unos señores que deben pasar en el coche para Castropol y . . .

—Porqué no lo decías *neno*. Esa es otra cosa; ande siéntate aquí corriendo.

Apesar de ser inocente la mentira, á Manolín le abras

ban los labios y sentía rabia de sí mismo. ¡Mentir! ¿y para qué? ¿por qué? No lo sabía ni podía explicárselo: se le había ocurrido cortarse el pelo aquella mañana: en la tarde iría como de costumbre al Castañar, y por si quería salir la señora, y por si tenía que llevarla del brazo . . . qué necedad; ¿pero no lo había visto igualmente los otros dias?

—Conque á Navia ¡eh! ¿y quiénes son esos señores?

Manolín estaba desazonado; la curiosidad de Francisco le obligaba á seguir mintiendo.

—Unos amigos de mi familia.

—La verdad es que antes para ver á los amigos no *teníades* necesidad de bajar á Navia; bien, que subían ellos á Suaces.

—¡Qué quieres! ahora somos pobres.

—Si tu madre levantara la cabeza y viera ciertas cosas!

El aldeano aludía ciertamente á Menéndez, pero Manolín creyó de buena fé que se refería á la pobreza del antíguo palacio y á la miseria de sus hijos, y como cuando se hablaba de esto sufrían rudas embestidas su corazón y su amor propio, cambió de conversación preguntado á Francisco dónde era la *mayega* aquel dia y otras cosas relacionadas con mozos y mozas de la aldea.

—Anda rapaz que vas bien guapo, dijo el *peluquero* cuando hubo concluido.

—¿Quieres hacerme el favor por completo? pues sácame la raya y péiname.

—Pues no te has vuelto poco presumido de pronto Manolín: ¡Ay amigo, el andar entre señores! . . .

Aquella broma era demasiado cruel para un carácter como el del jóven del Cueto: decirle que por andar entre señores se arreglaba, á él, que había nacido señor y noble,

era el colmo de la humillación: no se atrevió á replicar porque le ahogaba la pena.

Francisco fué á mojar el peine en un pilón, que lo mismo servía para beber el ganado que para lavarse las personas, y con aquella agua, verdosa ya, amansó los encrespados cabellos de Manolín haciéndole una raya en medio y bajándole dos onditas á la frente.

—¡Vaya que cuando te digo que vas guapo! Hoy ya puedes cortejar, Manolín, que no te dirá que nó ninguna moza.

Salió el jóven del corralón de casa de Francisco, en donde quedaban esparcidos los ensortijados mechones que acababan de quitarle, y saltó la pared de un prado próximo, por entre cuyo pasto, *orbayado* con el rocío de la noche, atravesó sin darse cuenta de que se iba mojando los pies y los pantalones.

Saltó de nuevo la pared que lo cercaba y entró en un callejón bordeado de zarzas y de madreselvas. El perfume de éstas le hirió vivamente el cerebro y sin darse cuenta, cojió un puñado de flores que aspiró repetidas veces con ansia como si en ellas estuviese encerrado el secreto de su felicidad. A la terminación de la calleja había otro prado, una hermosa *pumarada*, casi un bosque de manzanos, y Manolín que no llevaba rumbo ni sabía á donde dirijir sus pasos, saltó también la pared y debajo de un manzano bañado por el sol de oriente, fué á tenderse con el cuerpo apoyado en el codo izquierdo y la cabeza en la mano; con la derecha empuñaba las madreselvas que seguía aspirando con deleite.

¿Pero á qué había ido allí? ¿Por qué no había vuelto á su casa, en donde le esperaría la taza de leehe, su desayuno de todas las mañanas?

Sentía vergüenza de presentarse delante de su hermana,

que no podría ménos de reparar en el arreglo de su cabeza. ¿Qué la diría? ¡El tan dejado, tan perezoso para su persona! . . . ¿Conocería que pretendía hacerse agradable en el Castañar?

Llevaba Manolín mucho tiempo tendido debajo del manzano, y el sol picaba ya prometiendo un día calurosísimo.

Las ramas del árbol inclinadas con el peso del fruto, dejaban sombreado un gran círculo alrededor del tronco, por lo cual Manolín no podía darse cuenta de que avanzaba el sol, avisándole que lo ménos eran las nueve, hora desusada en las aldeas para tomar el desayuno. El estómago no le decía nada: estaba su vida toda reconcentrada en el cerebro y se traía éste tal enredo de ilusiones, esperanzas, amarguras y desfallecimientos, que no había medio de aquietarlo ni meterlo en las veredas de la realidad. ¡Cuantos millones gastó Manolín á la sombra de aquel árbol! ¡Que de palacios fastuosos, que de mujeres hermosas todas con la cara y el porte de Chucha, aunque ataviadas de diferente modo! Cuantos tipos le habían impresionado en el trasiego novelesco de su incesante lectura, le bailaban al rededor despidiendo un perfume que le embriagaba; el de las silvestre enredaderas que seguía aspirando sin darse cuenta.

Pero ¡cosa estraña! eran iguales, igualitas: Chucha con distinto ropaje. Chucha amando al héroe, al hombre simpático de la novela que ocupaba su pensamiento; y aquel hombre era él, que no se veía ya niño, él, que sentía dentro de sí el gérmen de las poéticas bondades, lindamente descritas por un autor que debía ser un ángel.

¿Serían como la señora de Menendez, todas las mujeres Madrid, de la Habana y de Oviedo?

El no había visto más señoras que las del contorno: se-

ñoras poco presumidas, que no presentían los refinamientos de la elegancia, que no tenían aquel don de cautivar . . . y acaso lo tuviesen, pero él no había caido en la cuenta. Su hermana era una señorita: no era tonta, tenía gracia, y un espíritu satírico que ya . . . ya . . . pero apesar de ser lo que se llamaba una buena moza, le faltaba el no se qué especialísimo de Chuchita. Así debió ser su madre cuando jóven: él la recordaba enferma, abatida y frisando en los cuarenta y cinco años; sin embargo, tenía aquel sello de la dama principal, aquel aire noble, aquel resto de belleza ideal que sólo con la Dolorosa de Suaces admitía comparación; y á él, al hijo de señora tan noble y del muy poderoso D. Sancho del Cueto, le daba bromas un aldeano porque se trataba con señores hechos de pronto como Ricardo del Castañar. ¿Pero qué mundo era este que no respetaba más que el dinero?

De repente púsose Manolín de pié: creyó percibir la voz de su hermana que á estilo de aldea le llamaba á gritos, y escuchó.

Con efecto; Lucía le llamaba: ¡Manoliiin!

El prado de la *pumarada* estaba debajo del palacio y aunque bastante separado, llegaba la voz fácilmente porque las ondas sonoras no tenían que vencer ruidos extraños.

La soledad de los pueblos de Asturias es muy parlanchina, pero los ruidos de la naturaleza no interrumpen á nadie.

Manolín contestó á su hermana con un ¡voooy! y como Lucía continuaba llamándole, gritando cada vez más, optó por callar hasta no pasar la calleja de las zarzas en donde seguramente quedaban enredadas sus respuestas.

Nada presumió de aquellos gritos, que con tal premura le llamaban. A ellos le tenía su hermana muy acostum

brado. Si daban las doce y él no había oido la campana de la iglesia que llamaba á rezar y á comer, ó si salía antes de almorzar, como aquella mañana, siempre era la voz de Lucía la que le obligaba á interrumpir la lectura, en un pasaje interesante, ó á truncar el razonamiento dejándolo para después.

Apresuró el paso, y cuando hubo subido la cuestecita que nivelaba el terreno con su casa, contestó de nuevo á su hermana, seguro de que ya podía oirle: no se equivocaba puesto que Lucía dijo: ¡aaanda!

—Cualquiera diría que hay novedad, pensó, y sin poderla contener, fuese volando la imaginación, al Castañar, á la merienda, al soto, al puente y á todo lo de la tarde anterior.

Entró en el palacio por donde había salido, por la huerta, saltando la tápia para evitarse el rodeo que hubiera tenido que dar entrando por la puerta principal. Su hermana, que continuaba en el corredor desde donde lo había llamado, le vió encima de la pared y le dijo: anda hombre, que pareces de plomo.

Indudablemente había novedades; aquellos apuros de Lucía no eran naturales. Cuando Manolín subía la escalera vió á su hermana en el primer descanso.

—¿Qué pasa? preguntó.

—Nada malo: que ha venido el mulato del Castañar á decirnos que vayamos á comer y que llevemos á D. Anselmo, yo no le ví por que estaba en misa cuando vino.

Manolín sintió tal contento al recibir la noticia que subió de dos saltos las escaleras que le faltaban. ¿Qué santo le había cantado en el oído aquella mañana, que se fuera á cortar el pelo y á peinarse?

Ya te puedes arreglar bien y múdate de ropa, que no

es lo mismo sentarse debajo de un castaño que en una silla de nogal.

—¿Me pondré el otro traje?

—Póntelo, porque vendrás bueno con el *orbayo* que había esta mañana. No lo dije, añadió reparando en los zapatos y en los pantalones de su hermano; ¿dónde has estado demonio negro?

—En casa de Francisco fuí á cortarme el pelo, respondió Manolín olvidándose ya de avergonzarse por su coquetería.

—Vaya hombre, algo bueno habías de hacer; ¡gracias á Dios que te dió por ahi! ¿Pero dónde te *orbayaste* de esa manera?

—Bajé por el pradón y estuve un rato en la *pumarada.*

—¡Jesús! que condenado de chico: merecías ser choto por lo aficionado que eres á la yerba, endemoniado.

Manolín se echó á reir y corrió á su cuarto para vestirse con la ropa de los dias de fiesta.

Lucía no cabía en sí de gozo. Aquel convite después de haber pasado la tarde anterior de merienda y el encargo de que fuera el señor cura, le daban muy buena espina: querían hablar de la carrera del muchacho; no la había engañado Lanzas; ¡qué maldito hombre! ¡qué influencia tenía con Ricardo! Estaba visto, quién algo quisiese de Menéndez que conquistase al tio Antón.

—Manolín, gritó Lucía, ¿no tomas la leche?

—No tengo gana.

Para leches ni para glorias estaba Manolín. Precisamente en aquellos momentos pensaba que no podía verse el peinado porque no tenía espejo; jamás lo había necesitado; su hermana tenía un tocador antiguo de caoba, pero estaba en su cuarto y no se atrevía á entrar solamente pa mirarse: acabaría de vestirse y con cualquier pretexto. .

En un santiamen estuvo listo, y silvando una jiraldilla, cosa también desusada en él, se dirijió al cuarto de su hermana; no se había puesto el sombrero para contemplar la cabeza que Francisco encontraba tan guapa, y con las manos iba palpando ambos lados de la raya para sacar por el tacto el grado de razón que su *peluquero* había tenido.

—Lucía, dijo viendo la puerta cerrada, se puede entrar?

—No: ¿qué se te ocurre? ¿Acabaste yá?

—Sí; quería preguntarte una cosa.

—Dila desde ahí.

—No quiero que oiga la criada, mujer.

—Vaya, pues entra si es un secreto.

Esto era lo que Manolín queria.

Estaba su hermana en enaguas, sentada delante del tocador, cuyo espejo lleno de manchas por falta de azogue, reproducía con intermitencias su medio cuerpo casi desnudo y cubierto con un paño que hacía las veces de peinador.

Manolín se podía mirar, sin llamar la atención, con solo ponerse detrás de su hermana y hablarla mirándola en el espejo.

—¿Qué querías?

—Quería preguntarte si sabes qué dia es hoy. El joven dirijió la primera ojeada, y formó buena opinión de su persona.

—Pues hoy no sé. ¿Por qué lo preguntas?

—Como nos convidan del Castañar así de una manera especial . . .

Segunda ojeada de satisfacción á la raya, muy derechita por cierto, y á las onditas de la frente.

—Pues qué se yo: para nada malo será, ¿no te parece?

—Claro; es para comer.

Manolín giró á uno y otro lado el cuello procurando ver mejor sus recortaditos cabellos.

—¿Sabes que estás hoy muy presumido, hermanín? ¿hablas conmigo y te miras á tí? bueno, bueno, así me gusta. No te pongas colorado bobático, que por eso no he de reñirte. Ya tienes diez y ocho años cumplidos y hace falta que sepas arreglarte; que no siempre me has de tener á mí para andar tras de tí cuidando que te cepilles, que te mudes y que te peines y que te pongas derecha la corbata.

Una nube de tristeza empañó las alegrías que revelaba el semblante de Manuel desde que sabía que iba á comer al Castañar. ¿Qué no tendría siempre su hermana? Si que la tendría; desgraciadamente no veia la posibilidad de salir de Suaces y en cuanto á morirse Lucía antes que él . . no; eso no quería pensarlo: ¿qué hubiera hecho sin aquella segunda madre?

—¿Por qué te has puesto fosco, porque te llamé presumido?

—No: porque dices que no te tendré siempre.

—¡Claro hijín! ¿pues tu piensas estar en Suaces toda la vida?

—¿Y cómo saldré, Lucía del alma? preguntó, abrazándola y rompiendo á llorar sin acordarse ya de su lindo peinado ni de sus sueños de romanticismo.

—¡Vaya tonto, vente ahora con lloriqueos!

—¡Yo que sé como saldrás, pero saldrás si Dios quiere! ¿Piensas que tu hermana no cavila por tu bien?

Anda tontín, no te apures, que todavía ha de volver el palacio de Suacés á su sér y estado.

Acabó Lucia de arreglarse y salieron los dos hermanos dirigiéndose á la rectoral para recoger al señor cura.

***

Chuchita apenas había podido dormir: le había consultado su marido lo que pensaba hacer respecto al hijo de sus antiguos amigos, y la buena esposa colmára de caricias al hombre generoso, de tan nobles sentimientos y de alma dispuesta siempre á lo bello.

Chucha no cesaba de alabar su acción: como todas las criaturas sensibles á los dolores de la humanidad, ansiaba el momento de poder dar á los huérfanos la fausta noticia. Su marido llevaba la delicadeza al extremo de querer atribuirla la noble idea, y quería que fuese ella la que se la comunicase á Lucía y á Manolín.

Sí, ella sería; pero diciéndoles: «adorad á este hombre que mira por vosotros y ansía vuestra felicidad.»

¡Cuánto tardaba en amanecer!

Sin duda luciría un dia expléndido, felicísimo para todos.

¡Qué dicha se experimenta cuando se practica una buena obra y cuando procuramos un bien al desgraciado. ¡Con qué tranquilidad dormía su esposo: con la del justo! ¡con la del hombre bueno! Nunca lo había querido tanto como aquella noche le quería. Le parecía el más hermoso de los hombres, porque lo veía dotado de un alma perfecta.

¡Y qué feliz había sido él también contemplándola entusiasmada y radiante de gozo! Le parecía otro hombre; un hombre nuevo al cual comenzaba á amar aquella noche; quisiera que se volviese un niño para mimarlo mucho, para arrullarlo con besos y caricias . . . ¡qué importaban los años cuando se sentía como sentía su Ricardo! Siempre le había encontrado un defecto: la falta de instrucción; Ricardo no leia sino periódicos políticos; no sabía versos, no conocía autores, en una palabra: no hermanaban sus ...ones con las de su mujer. Tampoco le había prohibi- ...enerlas; por el contrario, cualquiera diria que se le caia

la baba oyéndola hablar de lo que él no entendía. . . . ¡Oh! pero el rasgo sublime de aquel dia era superior á todo y lo subía á las nubes en el concepto de Chucha.

Amaneció por fin, y en cuanto la señora de Menéndez sintió los primeros ruidos de la gente campesina, se levantó precipitadamente. La primera operación, después de calzarse unas elegantes babuchas, fué acercarse á la cama de su marido y darle un beso. Menéndez, que no estaba acostumbrado á estas desusadas caricias, abrió los ojos apesar del sigilo de Chucha y al verla inclinada sobre su frente con el semblante risueño, el cabello desbordándose entre los encajes de una elegante cofia, y la bata de nansuk medio desabrochada todavía, tendió los brazos y le aprisionó la cabeza.

—¡Ay! No quería despertarte.

—¿Que no querías despertarme? Es decir, no querías darme el gusto de saber que me habías besado?

—¡Nó!

—¡Egoista!

Por vez primera en seis años de matrimonio se le ocurría á Chucha acariciar á su marido: era mujer afectuosa, pero nada tenía de amante, circunstancia que suponía Menéndez hija de la cortedad y del rubor consiguiente. Réspondía á las caricias de su esposo; pero no era capaz de darle un beso antes que se lo hubiese pedido.

Y era que Chucha, mimada y querida por su marido, sentía por él todo lo que podía sentir por un hombre con quien sin amor se uniera, pero no se habían iniciado en su corazón las afecciones de la juventud, expontáneas como hijas de la naturaleza y sublimes como dependientes de un algo superior.

Quería, respetaba, consideraba mucho á Menén. creia amarle, no le hubiera trocado por otro; pero

echaba de ver que su alma vagaba sola por el espacio y que sus labios jamás buscaban los de su compañero para confundirse en un beso infinito.

Aquella caricia tan impensada fué, pues, para Ricardo, nuncio feliz de los dones que debía mandarle el cielo en pago de la resolución que había tomado. Menéndez era supersticioso y creyó que doña Manolita, aquella muger apasionada que con locura le había amado cuando él era jóven y buen mozo, le perdonaba sus ingratitudes y sus infamias: sus infamias, sí; porque puesto en el terreno de la sensibilidad, no escaseaba los epítetos que zahiriesen su conducta con la señora del Cueto. Bien palpable estaba viendo el premio de la providencia: su muger era otra, más amante, más cariñosa, más enamorada: le llamaba angelical, bondadoso, noble . . . ¡Qué gusanillo de alegría le andaba escarabajeando á Menéndez en la cavidad toráxica. A no ser la corteza de gravedad que se creía obligado á conservar para hacer ver á los aldeanos que no era el Ricardín de antaño, hubiera olvidado aquel dia los millones irregularizados en Cuba y las aspiraciones políticas y el marco de señorío que rodeaba su oronda persona.

Acababan de dar las once cuando llegaron los convidados al Castañar. Manolín había recobrado el melancólico carácter de siempre; iba temblando: no sabía lo que le pasaba: creía que en la cara le conocerían aquellos castillos que levantára, recostado debajo del manzano.

Don Anselmo y Lucía sabían bien á qué atenerse: aquel convite quería decir algo. Se comunicaron sus presunciones á espaldas de Manolín, y estaban de acuerdo.

Chucha recibió á los convecinos alegre y saltarina como la habían visto nunca. Cuando entraron les dijo la atilla que los amos estaban en la huerta, y allá se en-

caminaron los tres. El sol era muy fuerte, pero la huerta del Castañar tenía árboles frondosísimos, y apenas penetraban entre el follage los rayos del astro, próximo ya al meridiano de Suaces.

El primero que divisó á los esposos, á pesar de ir á retaguardia del señor cura y de Lucía, fué Manolín. Estaban de pie mirando un injerto; Menéndez rodeaba el cuello de Chucha con su brazo izquierdo, y ésta con el derecho la cintura de su marido. Aquello tampoco lo había visto antes ninguno de los tres. Cuando fueron aproximándose al grupo que les daba la espalda, dijo don Anselmo con acento de cariñosa broma:

—¿Qué tal, eh? ¡los tortolitos! ¡los tortolitos!

Chucha se desprendió ligera, y casi avergonzada, del brazo de su marido y corrió á recibirlos.

—Señor cura, señor cura, eso no se hace, sorprender á la gente no lo manda Dios.

Y la esposa de Menéndez dió á don Anselmo, alegremente, un abrazo que no hubiera trocado el párroco de Suaces por una mitra; estampó dos sonoros besos en las mejillas de Lucia y soltó á Manolín otro abrazo, que más parecía el de una madre satisfecha que el de una amiga contenta.

El joven bajó los párpados para poder contenerse; una nube empañó sus pupilas y se apoderó de su cabeza el bamboleo precursor del vahido. Chucha estaba con bata blanca semi-escotada en forma de V por espalda y pecho, tenia el cabello medio caido por el roce del brazo de su marido contra el rodete bajo, y exhabala un embriagador perfume que le mareaba mucho más que el de las madreselvas de la mañana.

Aquel deleite inexplicable fué rápido; Manolin se rehizo y pudo acercarse á saludar á Menéndez, cuando lo bieron hecho su hermana y don Anselmo.

También Ricardo le abrazó, estrechándole mucho, y aquel abrazo daba al muchacho ganas de llorar; apretó á Menéndez sin darse cuenta. Hubiera querido estrujarlo; no sabía porqué, pero más que nunca creía ver á su madre en aquel abrazo. ¿En qué consistiría que tan distinta impresión le producían los brazos de ambos esposos? El los quería igualmente . . . . Vamos, igualmente, si; porque si admiraba á Chucha, nada tenía que ver la admiración con el cariño.

—¿No se han sorprendido ustedes con el recado? preguntó la señora de Menéndez.

—Yo, muchísimo, respondió Lucía.

—Pues yo, maldito, dijo Anselmo. Estos arrechuchos son propios de las señoras de por allá, de los madriles; como no están acostumbradas á la soledad de la aldea, inventan convites aunque sea á pobres monagos como yo.

—Usted puede ser santo, señor cura; pero de brujo no tiene pizca, dijo Chucha, dándole una palmadita en el hombro.

—Ni quiero, señora, ni quiero; pues si sobre ser confesor fuera brujo, pobre de mí. Oyendo lo que me cuentan y sabiendo lo que adivinase . . . . ¡Jesús! ¡Ave María purísima! tengo bastante con los secretos de la parroquia.

—Pues le he convidado á usted para confesarme.

—¿A voces?

—Sí, señor, delante de todo el mundo. Sentémonos en el cenador mientras nos llaman á la mesa. ¿No les parece?

—Muy bien pensado; porque andando con tanto calor me flaquean mucho las piernas. A mí, Dios me dé inviernos y frios secos; si no hubiese verano no quedaría nunca vacante el curato de Suaces.

—Vamos á ver, dijo la señora de Menéndez después que

todos se hubieron sentado en un cenador rústico, y al rededor de una gran mesa de piedra. Ustedes sabían que mi querido esposo don Ricardo Menéndez del Castañar, era un cumplido caballero, un hombre muy fino, un . . .

—Calla niñita, que me vas á sacar los colores.

—Eso quiero . . . pues bien; sabían ustedes todo esto, pero no sabian que era el mejor, el más noble de los amigos.

—Sí, sí, también, se apresuró á decir Lucia.

—Mi marido, prosiguió Chucha radiante de gozo, recordando el cariño que unió á su familia con los señores del Cueto, (Manolín empezó á temblar y á ponerse pálido) recordando que don Sancho y doña Manolita le dispensaron mil favores cuando era un jóven sin fortuna, quiere pagar al hijo las atenciones que desgraciadamente no puede devolver á los padres; quiere costearle la carrera de médico, ya que es la que más le gusta.

Manolín quedó espantado, con los ojos muy abiertos y mirando fijamente á Menéndez; Lucía dió un grito y don Anselmo levantó al cielo la vista como buscando á la madre infeliz que tanto le había recomendado aquel pequeño ser.

Pero la respiración del joven se hizo fatigosa, fué creciendo, creciendo hasta convertirse en hipo angustioso, y cuando, alarmados le rodearon todos, rompió á llorar, á llorar á gritos y sollozando, después de aquel espasmo, abrazó á Menéndez como hubiera abrazado á su propia madre, si posible fuese que Dios en su poder inmenso la consintiese bajar á la tierra desde aquel cielo hermoso en donde su amor la veía.

—Tranquilícese Manolin; me enojaré con usted si no se tranquiliza, dijo Chucha procurando desprender al joven de los brazos de su marido. Es necesario ha'

con calma; no necesito preguntar si aceptan ustedes, porque ya veo que si; me figuraba la respuesta antes de hablar, pero yo también impondré mis condiciones. Tiene usted que ser un médico notable. Tiene usted que curarnos de balde nuestras enfermedades. Tiene usted que amparar y considerar siempre á su hermana, á no ser que ésta se case y no necesite el apoyo de usted. Y ¿qué más? ¿qué más? . . ¡Ah! sí; que tiene usted que obedecerme como si yo fuera su mamita, porque vivirá usted á nuestro lado.

—Una mamita que te lleva seis años, dijo Menéndez, ya ves.

Aquello era demasiado para el débil corazón de Manolín; sentía tanto, tanto, que no supo contestar ni articular palabra.

—Vamos, di algo, ¿qué te parece? preguntó Menéndez.

El joven por toda respuesta abrazó de nuevo á su protector y otra vez rompió á llorar.

Cuando aquella noche se vió Manolín solo en el cuarto feo y renegrido del palacio de Suaces, creyó que había soñado todo el dia y le fué necesario machacar mucho en las cosas para cerciorarse de que no despertaba en aquel instante.

Todo era cierto, certísimo. Se iría cuando se fuesen ellos; viviría á su lado, como de la familia . . . y lo que era más, muchísimo más todavía . . . Chucha le había dicho que comenzaba ya su papel de madre hablándole de tú . . . ¿Pero se podía gozar tanto sin caerse muerto de repente?

Lo dicho, amigo Menéndez, yo no me conformaba sin una docena de hijos con una esposa tan robusta tan . . .

—Vaya, don Prudencio, tenga usted la bondad de callar, Chuchita se ha puesto colorada y no debo consentir que la mortifique usted más, dijo la marquesa de Villayon, interrumpiendo las bromitas de mal gusto de don Prudencio.

—¿De dónde saca usted que Chuchita se enoja conmigo, marquesa? Ni por asomo; ya la tengo yo acostumbrada á estas cosas, y como sabe que la quiero de veras . . .

—Mi muger (Menéndez ya iba dejando de ser cursi en lo de mi señora) no se incomoda por tan poca cosa, dijo el marido escudriñando alternativamente á su esposa y á don

dencio; nuestro amigo es así como Dios lo hizo, y no de dejar en paz á quien bien quiere.

—Pues si ha de avergonzarme á cada paso, prefiero que no me quiera tanto, dijo la señora de Menéndez un tanto picada.

—¡Hola, hola, hola! ¿Con que esas tenemos? ¿Con que de veras se incomoda V. conmigo? ¿Con que yo soy un picaruelo que hago torcer el gesto á la mujer más hermosa que pasea Madrid? Y como me gustan á mi las *getitas* torcidas . . . ¡así! ¡así! fruncimiento de ceño, torcedura de cabeza, mohín significativo . . .

Pero Chuchita. ¿Es eso verdad? ¿Se enfada V. conmigo? Si ya me conoce V.: siempre estoy machacando en lo mismo; quisiera ver sobre mis rodillas un heredero de los Menéndez del Castañar: un heredero, si señor: ¿para quién serán sino las riquezas de Vds? ¿Quién heredará el título que van á dar á su marido? Porque demasiado sabe V. que se lo van á dar.

¡Condesita del Castañar! Que tal ¿eh? Pues amiguita, la casa de un conde sin nodrizas y niñeras no dice nada, esa clase de servidumbre honra el título. Quedamos en que . . .

—En que se vá V. á callar D. Prudencio, interrumpió la marquesa: siempre está V. metiendo los perros en danza á Menéndez, que no se acuerda de semejante cosa.

—¿Que no se acuerda? Lo dice V.: ¡vaya si se acuerda! como que solo eso le falta para ser felíz.

—Pues debía serlo con solo poseer una mujer como Chucha.

—Señores, Vds. se lo dicen todo, me barajan como si yo no estuviera presente. Ni he dicho que no sea feliz ni . . .

—Pero no me negará V. que diera algo de bueno por tener descendencia, dijo D. Prudencio.

—Que me cambie por otra, contestó Chucha un po-

más séria y mortificada al ver que su marido no mandaba callar al impertinente.

—A tí no te cambio yo por nadie, dijo Menéndez.

—No hagas caso de estos viejos habladores Chuchita; dile que acaso no eres tú la culpable de no tener sucesión.

Chucha hubiera abrazado á la marquesa por aquella estocada á fondo y tan bien dirijida; pero Menéndez se revolvió airado, y con el acento de aquél que recoje una injuria hecha por una dama al amor propio y al orgullo de una virilidad que vá tocando al ocaso, dijo encarándose con la de Villayon.

—Señora, señora, que yo puedo probar que no soy inútil, hay muestras por el mundo.

—¡Jesus, que atrevimiento!

Chucha, pálida primero y encarnada después, se puso de pie con movimiento rápido, nervioso é inevitable.

—Adios, marquesa, permítame V. que me retire, me encuentro indispuesta.

—Pues no faltaba más si no que salieses ahora. ¿Ve V. D. Prudencio? ¿Ve V. á lo que conducen las bromas pesadas?

—Señora, yo no he dicho nada que pueda mortificar.

—Pero ha dado V. pié para que otros digamos.

—Vamos, hijita, esas son tonterías, dijo Menéndez acercándose á su mujer y obligándola cariñosamente á sentarse.

Chucha se dejó caer de nuevo en la butaca y por algún tiempo reinó silencio, hasta que fueron entrando otros tertulios de la marquesa de Villayon.

Era esta una señora respetable por la edad y por el bnen nbre de cristiana y de recogida que gozaba en la corte. riente lejana de la madre de Chucha, sentía afecto por

ésta y no le desagradaba Menéndez, por lo cual solicitaba su presencia en la mesa una vez por semana.

Era viuda y tenía hijos, pero estaban casados; y como la marquesa, á pesar de sus cincuenta, gustaba de ser independiente, gozaba de buena salud y profesaba el principio de que las nueras quieren más á las suegras cuanto más separadas vivan de ellas, hacía rancho aparte, llevándose lo mejor del mundo con las esposas de sus hijos y no interviniendo para nada en el manejo de los nuevos hogares.

Entre los más asíduos tertulios de la marquesa figuraba don Prudencio, magistrado jubilado de Ultramar, académico de la dejurisprudencia, solterón empedernido, viejo verde y relamido como un lechuguino, estirado como brigadier de reserva y tuerto por más señas, gracias al ganchito de una aguja de hacer *crochet*, que cierta señorita le había introducido en la pupila forcejeando con él para librarse de sus desmanes.

Vivía también solo, sin perrito que le ladrase si no era un ama de llaves que á la vez hacía las de doncella de labor, cocinera y ayuda de cámara; y como la doméstica era joven, guapa, limpia y con ribetes de elegante, solían darle broma los pocos amigos que en su casa le visitaban, cosa que hacía á don Prudencio guiñar el ojo sano y bañar en lagrimitas de orgullo el pedazo de vidrio que suplía al que hubiera que vaciarle.

Tenía desde tiempos del marqués de Villayon mucha franqueza en la casa por haber sido defensor de sus intereses, hasta que se decidiera á entrar en la carrera judicial; estaba en posesión de una gran cruz, por lo cual era todo un excelentísimo señor y se apellidaba García, que era lo menos que podía apellidarse un jubilado de tales circunstancias.

Conoció á Menéndez en casa de la marquesa, y fué tan amigo del matrimonio como de la pariente. Hízose el obligado en las tertulias de los unos y de los otros; logró introducirse sin esfuerzo en la confianza de Ricardo, y era su consejero áulico en las cuestiones políticas y hasta en algunas domésticas.

Por el distrito de Suaces saliera diputado Menéndez, gracias á las marrullerías de Lanzas, que una vez más vendiera á sus amigos políticos del dia anterior para dar el acta á Ricardín con ser éste pidalino puro y Pidal su enemigo de siempre.

El papel que Menéndez representaba en el congreso era como el que representan otros: el de figura decorativa; uno más en votaciones apuradas, un asiento menos para tantos hombres de valer que ni son padres de la patria ni tienen derecho á tomar cartas en los asuntos de la nación.

Quiso Menéndez hablar en la Cámara una sola vez, pues la primera que había sido diputado no despegara los labios para maldita la cosa. Ensayólo don Prudencio con esmero, pretendió que accionase con cierta corrección y que repitiese la leccioncita, como un papagayo. Más á pesar de tratarse de una cosa pedestre, como que era un asunto de carreteras, y de ser lo más fácil exponer la queja que pretendía, se cortó después de haberdicho: «señores diputados,» y no pudo salir del guijo carreteril en donde quedó atrancado.

Por dicha suya estaba Pidal presente, y como sabía de lo que se trataba, acudió al atranque del amigo con las fogosidades de su oratoria, y quedó la cosa resuelta.

Chucha y la marquesa, que estaban en la tribuna de la residencia con don Prudencio, salieran avergonzadas del espectáculo risible que había dado Menéndez, prome-

tiéndose la primera no volver al Congreso cuando á su marido se le ocurriese hablar, y aunque se lo rogase tanto como aquel dia se lo había rogado.

Más de un mes tardó Menéndez en aportar por el palacio de la representación nacional, después de su fracaso oratorio, del cual nadie habló una palabra, pues tácitamente asi parecía haberse acordado entre las personas que le rodeaban.

La prensa le dedicó unas pullitas que á oidos de Manolin llegaron, no porque el aprovechadísimo alumno de San Cárlos perdiesé sus horas de estudio enterándose de las sesiones de Córtes, sino porque un condiscípulo guasón le dijo entre bromitas y malas intenciones:

—¡Valiente *plancha* hizo tu tío ó lo que sea, chico!

De pregunta en respuesta y de réplica en argumento, vinieron á las manos antes de entrar en clase, propinándose puñetazos de primer orden y llevando la primacía Manolin, porque sus fuerzas musculares no estaban enervadas por vicios y vigilias orjiásticas, y porque los puños eran asturianos legítimos.

Se libró muy bien de referir en casa lo que ocurrido hubiera, ni menos preguntar lo que había pasado en el Congreso; nada le dijeron y nada preguntó, siguiendo sus costumbres poco comunicativas; pero el fracaso de su protector le dolia al par del alma, y sentía vergüenza grandísima figurándosele que sería Menéndez la comidilla de la Corte y que nadie hablaría de otra cosa. Hubiera querido Manolín que todo Madrid se convirtiese en media docena de hombres para ir arrancándoles la lengua uno por uno, y ni á la calle se atrevía á salir con la naturalidad que antes salía, porque en las exageraciones de tamaña susceptibilidad, figurábase que las gentes se sonreían viéndole pasa y que le señalaban con el dedo.

Durante aquel mes que no aportó Menéndez por el Congreso, parecía que la casa estaba de luto, y ni los amos se comunicaban mucho entre sí, ni los criados alborotaban, ni los tertulios animaban las reuniones haciendo frases á costa de aquel ó del otro. El Congreso daba grandes motivos á risas y cuchufletas, pero durante aquel tiempo de retraimiento voluntario, no parecía que en la elegante casa morase un diputado que tantas comezones había pasado por obtener el acta.

Cuando, al fin, una mañana dijo Menéndez á la hora de almuerzo, que aquella tarde iba al Congreso, volvió el alma al cuerpo de cuantos le rodeaban, y á Manolín se le quitó tan gran peso del corazón que le pareció revivir después de muchos dias de yacer en un sepulcro.

También Chucha respiró con más libertad. No se le ocultaba que don Prudencio había hecho que Menéndez olvidase el tropiezo y perdiese la vergüenza que éste le había causado, cosa que le agradeció en el alma.

Cuando Ricardo se apeó en la puerta del Congreso, sentía un malestar en el estómago, un traqueteo en el corazón y un temblor de piernas, que estuvo á punto de montar de nuevo en el coche para correr á refugiarse en su despacho sin ver á nadie que pudiera recordarle su *debut* parlamentario.

Pero viendo que los porteros le habrían mamparas, le descorrían cortinas, le llamaban usía y se arqueaban para saludarle como si nada hubiese pasado, fué recobrando un poco de tranquilidad que apareció del todo al entrar en el salón de conferencias y verse tratado, por sus compañeros, igualmente que antes del fiasco oratorio.

Nadie hizo la menor alusión al dia fatal, y todos le preguntaban si había estado enfermo, á lo cual contestaba que

sí, conceptuándose muy feliz con que le diesen allanado el camino:

A Menéndez no le faltaban amigos particulares en el Congreso; entre unos y otros le tenían más de cinco mil duros á préstamo, sin interés, y muchas veces le rodeaba una partida de jaraneros halagándole y haciéndole garatusas para sacarle un banquetito familiar.

Salió, pues, Menéndez, del Congreso muy satisfecho y completamente curado de las vergüenzas que en casa le retuvieran durante treinta mortificantes dias, y en la familia volvieron también á reinar las espansiones; pero el menos observador hubiera podido advertir que Chucha no hablaba con el entusiasmo de otras veces, ni llamaba á su marido por broma, como antes solía llamarle, padre de la patria, ni tomaba parte en la conversación cuando se comentaba lo bien ó mal que fulano había empleado cierta palabra. Don Prudencio seguía haciendo en casa de Menéndez el oficio de crítico de los demás; halagaba al marido en sus vanidades, que eran muchas, y sobre todas las de pretender ser hombre útil y capáz para cumplir cierta máxima de la naturaleza: el «creced y multiplicáos» seguido al pié de la letra por las generaciones que nos muestra la Biblia.

En un principio también profesaba Chuchita cierto afecto al ex-magistrado, pero desde que había dado en la flor de sacarle á relucir su esterilidad á cada triquitrate, le tenía montado entre ceja y ceja y no le miraba con buenos ojos.

***

Languideció la conversación en el saloncito de confianza, donde la marquesa recibía ordinariamente. Don Prudencio, discurría el medio de desenojar á la señora de Me-

néndez, que continuaba seria, con la vista fija en la alfombra y la cabeza ladeada sobre el respaldo de la butaca.

—La señora generala Puig, anunció un criado, á tiempo que dejaba paso á una muger elegante y esbelta, que representaba tener la edad de la marquesa y que andaba con cierto donaire desenfadado, sin perder por esto la magestad de un natural altivo que nada tenía de impertinente.

Sin fingimiento ni ceremonia recorrió la estancia, saludando á todos segun su edad y categoría, dejándose caer despues más bien que sentándose, en la butaquita que al lado de la marquesa le cedía don Prudencio.

—Creí que estaban ustedes rezando, ó que no había venido usted esta anoche, amigo García.

—¿Por qué, generala?

—Por que no se le oía á usted como de costumbre.

—Me faltaba usted.

—¡Embustero!

—¡Gracias!

—¡Es justicia!

—Ya sabe usted que su presencia me anima siempre.

—Estimando amigo.

—Usted siempre tan salada.

—Pues para sales está hoy la pasta.

—¿Qué te pasa hija? dijo la marquesa.

—¡Nada si te parece! Que vengo hace un año predicando á mi marido para que procure ir á Ultramar, y después de decirme que sí mil veces, le llama hoy Cánovas, le ofrece una capitanía general, y el muy borrico . . . borrico, sí, no tuerza usted el gesto, Menéndez, le ha soltado un nó redondo.

—Eso es imperdonable, ¿y no le ha sacado usted los ojos? preguntó gravemente don Prudencio.

—Bien lo merece el grandísimo cobarde; miren ustedes que decir que ya no tiene salud ni edad para embarcarse!

—¿Y tu te embarcarías? preguntó la marquesa.

—Ya lo creo: con nueve hijos, con un marido de nombre célebre y las exigencias anejas á él, necesito cuádruple paga de la que tengo. Por eso me mataba yo diciéndole que pidiese lo que hoy le han ofrecido.

—Verdaderamente es una lástima que haya rehusado, dijo Menéndez.

—¡Qué si es lástima! Eso solamente un mal padre puede hacerlo, ya se lo he dicho; mañana cierra los ojos y verá usted como quedan esas criaturas, las unas sin casar y los otros sin carrera.

—Sin embargo, el nombre de su padre . . .

—¡El nombre! ¡el nombre! Déjese usted de cuentos, Menéndez; el nombre de su padre será respetado mientras unos le teman y los otros le necesiten; yo me quedaré con una excelencia como un templo, pero con la paga muy mermada; y los hijos del benemérito de la patria, cuando pasen de los veintiun años, comerán si tienen ó si trabajan.

—Se ha vuelto demasiado práctica, generala.

—¿Acaso me queda otro remedio? ¿quiere usted que mire el porvenir con calma? Si tuviera usted hijos comprendería V. la razón que me asiste; como no los tiene no puede comprender los afanes de la madre que sueña con hacerlos felices.

Reinó silencio por algunos momentos; Menéndez no contestó, pues de haber contestado seguramente hubiera sido para decir: «que más quisiera yo que tenerlos.»

Don Prudencio tomó el partido de callar, porque vió á Chucha ponerse encarnada, y la marquesa, después de ha-

cerse cargo de la situación y de comprender que replicando á su amiga, llevaría el demonio la conversación de nuevo al camino que antes había tenido, dijo dándola por terminada:

—Ya lo pensará mejor y volverá sobre sus acuerdos; no tengas cuidado, cuando yo lo vea también le hablaré.

—¿Y qué me dices de Pepa, es cierto que te la han pedido en matrimonio?

—Valiente esperpento el que me la ha pedido; seis mil duros de renta, sí, pero sesenta años achuchaditos y una mollera muy cerrada. Quiero yo demasiado á mis hijos para venderlos.

—Y sabe ella que . . .

—Sí; se lo dije; me contestó que no se casaba sino por amor ó por imposición de sus padres. ¡Imposición, hija mia! Nunca, le dije: ni un cabello tuyo vendo yo por todo el oro del mundo.

—¿Tendrá algunos amorcillos ocultos? preguntó la marquesa volviendo á ladear la conversación.

—Amores no: pero aquí para entre nosótros, me parece que si otro la dijera algo se miraría mucho para contestar. Yo estudio á mis hijos despiertos y dormidos; no se me escapa nada de lo que hacen y dicen, y como al fin Pepa tiene dieciocho años muy inocentes, no puede luchar con la penetración del amor maternal.

—¿Y quién es él, vamos á ver? preguntó don Prudencio revolviéndose en el asiento y gozando ya de poseer un secretillo más para embromar á su tiempo á los interesados.

—Lo digo si Chucha y Menéndez me prometen no decir nada al favorecido.

—Ya no lo diga usted, interrumpió el ex-magistrado con aire de triunfo, es Manolín, Manolín, el mismo.

—No hay para qué negarlo, dijo la generala, y como si he de ser franca juzgo que con esta elección demuestra mi hija tener muy buen gusto, me hago la desentendida y me alegraría infinito de que Cueto fuese de la misma opinión de Pepa.

—Ciertamente, dijo la marquesa.

—¡Ya lo creo! añadió en tono campanudo don Prudencio.

Chucha no dijo una palabra, pero levantó los párpados para mirar á la generala y después á Menéndez.

Este, á quien la rapidez del diálogo había hecho que le sorprendiese la cosa más de lo que en otras circunstancias le hubiese sorprendido, titubeó antes de hablar; más como era indispensable decir algo, murmuró entre indiferente y perplejo:

—Es tan chiquillo todavía que . . ¡seguramente no se figura que Pepa ha reparado en él siquiera!

—¡Yá, yá! dijo la generala, pues no se le cae de la boca; siempre lo cita á los hermanos para que tomen ejemplo de su aplicación y de su formalidad; como es tan mujercita, parece un fraile misionero con los chicos.

—Verdaderamente estoy orgulloso de mi protegido, dijo Menéndez. Este es el tercer curso y no ha perdido una asignatura; sobtesaliente en todas: hará una carrera brillantísima: sus catedráticos me han dicho que será una lumbrera . . .

—Sí que lo será; yo creo que mi hija lo presiente, añadió la generala.

—Pero, amiga mia, Manolin es pobre, tiene veintiun años: hasta los veinticuatro, lo menos, no podrá comenzar á ganarse la vida, con que entre unas y otras cosas ponga usted seis años más, y resultará que le faltan nueve, echando muy corto, para permitirse el lujo de casarse.

Un poco desconcertada, replicó la generala:

—Jesús, Menéndez, yo no pido la mano de su protegido, ni esto pasa de ser conversación de viejos que hablan de chiquillos en el seno de la amistad: ¡cuidadito! no vaya usted á presumir que aquí se trata de que usted deje al muchado su fortuna por aquello de que no habiendo hijos.... ¡Dios me libre de abrigar semejantes pensamientos! Aunque mi hija se muriera de amor por Cueto, y éste me la pidiese rendido como un Marsilla, si yo no estuviese segura de que Chucha quedaba bien asegurada . . . .

—¡Vaya, vaya! que no nos hemos ido poco lejos por la simple suposición tuya . . . dejemos esa conversación, dijo la marquesa molesta una vez más con la fatalidad de que aquella noche hubiese de caer sin remedio la conversación en lo que precisamente ella quería evitar.

Se levantó y acercándose á Chucha le preguntó cariñosamente:

—¿No quieres tocar algo?

—No puedo, me siento mal y deseo retirarme temprano.

—No hagas caso de tonterías, hijita, dijo la marquesa en voz baja; todo es hablar por hablar. Este don Prudencio con sus inconvenientes bromas es el que tiene la culpa de todo.

—No; la tiene mi marido.

—Vamos, hija, disimula, por Dios, no vaya á ser esto motivo de disgusto entre vosotros.

—No lo será: jamás hemos tenido ninguno y no pienso comenzar esta noche; permítame usted que me despida.

—¡Ya que te empeñas! . . . ¡Menéndez! Chucha quiere marcharse: le duele un poco la cabeza.

—Pues vámonos; ¿porqué no lo has dicho antes? Un :o de jaqueca, ¿eh? durmiendo fuera dolores, no tengas dado.

Despidióse el matrimonio y salieron acompañados de la marquesa hasta la puerta del saloncito.

Menéndez estrechó la mano de don Prudencio como siempre, pero Chucha apenas le tocó la punta de los dedos, y no se dignó mirarle.

—No me guarde usted rencor Chuchita: todo lo digo por su bien, ya sabe usted que se la quiere.

La señora de Menéndez no contestó.

La marquesa vivía cuatro casas más arriba de aquella en que habitaban sus parientes. Salvaron, pues, en pocos segundos la distancia que mediaba entre uno y otro portal, sin hablar una palabra, y, cosa rara para Menéndez, su muger no se cogió de su brazo como tenía por costumbre. Bajó los pocos escalones de casa de la marquesa corriendo más que andando, y subió los de la suya de la propia manera. Entró sin esperar á Ricardo, y se dirigió á su gabinete que estaba apenas alumbrado con artístico quinqué velado por descomunal pantalla de *surac* y encage de Bruselas. Apenas había entrado dejó caer el abrigo que Carmela recogió antes que tocase en el suelo, pues al sentir que la niña entraba, corrió tras ella como tenía por costumbre.

—¿Viene mala la niña? preguntó con mucho cariño.

—Sí; me duele la cabeza.

—¿No quiere que se llame al médico?

—No vale la pena.

—¿Le preguntaré al niño Manolín si sabe de algun remedio . . .

—No seas tonta, dijo Chucha con aceuto cariñoso; el niño Manolín no puede saber remedios todavía.

—¿Que nó? pues á nosotros nos manda que tomemos to y lo otro cuando nos duele algo.

—¿Te vas á la cama? dijo Menéndez entrando en el gabinete.

—Sí, no me siento bien.

—Aquí está Manolín que desea verte.

—Que pase.

—Entra Manolín; con eso nos dirás si es cosa de llamar al médico.

—¿Qué tiene usted? preguntó con ansiedad vivísima un jóven apuesto y elegante, en el cual, difícilmente, hubiéramos reconocido al estudiante de Suaces.

—Nada, Manolín: jaqueca, respondió Chucha volviendo el rostro hácia el protegido de su esposo y dedicándole una sonrisa.

—Creí que pudiera ser otra cosa: al sentir que entraban ustedes, salía como todas las noches al recibimiento y supusé que ocurría algo grave: la puerta abierta; José aguardando á don Ricardo, que subía la escalera solo y sin ver ni oir á usted, por ninguna parte . . .

—Pues no hay motivo para alarmarse; tengo jaqueca, nada más que jaqueca; podeis dormir tranquilos.

—¿A ver si tiene calentura, Manolín? dijo Menéndez sin comprender que su muger padecía, en primer término, un mal humor de todos los diablos.

El estudiante se puso encarnado como la grana: una cosa era ordenar simples medicamentos á los criados, y otra que le mandasen tomar el pulso á la señora de la casa.

—Vamos, hombre, ¿no conoces todavía cuando una persona tiene ó no tiene fiebre?

Manolín, sin replicar, tocó suavemente la muñeca que Chucha le presentaba, mirándole con expresión dulce y amblante de indulgencia.

Temblaba como un criminal, respirando apenas y sin-

iendo bajo las yemas de sus dedos la precipitada pulsación de la paciente.

—Fiebre no hay, dijo con los ojos bajos y acento vergonzoso, pero está nerviosa: una taza de tila con azahar no le vendría mal.

—El remedio es fácil, replicó Menéndez: anda Carmela: dispónla prontito.

—Debe acostarse, murmuró Manolin.

—Sí, ahora mismo: vuelve pronto á desnudarme, Carmela.

—¡Buenas noches! dijo el jóven dispuesto á retirarse; si ustedes no me ordenan algo . . .

---No hijo, nó; puedes irte, dijo Menéndez.

---Hasta mañana, Manolín, añadió Chucha recostándose en el sofá.

—Vamos ¿qué tienes monina? dijo Menendez sentándose á su vez en una butaca al lado de su mnjer.

—Ya lo sabes: jaqueca.

—¿Te ha mortificado el tonto de D. Prudencio?

—Si tu mismo le llamas tonto ¿cómo supones que pueda mortificarme?

—Quiero decir que . . . en fin, la necedad de suponer que yo no era feliz y que . . .

—Ni pensaba en eso siquiera.

—¿Entonces lo que dijo la generala?

Chucha levantó la cabeza rápidamente y se puso pálida.

—¿Lo que dijo la generala? ¿Qué dijo? ¡Habló tanto!

—Aquello de que yo pudiera dejar mi fortuna á Manolín olvidándome de tí.

La esposa de Menendez respiró con libertad y volvió á echarse sobre el brazo del sofá.

—¡Qué tontería! replicó, ¡quien hace caso de la Puig! ¡Ella se lo compone, se lo guisa y se lo come to

—Pero tu no me crees capaz, tengamos ó no tengamos hijos, de olvidarme del amor que me profesas ¿verdad?

—¿Quién piensa en eso? Mira Ricardo, si te parece no hablemos más; cuanto más hable más me dolerá la cabeza. ¿Quiéres hacerme un favor?

—Cuantos quieras hijita.

—¿Quieres dormir hoy en la alcoba de tu despacho? Manolín tiene razón, estoy muy nerviosa y pasarás mala noche á mi lado.

—¿Que pasaré mala noche? No hija mia, nó; pues no faltaba más cuando no te sientes bien . . . ya sabes que para estas cosas soy muy ordinario: la mujer al lado del marido y el marido al lado de la mujer; se lo dije á tu mamá cuando pretendía que tuvieramos cada cual su dormitorio y lo repito ahora: conque ¿porque estes enferma he de abandonarte con tus dolores . . . ?

—¡Te lo suplico!

—Te digo que nó: si no he de dejar de dormir por eso; te lo aseguro, ya sabes que cuando cojo el sueño soy un tronco; te agradezco el buen deseo, pero sería una acción indigna de tu marido.

Chucha no insistió, pero se revolvía impaciente dando verdaderas muestras de estar muy nerviosa.

Entró la mulata con la tila y una vez que su ama la hubo tomado, dejó la bandeja sobre un veladorcito de ébano para seguirla al tocador. La despeinó y recogió sus hermosos cabellos en una elegante gorra de tul bordado y encajes, adornada con cintas color de rosa, iguales á las que anudaban su camisa de dormir.

Una vez hecho el tocado de noche, sepultóse Chucha ntre las finísimas sábanas del lecho matrimonial y levantó embozo hasta cubrir casi la cabeza.

Su marido no pudo conseguir que hablase más que para recomendarle el silencio.

***

¡Qué apenado se retiró Manolín á su cuarto! Chucha se quejaba de la cabeza y aunque un simple dolor no constituye peligro, hubiera preferido mil veces sufrirlo él con doble intensidad á que lo sufriese aquella mujer que jamás se quejaba de nada, y que siempre se le aparecía risueña, con rostro maternal y mirada de vírgen.

¡Cuanto la quería el estudiante! Desde que vivía á su lado casi se olvidaba de su madre, de aquel ser ideal divinizado por los recuerdos de una infancia triste y de una juventud penosísima.

—¿Y Menéndez? ¡Que bueno era Menendez! No tenía mucho de amable, ni de expansivo, pero atendía con solicitud á sus necesidades, se ocupaba de él como pudiera hacerlo un padre adusto y cuando después de un brillante exámen volvía á casa con la nota de sobresaliente, Menendez revelaba un orgullo y una satisfacción que compensaban al huérfano de no tener padres que celebrasen sus triunfos. Algunas noches le quitaba los libros y le decía: «hoy no se estudia más, vamos al teatro; y entonces Manolín consultaba con Chucha el traje que debía ponerse, según la categoría del teatro á que asistirían, y se vestía correctamente, como el más refinado de los elegantes de la Corte.

Chucha era la encargada de entenderse con el sastre del jóven: Menendez pagaba sin rechistar las cuentas de ropa, porque sabía que eran cosa de su mujer. Tal vez si Manolín las hubiera hecho por sí, las encontrase superflua abusivas. Pero Chuchita mandaba en jefe en la direcci

de indumentaria masculina y tanto su esposo como su pupilo se vestían conforme á los hábitos, elegantísimos, de la madrileñita injerta en americana de esquisito gusto.

Manolín no había vuelto á Suaces: Menendez quiso pasar el primer verano en el extranjero y ofreció al muchacho llevarlo á ver los mundos que tanto le entusiasmaban, si obtenía la nota de sobresaliente. La obtuvo y lo prometido era deuda.

El segundo verano pensaban ir al Castañar y á Manolín le saltaba el corazón de gozo, soñando con qué harían excursiones por prados, montañas y sotos: ¡con qué placer llevaría á Chucha del brazo! Ya no sentiría cortedad. Serían deliciosas aquellas correrías en confianza, en la intimidad . . .

Pero á última hora se descolgó su hermana con una novedad que le hizo mucho daño: le participó que se casaba con Lanzas, y como este era viudo, querían evitar la cencerrada, para lo cual iban á casarse á Madrid.

El mismo dia que Manolín recibió la carta de Lucía, recibió Menendez otra de Antón participándole sin rodeos, que la cosa había pasado á mayores y que era necesario casarse: «por mí, decía brutalmente Lanzas, el demonio me lleve si me caso, hágolo por tí, que como protejes al chico y parece que al fin algo te ha de interesar la hermana, no te había de gustar . . . vamos . . . que se avergonzase el señor médico de tener un sobrino sin padre.

—¿Sábes que se casa tu hermana? preguntó Menendez riendo á Manolín.

—Si señor: me ha escrito.

—¿Parece que no te gusta?

Manolín no contestó y bajó los ojos para disimular que se empapaban las lágrimas,

—Vamos dí la verdad: ¿por que no te gusta?

—Pues no le gustará, respondió Chucha saliendo á la defensa del jóven, porque tiene más edad que ella y porque aunque Lanzas sea rico, no es de la clase de Lucía.

—¿Es por eso hombre?

—Si señor.

—Pues en estas cosas, el que se casa, es el que escoje; á ella le gusta y andando; su alma su palma: y que Lanzas ya no es un aldeano vulgar, tiene más de señor que de otra cosa.

Manolín hubiera querido decir: «pero es un hombre tildado de ladrón, muy mal mirado entre las personas que lo conocen,» más decir esto era enrostrar á Menendez su amistad íntima con persona de tan mala fama.

—Vaya, insistió Menendez, confiesa que tienes los humos de los Cuetos metidos en la mollera: hoy no se miran esas cosas chiquillo, tanto tienes tanto vales.

—No me disgusta solo por eso.

—¿Pues por qué te disgusta? Preguntó Menendez un tanto desasosegado creyendo que su protegido iba á despepitar contra Lanzas.

—Mamá le odiaba, y mi hermana lo sabe: es más, sabe el por qué y nunca me lo ha dicho: ¿como ha podido Lucía olvidar que su madre atribuía á Lanzas nuestra desgracia?

Menendez dando muestras de contrariedad dijo:

—Tonterías y chismes de pueblo que precisa olvidar. La cosa no tiene remedio y lo mejor es que se casen. Escríbele á Lucía diciendo que aceptamos gustosos su visita: yo le voy á escribir á Antón: pueden venir cuando quieran. Tendremos que ser nosotros los padrinos: ¿verdad Chuchita? Supongo que así lo habrán pensado.

Manolín pasó por todo, temiendo disgustar á su protector: le quería demasiado para no violentar y hasta sacrificar sus rencores en aras del respeto filial que Menendez le inspiraba.

Se casaron, pues, Lucía y Antón, sin más ceremonia que padrinos y hermano, recibiendo la novia, como regalo de la madrina, un regular equipo cuyo costo no bajó de tres mil pesetas: para Suaces era demasiado.

Volviéronse á Asturias los recien casados y con este motivo desistieron los Menendez de ir al Castañar, pues habiendo pasado algunos dias en familia y llevando Lanzas órdenes verbales para proceder á ciertas mejoras, se aplazó la ida hasta el verano siguiente, dedicando aquel á visitar dos ó tres establecimientos de baños que reservadamente aconsejára el médico á Menendez para fertilizar el sembrado de la sucesión ligítima.

Manolín no quiso acompañar á sus hermanos diciendo que prefería aprovechar el verano estudiando algo para descansar un poco en el invierno, pero al mes de vivir solo y triste sin otra compañía que la de una cocinera vizcaina y un mozo de cuadra gallego, que á la vez hacía, durante el estio, los oficios de criado, recibió una carta de su protector diciendo que fuese á reunírseles en San Sebastián.

Manolín no se dejó repetir el llamamiento: vivir lejos de Chucha no era vivir para el joven. ¿Sería ella la que le llamaba? ¿Sería cosa de D. Ricardo? Hubiera dado un año de su vida por saber de cual de los dos partiera la idea de llamarlo y, sin embargo, no se atrevió á preguntar.

Cualquiera que hubiese sido diera muestras de una previsión cariñosísima. El estaba solo, triste y machacando siempre sobre el matrimonio de su hermana que le sacaba de quicio, porque le parecia la mayor injuria que á la me-

moria de su santa madre pudiese hacerse y tanto más le mortificaba cuanto reservaba sus opiniones desde aquel dia en que comprendió el mal efecto que á Menéndez producia la oposición que él demostraba. Su hermana habia procurado evitar las ocasiones en que le pudiese hacer cargos, lo comprendiera bien y por esto habia callado asintiendo á todo sin alegrias y sin enojos: Chucha era la única que apreciaba su mutismo. Un día le habia dicho:

—No seas tonto Manolín: cuando las cosas no tienen remedio ¿para qué sufrir? Esas delicadezas de tu espíritu no las entienden todos.

Y era verdad: ella si que las entendía: ella sola adivinaba lo que pasaba en su alma.

D. Ricardo era muy bueno, pero no tenía las sublimidades de carácter que tenía Chucha. ¡Chucha! la mujer más hermosa, la más perfecta, la de más talento que había en el mundo . . . .

¿Qué tendría aquella noche? Manolin volvió á sn habitual postura de estudio: los codos apoyados en la mesa, la cabeza en las manos, el cigarrillo entre los dedos índice y anular de la mano iz quierda, los ojos fijos en el libro. . . pero sin divisar los renglones, sin ver las letras: el pensamiento estaba allí en el gabinete, en el sofá, sobre el cual quedára Chucha recostada . . .

Le había parecido séria, enojada . . no con él, no . . . á él le había mirado y hablado como siempre, pero con su marido no estaba como otras veces: le daba contestaciones desabridas . . . . ¿Qué sería? ¡Que pena le causaba, pensar que tuviesen un disgusto; ellos tan felices, tan buenos, queriéndose tanto . . .

Eran las tres de la mañana y seguía Manolín mortificándose por adivinar lo que pasaba en aquel dormitorio q

su imaginación reproducía con visiones desacertadas. Para el joven, Chucha se revolvía en el lecho mortificada por el dolor de cabeza y su marido despierto, atento á los menores quejidos, la prodigaba caricias y palabras tiernas.

***

Nada más falso sin embargo. Chucha despierta, calladita dominando la insubordinación de sus nervios que hubieran necesitado estallar para tranquilizarse, se arrimaba mucho á la orilla evitando el contacto con su esposo que dormía con mortificante tranquilidad para la esposa enojada, lanzando de vez en cuando ronquidos que parecían á Chucha ordinarios y molestos: otras noches no los había advertido.

Chucha no podía soportar el ridículo que le había echo correr dando pié á las burlas de D. Prudencio: era un alma vulgar la de su marido, ¡cómo había podido ignorarlo tanto tiempo! ¡Qué grosero encontraba aquello de confesar que había tenido hijos con otras mujeres!

Y decirlo delante de ella había sido faltarle al respeto, insultarla casi . . .

¡Oh! no se lo perdonaría jamás. ¡Y todo porque con ella no los tenía! ¡Acaso era culpable si Dios no se los daba! Según su marido, sí: ¿A qué decir sino tamaña necedad delante de todo el mundo y, sobre todo, delante del mentecato de D. Prudencio . . . ¡Gracias que no estaba entonces la charlatana de la generala, tan orgullosa de sus nueve escuerzos . . . Y la gazmoña de Pepita enamorarse de Manolín . . . ¡Qué tonta! ¿eh? ¡Claro! pues ahí que era poca cosa . . . un muchacho tan guapo, tan elegante, formal, de talento . . . para ella estaba!

Manolín no se había fijado siquiera, lo tenía bien seguro.

Una chiquilla melancólica que parecía alimentada con acelgas y vinagre, de pelo azafranado y ojos blancos! . . .

Que era buena muchacha, decian . . . también había otras que además de ser buenas eran bonitas. Por supuesto que todo debía ser inventado por la lagarta de la madre, que tenía más ganas de aligerar la familia que de pescar la capitanía general ultramarina.

Ya exploraría ella el ánimo de Manolin para impedir, en el caso de que se propasasen á decirle algo . . . como era un muchacho sin malicia y tan caballero, si le cogian la palabra desgracia completa.

El ánimo de Chucha estaba tan exaltado con semejantes trajines cerebrales que no le dejaba ver algo gravísimo para una casada: que le importaba demasiado que Manolín supiese ó nó lo que había dicho la generala y que se tomaba excesivo interés por la novia que, andando el tiempo, pudiera tener el joven.

Recorrió una por una cuantas muchachas casaderas conocía y no encontró ninguna apropósito para su protejido: eran poco todas: no lo merecian . . . Manolín no se casaría nunca; hubiera tenido que separarse de ellos y esto era imposible: ¿qué sería de aquella casa sin la presencia del estudiante?

¡Oh! y el estudiante se haría médico y médico notable . . . ya no sería el mismo Manolín, entonces. ¿Tendrían razón los que aseguraban que hacían falta niños en un hogar rico y feliz?

La verdad era que ella desde que se había acostumbrado al papel de madre le gustaba menos la sociedad; se encontraba perfectamente entre su marido y Manolín: cuando salían los tres juntos salía más tranquila; cuando habían viajado, también los tres, fuera Chucha completamen-

te feliz: La mimaban á porfía: el uno como hijo, el otro como un marido entrado en años mima á la mujer joven y bonita.

Y se sentía orgullosa de tener un hijo adoptivo qne tanto les honraba. Cuando lo miraban las mujeres en el teatro ó en el paseo y reparaba la indiferencia de él, para todas no cabía en sí de orgullo; no se fijaba en ninguna, solo á ella miraba, solo á ella y á su marido prodigaba atenciones. ¡Qué agradecido era! Desde el primer día que lo viera en el Castañar lo había juzgado bueno.

Aquella noche parecía que Chucha quería más al estudiante y que descubría en él mayor suma de bellas cualidades.

¡Qué ordinario y qué grosero había sido su marido . . .

Si Manolín estuviese delante, con qué presteza la hubiera defendido! . . . La generala con su charla sempiterna dejára descubrir los deseos de pasar á la categoría de suegra y, sin duda, tenía puestos los puntos al joven que tantas esperanzas hacía concebir. Y esto era tanto como pretender arrebatarles aquel hijo bonísimo, aquel muchacho sin el cual no comprendía Chucha la existencia.

Pudo esta conciliar un poco el sueño al amanecer, más en cuanto los ruidos matinales le anunciaron que era de dia, saltó de la cama; parecía que la pinchaba la proximidad de Menéndez. No podía olvidar la sonrisa picaresca y el imprudente orgullo con que la había ruborizado y sentía lo que jamás había sentido: indignación con mezcla de desprecio por aquel hombre con el cual había sido feliz respetándole y queriéndole dulcemente.

Se metió en el tocador y se vistió; no quiso llamar á Carmela por no hacer ruido. Se puso una bata de abrigo, rodeó el cuello con una bufanda de seda y salió por la

puerta de escape, encaminándose al comedor. Eran las siete y Manolín se paseaba aguardando el desayuno para marchar á clase. ¡Con qué pena se iba aquella mañana! Carmela no sabía como pasára su señora la noche; no había llamado. El estudiante detuvo sus paseos delante de la chimenea contemplando los troncos de leña que ardían y chisporroteaban.

La cocina del palacio de Suaces se aparecía á Manolin siempre que la lumbre iluminaba la estancia. El estudiante madrileño recordaba con pena al pobre vástago de la poderosa familia del Cueto, leyendo á duras penas alumbrado por la oscilante luz de la leña, verde las más de las veces, á la cual era necesario hacer sudar primero y encender después á costa de los pulmones de la vieja sirviente.

¡Cuántas veces se había Manolin arrodillado en el suelo para soplar, compadecido de los esfuerzos respiratorios de la pobre mujer!

La mañana estaba muy nublada y las llamaradas oscurecían la escasa luz crepuscular.

Manolin sintió que alguien se movía detrás de él, pero suponiendo que fuesen Pepe ó Carmela no apartó la vista de la chimenea ni el pensamiento de la feísima y desmantelada cocina de su palacio.

—¡Manolin! dijo á su espalda una voz dulcisima, á tiempo que le tocaban en el hombro.

Lanzó un grito y se volvió rápidamente.

—¿Vd? ¿Vd? dijo sorprendido como si Chucha hubiera llegado de muy lejos.

—¿Por qué te asombras?

—Como jamás la veo á V. antes de irme á clase y precisamente anoche se acostó V. enferma . . .

—¿Crees tu que yo estaba enferma anoche?

—Le dolía á V. la cabeza.

—¿Que sabes tú?

—¡V. lo dijo!

—Vaya un médico que no sabe más que aquello que le dice el enfermo.

—El dolor de cabeza no se demuestra por ningún síntoma, es necesario creer al paciente.

—Pues mira, es un excelente recurso; gracias á él, me pude venir anoche de casa de la marquesa y me pude acostar sin tener un disgusto.

No le cogió de nuevas á Manolín la revelación, pero le apenó mucho.

—Sí: debía V. sufrir, estaba muy nerviosa.

No se atrevió á preguntar qué había ocurrido; temió cometer una imprudencia.

—¿Pero ha pasado todo, verdad? dijo cogiéndole la mano para tomarle el pulso y mirándola con expresión de infinita ternura.

Chucha se estremeció: las llamas de la chimenea daban á los ojos de Manolín un brillo extraordinario, y su barba negra cuidadosamente recortada y partida, parecía más lustrosa que de ordinario.

El estudio y el insomnio habían pronunciado sus naturales ojeras y le encontraba un poco lánguido, macilento, triste . . . sólo sus labios rojos, muy rojos y muy húmedos, conservaban la frescura de siempre.

A los ojos de la esposa de Menendez desapareció el Manolín, el niño, el estudiante, el soñador de Suaces, para dar paso al doctor futuro, al hombre hermoso y apasionado, capáz de todas las vehemencias y de todos los sacrificios.

Aquél no era el que ella cuidaba con amor maternal, el Manolín que la enorgullecía con su talento y para el cual no encontraba mujer que la satisfaciera.

Calló mientras el jóven tuvo aprisionada la muñeca entre sus dedos.

—Ya están aplacados esos pícaros nervios, queda un poco de debilidad, pero ya se siente V. bien ¿no es cierto?

—Si; anoche no estaba enferma, estaba incómoda.

Manolín sonrió incrédulamente, pero no se decidió á preguntar todavía.

—Sí, ríete ¿no lo crees? Claro, como no te importa....

—¿Que no me importa? interrumpió el jóven abriendo mucho los ojos y fijándolos en Chucha que se estremeció al contacto de aquella mirada.

—Como no me preguntas . . .

—¿Y cree V. que es por falta de interés?

Carmela entró con el servicio del café y tambien se quedó atónita, viendo á la *niña* levantada á tal hora: haberse vestido sin llamarla cuando jamás lo hacía, era cosa de asombrar á la mulata.

—¡Pero *niña, niña!*

—¿Qué te pasa?

—¡Jesús! ¡con este frio y vestirse sola!

—Sírveme el café y calla.

La mulata dejó el servicio sobre la mesa y salió sin replicar.

—¿Con que no crees que yo estuviese anoche incomodada?

—Si lo creo.

—¿Y no me preguntas con quién ni por qué?

—¡Si V. quiere decírmelo! . . .

—Pues con mi marido y con D. Prudencio y con la generala Puig y con todo el mundo.

—¿Tambien conmigo?

—¿Contigo, por qué?

—Como dice V. que con todo el mundo.

—Con todos los que me han hecho rabiar: figúrate que comenzó el nécio de D. Prudencio con lo de siempre: con las bromitas de que si no tengo hijos, como si á él le importase algo.

Manolín se puso rojo de ira.

—Es el tonto más imprudente que conozco, dijo.

—Tienes razon. Pues has de saber que mi esposo le hizo coro como nunca, y llegó á decir que antes de casarse los había tenido.

—¿Eso dijo?

—Eso mismo.

—Pero V. no debe hacer caso de una broma . . .

—De mal género si lo es, y si no lo es siempre queda la falta de respeto y de consideración.

Manolín calló, pero sufría horriblemente. Chucha tenía razón y, sin embargo, él, no podía dársela: debía defender á su protector, debía procurar la atenuación de aquella falta que, con razón, había herido á una mujer tan delicada como Chucha y no sabía que decir ni por donde comenzar.

—Tu debes saber algo Manolín: si mi marido tuvo hijos, en Suaces se sabe indudablemente y si se sabe en Suaces, lo habrás oido alguna vez . . . á tu hermana . . . á Pachín . . . á cualquiera.

—Eso le probará á V. que ha sido una broma de D. Ricardo: yo no he oido nada.

—No pienses que me molestaría: más me molesta que va mentido por mortificarme: si fuera verdad que mi mao tuvo hijos antes de conocerme, yo sería la primera en

aconsejarle que los atendiese. Ya ves como no me harían daño diciéndome la verdad; vamos Manolín, cuéntame lo que sepas.

—Juro á V. por la memoria de mi madre que no sé nada.

—Entonces es mentira y no tiene disculpa.

—¡Por Dios! yo le ruego á V. que no haga caso; D. Prudencio es el culpable de todo.

—Es inútil: Ricardo ha perdido mi estimación y no podrá volver á recobrarla.

El acento de Chucha era firme y Manolín la miró asombrado: nunca la creyera capaz de revelarse contra nadie y menos contra su esposo, pero hablaba serena, tranquila en apariencia y erguida como una mujer varonil, como lo que no era.

Aquel encanto del rostro plácido, aquella dulzura en el acento de Chucha, ¿dónde estaban?

Manolin hubiera maldecido mil veces, si á su corazón fuese posible elaborar maldiciones, á quien tuviera la culpa de semejante cambio.

Carmela sirvió el café á su ama y volvió á salir. Estaban solos de nuevo, pero callaron ambos: ella revolvía el azúcar mirando el líquido atentamente, más no le cabía duda qne la miraba: sentía la mirada sobre los párpados y parecía que le pesaba hasta el punto de impedir que los levantase; tenía un desasosiego grande, grandísimo, y, sobre todo, le pasaban cosas que jamás le habían pasado.

Aquel amor que por maternal tuviera desde que había conocido al joven, se trocaba de repente en un afán rabioso de acariciarlo, de besarlo, de estrecharlo entre sus brazos. ¿Como las madres estrechan á los hijos? No: como la esposa enamorada debía estrechar al elegido de su alma: ella no había sentido nunca el amor; se había casado que

riendo, pero no amando. Nueve años de matrimonio feliz y tranquilo habíanla conducido á los veintisiete, paso á paso, sin apresuramientos de la naturaleza, sin choques ni violencias de amor que ni sentía ni sabía que existiese más intenso del que su esposo le inspiraba. Chucha era cada día más hermosa al par que Menéndez bajaba un nuevo peldaño en aquel descenso varonil que había comenzado tarde, pero que sin detenerse iba siguiendo su curso fatal y desesperante. La diferencia de aspecto entre los dos era mil veces más acentuada que cuando le vimos apearse en Návia. Chucha aparecía más mujer, más redonda, más carnal. Menéndez, menos hombre, más anguloso y más inclinado hácia la tierra.

La investidura de diputado y, sobre todo, el fracaso de su *debut* oratario le echáran diez años encima. Su mujer no había reparado en que Menéndez hácia con ella muy mala pareja, pero desde la ridícula escena del Congreso había sentido algo inexplicable, algo que la producía nn asomo de vergüenza, y que la desviaba del marido á quien creyera, sino un sabio, un hombre como cualquier otro de los que ocupan dos líneas, siquiera no sea más, en el «Diario de Sesiones». Quería disculparle, lo disculpaba, pero hacía comparaciones muchas veces.

La escena de la noche anterior, se lo presentaba bajo un nuevo aspecto; lo conceptuaba ya muy mal sin que en adelante hubiese disculpas que atenuáran lo qne ella calificaba de grosería, en lo íntimo de su pensamiento.

Ni Manolin ni Chucha volvieron á pronunciar palabra hasta que pasados algunos minutos y después de haber tomado el café, se levantó el joven; ella le miró.

—¿Quiere V. algo? me voy á clase.

Tardó Chucha un rato en contestar; parecía luchar con ι idea que la atormentase.

—Es pronto, dijo levantándose, hazme compañía un rato al lado de la chimenea; tengo que preguntarte una cosa.

Sentóse Chucha en una butaca y Manolin en otra frente á ella: los dos callaron de nuevo; él aguardaba que le preguntasen; ella no sabía por dónde comenzar.

Carmela entró á recojer los servicios; limpió la mesa, estendió un tapete de paño granate bordado en oro y volvió á salir sin qne ninguno de los dos despegase los labios, y, sin embargo, era preciso que hablase Chucha.

Manolín no había perdido aquel respeto que sus protectores le infundían en el Castañar, y jamás se permitía interrogarles sobre cosa alguna.

—¡Jesús, hombre! ¿te has quedado mudo? dijo Chucha en tono desabrido.

El joven, que no esperaba tan brusca salida, se inmutó para contestar balbuceando:

—Esperaba que me preguntáse V.

—¿Y no me puedes preguntar tú qué es lo qué quiero saber?

Manolin no contestó: Chucha estaba hermosísima pero no era la misma, era otra mujer más atrevida, más mujer y ménos angel; no le infundía aquella adoración tranquila con que otras veces la miraba, lo conmovía, lo subyugaba y le asaltaban tentaciones de estrujarla entre sus brazos robustos y musculosos.

Parecíale que un motor oculto ponía sus fuerzas en condiciones de luchar con alguien á brazo partido; sentía la necesidad de ejercitarlas, de subir árboles cuyos robustos y lisos troncos fuesen dificiles de gatear; quisiera trepar montañas, saltar paredes, cargar sobre sus hombros una de aquellas enormes cestas de yerba que los aldeanos acarreaban desde el prado á la cuadra, y todo esto se le antojaba sin más ni más, cada vez que lo miraba Chucha con el nuevo aspecto de mujer enérgica y de esposa airada.

—Vamos á ver, Manolin, ¿me dirás la verdad de lo que te pregunte como si se la dijeses á Lucía ó á tu madre?

Aquél, aquel era su acento de siempre: otra vez se convertía en angel la que por su mal le parecía mujer. Sí, eran sus palabras llenas de dulzura, eran sus ojos de vírgen, era su mirada celestial.

Manolin oyó el crujir de algo dentro de su cuerpo: los nervios; sí, los nervios que cedían; la sangre que se atemperaba moderando la impetuosidad del torrente circulatorio; el cerebro recobrando el estado normal y metiendo en caja aquel organismo desquiciado. También el miró á su protectora como siempre, con filial amor, con dulzura, con éxtasis de adoración. Chucha vió al Manolin de siempre, al hijo cariñoso, al niño hombre que tanto la quería,

—¿Puede V. dudar de mi palabra? dijo con la sumisión de siempre; pregúnteme V. lo que quiera.

Hubiera jurado el joven que la pregunta de Chucha se refería al pasado de su marido y como nada sabía de lo que á ella le podía interesar en aquellos momentos, esperó tranquilo.

—Dime, ¿no has pensado todavía en tener novia?

El espanto se apoderó de Manolín; abrió los ojos desmesuradamente; miró á Chucha, miró alrededor y no supo qué contestar.

—¡Te has vendido! te cogí; la tienes acaso y te asustas de que yo lo sepa.

—¿Yó? ¿Novia yó?

—¿Qué, no la tienes?

—¿Pero dónde? ¿cómo?

—¿Ni quieres á ninguna señorita de las que conocemos, ni has dicho nada á . . .

—¿Pero conozco yo alguna muger más que á usted? inte-

rrumpió el jóven con la mayor sencillez. ¿Hablo con alguna?

—¿Que si hablas? ya lo creo: pues mis amigas y mis visitas . . . solamente la generala Puig tiene tres hijas casaderas; Pepita, por ejemplo, es muy bonita.

—¡Pepa! ¿y cuál es Pepa de las tres?

—La del pelo colorado.

—¿Tiene alguna el pelo colorado? no se lo he visto.

—¡Muchacho! ¿que no has reparado en el pelo de Pepa? pues si es feísimo.

—No señora.

—¿Ni tè gusta ninguna de las tres?

—No sé; jamás me lo he preguntado ni he vuelto á pensar en ellas después de perderlas de vista.

—Bien: pues si no son estas serán otras.

—Ninguna.

—¿Tampoco has visto por la calle ninguna muger que te guste?

—¡Por la calle! no las miro.

—Vaya, Manolín, que me has prometido decir la verdad como si fuera tu madre.

—¡Oh! sí señora, y la digo.

—No es verdad: hoy te olvidas que yo la represento desde hace tres años.

---Por Dios, no me diga usted eso; me hace mucho daño; si la quiero á usíed tanto como á ella, si la quiero más!

---¿Más? no: te equivocas; á nadie se quiere más que á una madre.

—Sí, sí, yo la quiero á usted más, porque sin ella vivo y soy felíz.

—¿Y sin mí?

—¿Sin usted? dijo Manolín sacudiendo la cabeza nerviosamente, sin usted me mataría.

—¡Manolín! no digas locuras.

El jóven avergonzado y comprendiendo acaso todo lo que había dicho, se cubrió el rostro con las manos; Chucha le miraba temblando, asustada de lo que creía comprender, y convencida de que su alma sentía goces desconocidos al recibir el choque de tanta vehemencia. Movíase su pecho con respiración anhelosa; quería marcharse, quería salir de allí, pero no podía; si Manolín cayese en aquel instante á sus piés, ella besase con frenesí su hermosa cabeza.

Sonó una campanilla y la señora de Menendez se puso de pié.

—Ricardo llama, vete á clase, dijo.

El estudiante salió maquinalmente, sin levantar los ojos, sin mirar á Chucha y sín pronunciar una palabra.

Carmela entró.

—Ha llamado el amo, dijo, ¿voy ó va la niña?

—Ve tú: si te pregunta por mí, dile que estoy tomando el café.

Chucha volvío á sentarse al lado de la chimenea, y Manolin cojió los libros, se embozó en su capa y salió bajando las escaleras sin mirar dónde ponía los piés.

Cuando pisó la calle pudo darse cuenta de sí; el cierzo helado acariciando su rostro, le recordó que había estado al lado de la chimenea, solo con Chucha, hablando . . . hablando . . . diciendo muchas cosas . . . sintiendo emociones desconocidas. Pero era indudablemente muy tarde para ir á clase; las nueve, y entraban á las ocho . .

¿Que dirían? la primera falta: no iría, para ir tarde prefería pasear hasta la hora de volver á casa, porque entrar en la de diez, no habiendo asistido á la otra no le parecía

bien; y si le preguntaba Menendez «¿qué tal en clase?» como tenía por costumbre ¿podría engañarle? ¿Sabría mentir él que no había mentido nunca? ¿Diría que se le había hecho tarde por causa de Chucha? ¡Oh! ¡nó! Si ella lo decía, bueno, pero decirlo él . . . ¿A dónde dirigiría sus pasos? Para ir á pasear hacía frio, se metería en un café, estudiaría un poco, leería los periódicos y daria propina al camarero, porque no tenia ganas de tomar nada. Siguió andando hasta encontrar el primero; lo mismo le daba uno que otro . . . .

¡Que si tenía novia! ¡novia! ¿y para qué era la novia? ¿para casarse? Ciertamente: ¿casarse él? ¡qué barbaridad! tenía veintiun años, no había concluido la carrera, no tenía fortuna. Era necesario hacerse un nombre, una posición . . . ! Vaya una pregunta que le había hecho! Si él hubiera pensado en esas cosas, ¿qué dirían sus protectores? con razón le arrojarían de su casa. ¡Casarse! no; no se casaría jamás si no era con una muger como Chucha, y otra muger como Chucha no podía haberla; era imposible; tenía que ser ella, ella misma . . . .

Manolín se estremeció . . . .

¿Sería él capáz de casarse con la esposa de su protector? Era necesaria la muerte de Menéndez. ¡Oh! nó: Menéndez no debía morir: ¡lo quería tanto! . . . ¡Pero qué era aquello, aqnello que sentía nuevo! aquel afán por volver á casa y por ver á su madrecita! ¿Reñiría con su marido? Temblaba de pensar que tuviesen un disgusto, y hubiera querido no apartarse del lado de ellos para evitarlo.

Atento solo á sus pensamientos, no hizo alto en que había pasado delante del café de San Sebastián sin fijarse. Llegó á la plaza de Antón Martín: entró en el de Zaragoza, y cualquiera hubiese creido que iba á éste directamente

Paseó la mirada buscando una mesa que tuviese luz y se dirigió á una sin reparar que cerca de ella había tres personas que con mucha curiosidad le miraban.

Tomó asiento y se le presentó un mozo.

—¿Qué va á ser? preguntó apoyando las manos en el mármol.

—«El Imparcial» y «El Liberal:» después ya veremos.

El mozo dió media vuelta haciendo un gesto, pero la verdad era que no desconfiaba de aquel señorito que vestía como la gente de fuste.

Manolín torció la cabeza atraido por las carcajadas revoltosas de una muger, y vió una picaresca muchacha que le miraba con descaro, entornando los ojos y enseñándole dos filas de preciosos dientes entre unos labios rojos, gruesos y fresquísimos.

Avergonzado acaso de los atrevimientos de la jóven, miró á su compañera, y entonces pudo fijarse en que un condiscípulo suyo estaba allí con dos mozuelas á las cuales chorreaba el descoco por todo el cuerpo.

—¡Adios Cueto! ¿Qué milagro tú por aquí á estas horas?

Manolín titubeó un poco. Por fin después de un ¡hola, chico! respondió algo confuso: no me he sentido bien en clase y he salido á ver si me despejo para entrar en la otra.

—Pues yo, aunque no lo creas, iba hoy á oir el sermón que debe tenerme preparado el catedrático, pero encontré á estas, y como son el demonio en pintura, me *sablearon* el chocolate con media *chancla* de abajo, por supuesto que con bizcochitos, no hay de qué darlas. Tengo por todo capital dos pesetas, conque ayúdame á sentir.

—Porque eres un roñoso, dijo la que con tanto descaro

miraba á Manolín. A que tu amigo gasta más rumbo. ¿Verdad V?

—Manolín no supo que contestar.

—Acércate acá chico, estarás acompañado, aunque no lo estés muy bien, con estas *arrastrás*.

—*El arrastrao* serás tú *só* morral: acérquese V. y no haga caso *deste*.

No faltaba más sino que nos hicieses asco cuando eres nuestra sombra, y no podemos dar un paso sin tropezar contigo.

Manolín hubiera dicho de buena gana que se encontraba bien allí, pero insistieron y no tuvo más remedio que acercarse, sopena de provocar enojos en el condiscípulo y en sus compañeras.

Fué, pues, á sentarse al lado de la muchacha de los labios gruesos y ojos tan negros como parlanchines, que le dejó sitio, empujando á la otra, corriéndose cuanto pudo y recojiendo sus faldas para que el recien llegado se acercase de veras.

El camarero volvió en aquel momento con los periódicos pedidos y viendo al nuevo parroquiano en la mesa de los otros, dijo con acento socarron:

—Ya no necesitará V. los periódicos ¿eh?

—Si: traiga V.

—¡Quiá mozo! saltó la chiquilla traviesa, lléveselos V.: pues no faltaba otra cosa si no que se pusiese á leer ahora: traigale V. algo que tomar.

—No tengo gana.

—Vaya chiquillo, toma algo que yo te ayudaré: así como así el chocolate . . . ¡Dios nos asista!

—¡Usted tome lo que quiera! dijo Manolín poniéndose como la grana por aquel tuteo inexperado.

—Sí, replicó el condiscípulo, este es rico, apuesto que lleva cinco duros en el bolsillo.

¡Cinco duros! Tamaños ojos abrió la muchacha al oir que había un estudiante que llevase cinco duros en el bolsillo: ella no conociera ninguno que los tuviese juntos despues de pagar á la patrona, por lo cual le pareció demasiada confianza tutear á un jóvun tan principal y tan rico.

—Mire V., es un decir, pero yo lo hacía por acompañarle: ¿quiere V. que nos zampemos un *bisteque* entre los dos?

—Tómelo V. si lo desea.

—Ya te he dicho que este es rico, con que despáchate á tu gusto.

—Pues andando, mozo, venga el *bisteque* con muchísimas patatas ¿eh? y un par de huevos á caballo: ¿le parece á V?

—Lo que V. quiera.

—Así debías ser tu. *roña:* siempre andas tasándole á una la ración: ¿y tu no quieres otro, chica? añadió dirigiéndose á la que tenía á su izquierda, el señor no se ha de incomodar por eso y aunque se gaste un duro con nosotras, no vá tan perdido, porque me parece que somos abonadas para ofrecernos á lo mismo si llega el caso.

La charla de la muchacha entretenía á Manolín haciéndole olvidar la escena del comedor: él no había oido jamás aquel lenguaje ni aquella soltura de palabras, ni había visto cabeza más inquieta, ni ojos màs alborotados, ni boca más abierta, ni cuerpo más dengoso . . .

Sin preguntar, supo que eran oficialas de modista que ían al taller cuando se habían encontrado *aquél,* que ya s había hecho perder medio jornal, despues de obligarles

á echar una mentira, porque la maestra ¡claro! querría saber . . .

Todo dicho de corrido como una carretilla, engullendo patatas y pan mojado en yema de huevo y pringándose los dedos que luego chupaba uno por uno. Se llamaba Clara y lo era más que el agua, por eso decía que Cueto le resultaba su tipo; de los que á ella le gustaban, formales, callados y que se supiesen gastar una peseta cuando llegase la ocación sin dar un cuarto al pregonero, porque las cosas cuánto más callandito mejor sabían.

Manolín entendía poco de aquella jerga pintoresca que no decía nada, al parecer, pero que revelaba mucho, dadas las miraditas, los guiños picarescos y la manera de accionar desenvuelta y achulada.

La muchacha comía con gusto envidiable: Manolín revelaba en su semblante lo que estaba pasando en su corazón.

—Tenía hambre, pensó, feliz yo que puedo saciársela.

Casi dió por bien empleados los primeros novillos que había hecho en su vida, contemplando los colores que iban saliendo á la muchacha, conforme desaparecían del plato los huevos, el bifssttek y las patatas.

El condiscípulo de Cueto era un estudiante como hay muchos; *juerguista*, crapuloso, holgazán y falto de sentido moral. Llamábase Mánzano, por lo cual la chiquilla tragona le llamó dos veces *camueso* con la boca llena y los carrillos reventando de risa.

Manolín no pudo menos de reir ante la oportunidad del mote. Manzano era un verdadero *camueso* cargado de calabazas.

Alto, anguloso, desgarbado, con la capa hecha y torcida y la ropa sellada por asientos mugrientos, veías

las claras el desorden en su persona, adivinándose que aquel *chaquet* y aquella camisa habían pasado la noche colgadas en la percha humana.

—Yo no me enojo contigo Clarita, ya sabes que me muero por tus pedazos y cuando una mujer está convencida de que se la quiere tiene carta blanca.

——Pues mira, puedes ir olvidándome: diríjete á esta sosaina, que yo desde ahorita quiero á tu amigo: ¡y poquito que lo he de querer!

—Pero borrica, dijo Manzano mirando á Cueto, si este es por lo *finoli:* ¿piensas tu que te ha de mirar si te encuentra en la calle? Pica más alto y es un estudiante que tiene la virtud de estudiar.

—Pues así me gusta, y cuanto más alto pique mejor: ya me subiré yo todo lo que el quiera ¿verda? Y poco tono que me voy á dar: vereis vosotros como hago la señorona con sombrero y todo . . . y hasta coche si el quiere.

—¡Ja, ja!

—¿De qué te ríes, camuesísimo?

—¡De tí, pedazo de tonta! Míra que soñar conque este te quiera, son muchos sueños.

—¿Verdá V. que nó? Tu que sabes: el que calla otorga.

—¡Quiá! el que calla no dice nada.

Manolín estaba en ascuas, queria marcharse y no se atrevía á decirlo. La muchacha acabó su ración y propuso irse á casa: vivían solas, como no tenían á nadie y eran tan amigas . . . Lo que es aquel dia no aportaban por el taller: ¡un demonio! Estando tambien acompañadas: ¡mo era posible que dejasen á un chico tan simpatico! Qué clase ni qué ocho cuartos! ya era tarde: lo que

debían hacer era cojer un coche, porque vivían lejos, en la Corredera Alta: tanto como atravesar todo Madrid y andando se perdía el tiempo; allí estarían bien haciendo tiempo, hasta que fuese hora de comer . . . podían ir á Tetuan paseando, no estaba lejos y se divertirían mucho.

Manolín dijo que á la una se almorzaba en su casa y que á esa hora debía estar en ella.

—¡Bueno vá, con que la una en casa!

—No puede ser.

—Vaya pues, andando: ahora dices eso chiquillo, luego veremos.

—Yo no puedo acompañar á Vds.

—¿Qué no? Pues no faltaba otra cosa; te vienes con nosotros, luego haces lo que te dé la gana, que yo no prendo á nadie á la fuerza.

—Anda, hombre, dijo Manzano, de todos modos, en alguna parte has de hacer tiempo; con eso aprendes el camino de la casa de éstas: y cuando estés aburrido, ya sabes . . . No te figures que allí entra cualquiera, ¡quiá! las personas decentes como nosotros y pare usted de contar.

—No; si no lo digo por nada; es que . .

Manolin no podia salir del atolladero; ¿cómo decir que jamás se habia visto en semejantes andanzas? ¿Cómo hacerles saber que repugnaban á su carácter aquellas escenas de diversión que Clara exponia para decidirlo?

Pagó el gasto, y salieron guiados siempre por la muchacha, que franqueó la puerta de un boleo y se echó á la calle arrancando un ¡olé! á dos hombres que pasaban.

Sin consultarlo, se dirigió á la parada de coches; abrió la portezuela de uno resueltamente, y se arrellanó dentro. haciendo con la mano señas á sus amigos para que anduviesen ligeros.

Manolin caminaba á remolque, pero llegó al fin; subió y tomó asiento al lado de Clara, como ella le mandaba, pareciéndole que discutir allí sería enterar al cochero de lo que maldito cuanto le importaba. Una vez colocados bien apretaditos y prensados, Clara dió las señas de su casa con desparpajo y mandó subir los cristales porque hacía frio.

Desde aquel momento Manolin le pertenecía; estaban solos los cuatro, y para la muchacha ni Manzano ni su compañera eran nadie.

—¡Pero chiquilla! se atrevió á decir el primero.

—¿A ti que te importa? no te he dicho que te las arregles con esta bobalicona que es lo que conviene á un *grana* como tú? ¿Cómo te llamas: preguntó á Manolín sin cambiar de tono.

—¡Manuel!

—Manuel se llama Cristo, que lindo nombre, dichoso del que nace, Manuel le ponen. También se llamaba Manuel el primer novio que tuve: valiente pillo: tu no te pareces á él: era un peine! . . . creo que ha parado en *timador*, y hasta que no pare en presidio no estaré yo contenta.

Empleando más tiempo que el necesario, llegó el coche á la corredera: bajaron los cuatro: Manzano se metió en seguida en el portal, siguiéndole la compañera de Clara.

—Aver, dijo ésta con su natural soltura, ¿cuánto?

—Tres pesetas y la voluntad; respondió el cochero sonriendo.

—La voluntad serán dos reales, replicó la muchacha, porque nos ha traido usted volando. Dame catorce rea-
, Manuel.

anolín sacó un duro del bolsillo y lo entregó á Clara:

dióselo ésta al auriga, y después de recoger seis reales que le devolvió, y de meterlos en su bolsillo, dijo cogiéndose del brazo del estudiante, entra: aquellos ya van escaleras arriba; mira que pronto escapó el *pelaire* del camueso, pensando que le habían de mandar pagar! es un bolonio que no sirve más que de estorbo; nosotras algunas veces que le conocemos en la manera de llamar, nos hacemos las muertas para no recibirlo ¡qué peste de hombre! ¡es un perdido! ¡Vivimos en piso cuarto, no creas! conque sube despacio.

Manolin seguía subiendo sin darse cuenta del por qué; le parecía que huía de aquel demonio de muchacha que lo volvía tarumba: no tenía valor para escapar á la calle, y ascendía precipitadamente sin pensar que había de tener un término la ascensión, como al fin lo tuvo.

La compañera de Clara llamó en una puerta de cuatro que se veian en lo último de la escalera, adonde se asomó una vieja sucia y desgreñada, despues de preguntar ¿quién? con voz gangosa.

—¿Calla? ¿ya volveis?

—Hoy no hay trabajo, chilló Clara, que desde el último tramo había oido á la vecina, haga usted el favor de la llave.

Entró la vieja y volvió á salir inmediatamente con una llave que cojió Manzano abriendo la otra puerta con presteza, como persona para quien no fuese desconocida la cerradura.

—Pasa Manuel, dijo Clara, no te metas en el hueco de la puerta: estás en tu casa, hombre.

Manolín siguió maquinalmente á Manzano, y los dos se sentaron en un sofá de paja que había en una pequeña s lita ilumidada por una ventana practicable al tejad

En aquella sala pequeña, que á no dudar servía de comedor y cuarto de vestir, no había más muebles que un sofá con sus correspondientes seis sillas, una cómoda, sobre la cual se veia un espejo, y la indispensable camilla en medio de la estancia, rodeada de bayeta verde y cubierta con hule floreado de relieves.

En la salita había una alcoba con dos camas no muy anchas, pero arregladitas y limpias . . .

Clara dobló el manto y lo metió en un cajón de la cómoda; después se quitó el mantón de abrigo que colgó en una percha de la alcoba y volvió al sofá muy resuelta diciendo á Manzano: quita del medío, estorbo, y déjame sentar aquí al lado de Manuel.

Pero Manuel no estaba tranquilo: sacó el reloj, miró la hora y volvió á guardarlo sin decir palabra.

—¡Qué es esto! ¿piensas irte ya? preguntó Manzano.

—No tardaré.

—¿Pero, de veras, no puedes pasar el dia con nosotros?

—¡Imposible!

—¿Te reñirían tus padres? interrogó Clara.

—¡No tengo padres! respondió Manolin no sin emoción.

—¡Uy! ¿pues si no tienes padres quién te aguarda? tus tios, tus hermanos, la patrona?

—Mis protectores, á quienes respeto como sí mis padres fueran.

—¡Ah! dijo la muchacha un poco turbada, algunos buenos señores chapados á la antígua, de esos que no perdonan nada y que quieren tener á la juventud rezando el rosario.

—No, no son así,

—¿Que no son viejos?

—No . . . es decir, sí.

—¿En qué quedamos?

-En las dos cosas.

—Vamos que ella es jóven y él un carcamal ¡Ay Manolito, Manolito! ¡qué yo soy más pícara que hermosa!

Manolín se puso pálido y respondió mal humorado: yo no creo que me hayan traido ustedes aqui para burlarse de mis protectores.

—¡Jesús, Ave María! ¡Dios nos libre! ¿Pero quién se burla?

—No hagas caso de esta, chico, es el demonio, dijo Manzano.

—Mira, lo que debías hacer era irte al *lado* á ver qué hace la *señá* Fabricia; ayer me dijo que tenia muchas ganas de verte, interrumpió Clara.

—Bueno, muger, bueno: si estorbamos nos quitaremos del medio.

—Tanto como estorbar . . . pero no haceis falta.

—Bueno bueno! Vámonos chica que estos tienen que hablar.

Salieron al pasíllo y llamando en la puerta de la vieja que les diera la llave. entraron en el otro piso alborotando y dando gritos.

Manolin se puso de pié apenas desaparecieron de la sala.

—Yo también me marcho, dijo temblando como si viera una desgracia próxima.

—¿Qué, te marchas? ¡Quiá! tu no te vas: ¿no quieres hacerme un rato compañía? ¿Tan fea soy?

Pues no á todos se lo parezco; y muchos se alegrarían de encontrarse en tu pellejo.

—No digo nada, pero tengo prisa.

—Oye Manolito: ¿estudias para cura? dijo riendo Clara y echando los brazos al cuello del joven.

—Para médico, respondió queriendo desprenderse que inutilmente, de la cadena que le sujetaba.

—Entonces, no hay duda, es que no te gusto: debes tener alguna querida muy guapa.

Manolin se estremeció.

—¿Qué dice V.? ¡Yó, querída! yo no tengo á nadie, dijo precipitadamente y pugnando de nuevo por desasirse.

—¡Si no lo estraño, hombre! ¡si no lo extraño! eso es lo natural: un chico como tu, tan guapo . . . y como un roble: porque eres muy guapo Manolito: eso ya lo debes tener muy sabido; á mí me gustas mucho y por tí sería yo capaz de cualquier cosa: ¿quieres ponerme un cuartito á mí sola; y que no salga de casa ni vea á nadie más que á tí? ¡Ya verás, ya verás que contenta me tienes siempre!

—Pero si yo no . . . .

—Confiesa la verdad. Tienes alguna que te sorbe el seso, porque mira tu, que si me dijeran á mí que un hombre se había de dejar querer por este cuerpo quedándose así . . . como tu estás . . . más seco que un palo, diría que no podía ser; quisiera yo conocer á la hembra que te entontece hijo, á ver si tenía más sal y más *aquel* que la hija de mi madre: vamos, dilo: ¿es más guapa que yo?

—Pero si le aseguro á V. que no trato á ninguna mujer más que á Chucha.

—¡Ay! ¿y quien es Chucha? ¿alguna perra?

—Manolin hizo un esfuerzo violento para desprenderse de los brazos de Clara y dando muestras de enojo contestó con alteración.

—No puedo consentir que se burle V. de mi protectora á la cual tengo por madre.

No se sofoque V. hombre que la cosa no es para tanto, replicó la muchacha picada y tratando con más respeto á Manolin, como dijo V. Chucha, creí que sería alguna pe-
ta sabia, por lo demás ¿á mí qué mi importa? En todo
so el marido será el que tenga que ver: yo ni pizca.

Hace V. bien, ¡á qué está uno! á economizar dos ó medio que se pudieran gastar obsequiando á otra: así todo queda en casa; ¡vaya un *panoli* que será el buen señor!

Manolin hizo ademán de arrancar la lengua á la descarada muchacha, pero le contuvo una ráfaga de reflecsión; cogió el sombrero que habia dejado sobre la silla y salió sin decir palabra corriendo escaleras abajo como si acabase de cometer un crímen.

Oyó carcajadas burlonas y nerviosas de Clara, que salia tras él, intentando acaso detenerlo, y oyó también que le decia desde lo alto:

—¡Sacristán! ¡monago! ¡vaya un frailuco: espresiones á esa *Chucha* que te tiene tan *achuchao.*

Ciego de cólera llegó el estudiante á la calle.

El se tenía la culpa; ¿por qué había sido complaciente acompañando á semejantes mozuelas y al crapuloso de Manzano? ¡Qué vergüenza si lo supiesen . . . También él había sido culpable de que la descarada hiciese chacota del nombre de Chucha: la nombrára sin darse cuenta: encontraba cosa corriente que la conociese todo el mundo: ¿pues no era la criatura única en la tierra?

¡Oh! ¡pero qué infame lengua la de aquella muchacha! ¡suponer que Chucha era su querida! ¡que engañaban los dos á D. Ricardo: al mejor de los hombres! . . . Le parecía esto monstruoso como si le dijesen que su madre, aquella dolorosa de carne y hueso que vivía en su pensamiento, hubíese engañado á su padre.

¿Sería amor la especie de adoración que sentía por su protectora?

Casi lo creía y más después de la escena del comedor pero aunqne así fuese; él podía amarla, idolatrarla ¿á quién hacía daño? Estaba satisfecho: no pedia más: era feliz viendo á su lado; dándole gusto, contemplándola y e

diando mucho para conseguir un nombre célebre: ¡con cuanto placer diría que se lo debía todo á los Menéndez, y qué orgullo para el bondadoso matrimonio!

Recorrió las calles que mediaban hasta la suya sin darse cuenta de que le tropezaban los transeuntes. Cerca ya de casa echó de ver que le faltaban los libros: los había dejado encima del sofá . . . pues no volvía por ellos; prefería comprar otros, y con efecto, encaminóse á una librería.

A las doce en punto entraba en su casa.

Chucha estaba en el tocador y Menéndez en el despacho. Como siempre, fué á saludarlo; no se le ocultó que estaba contrariado: algo había ocurrido en su ausencia. ¿Qué sería? ¿Habrían reñido? Le hablaba con menos cariño que otras veces. ¿Sabría que habían estado hablando por la mañana?

Titubeó antes de preguutar por Chucha: y, sin embargo, era natural que preguntase habiéndose acostado enferma la noche anterior; pero podia haber ella dicho que se vieran, en cuyo caso revelaría disimulo la pregunta . . . y disimulo, ¿de qué?

El anuncio de que estaba servido el almuerzo sacó á Manolín de sus perplejidades.

—Vamos, dijo Menéndez levantándose y dejando uno papeles que tenía entre manos.

Chucha estaba ya en el comedor; no había pasado por el despacho como pasaba ordinariamente.

—¡Hola Manolin! dijo con el acento de siempre, cariñoso y maternal.

—¿Está V. mejor? respondió el joven preguntando. á su vez.

—Mejor, sí; aliviada: pero siento como un abombamiento . . .

Sentáronse á la mesa: para Manolin era indudable que había pasado algo en su ausencia.

Apenas hablaban entre sí sus protectores: Menéndez estaba más expansivo, pero Chucha ni miraba á su marido.

El almuerzo fué sério contra costumbre.

—¿Y que tal, que tal en clase? dijo Menéndez por decir algo.

Manolin hubiera querido estar debajo de la mesa: tenía que mentir ó confesar su falta, pero confesar era quizás comprometer á Chucha diciendo que por hablar con ella se le había pasado la hora: mentiría; no le quedaba otro remedio.

—En clase como siempre; bien.

—Y el catedrático. ¿No te ha dado una notita para mí?

—No señor.

—Pues me dijo que la enviaría hoy por tí.

Es un asunto que quiere que recomiende al ministro de Fomento.

Manolin se hechó á temblar: ¿Llegaría á descubrirse el engaño?

A la hora de servir el café, cayó D. Prudencio como evocado por conjuro.

Chucha y Manolin fruncieron el ceño: la primera porque le odiaba desde la noche anterior; el segundo por lo que ella le había contado.

—Felices, dijo D. Prudencio entrando alegremente. Aquí me tienen ustedes. Dije para mi capote. ¿Dónde tomarás hoy el cafecito, Prudencio? Y me respondí sin vacilar: pues en casa de Menéndez, que sobre ser grátis, es de lo más esquisito; esa Carmela tiene un tino. . . . . claro, cargado, caliente . . . . . las tres ces, con el apéndice las otras dos: conversado y con coñac.

Conque Chuchita: ¿Sigue V. de morro conmigo? No lo creo; las bromas son bromas ¡eh!

Yo la quiero á V. de veritas y . . .

—Si yo no estoy enojada con V.

—Pues cualquiera lo diría.

—Es que me duele la cabeza.

—¿Cabecita tenemos? Pues enojo seguro. Vamos, ¿quiere usted que le pida perdón?

—Jesús, don Prudencio, ni que hubiera sido V. el que me ha ofendido.

—Ahí danzo yo, amigo mío, dijo Menéndez riendo, ya que la presencia del ex-magistrado le daba valor para afrontar los enojos de su mujer.

—No danza nadie, replicó Chucha.

Manolín hubiera aplastado á don Prudencio de buena gana. Siempre le había sido antipático, pero aquel día ya no cabía más.

El estudiante fué el primero que acabó su café; pidió permiso para levantarse y se dirigió á su cuarto. Chucha le siguió con la mirada, hasta que hubo salido del comedor, comprendiendo que se retiraba por no poder soportar á don Prudencio.

—Conque Chuchita, ¿hacemos ó no hacemos las paces?

—Sí, hombre, sí; las hacen ustedes, dijo Menéndez.

Carmela entró con una carta para el señor. Era del catedrático de Manolín; como éste, cosa rara, no había estado en clase, enviaba la nota para el ministro, y deseaba saber si se hallaba indispuesto su caro discípulo.

—¡Hola, hola, hola! Conque el señor Manolín sabía mentir? ¿Conque no había estado en clase? ¿Por dónde habría hecho novillos?

Chucha se puso encarnada.

—No hay que preguntar, amigo Menéndez, alguna pe-

cadora; el chico es un mozo como un castillo, y aunque formalote y todo lo que usted quiera . . . pues vaya usted á saber, todos hemos tenido sus años, á lo menos yo los he tenido, ¿entiende usted? Chucha perdió repentinamente el color y se puso pálida.

—Pero hombre, tan formal, tan aplicado; si me parece mentira que sea capaz de mirar á una mujer . . .

—No se fíe usted; esos son los peores; muy formales, muy formales; pero cuando el diablo les comienza á escarabajear por el cuerpo . . . créame usted, no se páran en barras. A este chico me lo tienen ustedes muy sujeto, muy metido en casa, y los extremos nunca fueron buenos; hay que dar á cada cosa lo suyo: cuando la fruta está sazonada se coge del árbol, y cuando ha madurado se come; lo demás es contra natura, y lo mismo puede hacer daño por verde que por pasada. Yo . . la verdad . . . le alargaría un poquito la soga y le daría expansión . . . á su edad . . . vamos, á su edad, creo, amigo Menéndez, que ni usted ni yo éramos tan bobalicones.

Chucha estaba próxima á estallar contra las demasías del viejo verde y suelto de lengua. Pero su marido no le mandaba callar, ¿y qué haría ella?

—Hombre, don Prudencio, yo le diré á usted: más de una vez he pensado en el caso, ¡pero qué diablo! el muchacho no se quiere ir de bureo con los compañeros, y como usted comprende, no he de llevarlo yo á buscar novia . . . Por otra parte, ha de saber usted que tengo miedo á que caiga por ahí en malas manos . . .

—Pues de caer ya debe haber caído, amigo mío; los novillitos de hoy son muy significativos.

—Yo no puedo darme por entendido, don Prudencio; ya sabe usted que el papel de padre es muy endemoniad
si usted lograse inspirarle confianza, á ver si hablaba y .

—¡Pues no ha de hablar! No diga usted más; déjelo de mi cuenta; ya me lo llevaré por ahí de parranda, y en corriendo una juerguecita juntos canta de plano, ¡vaya si canta! Lo que necesita Manolín es un hombre de experiencia que le abra los ojos; uno que sirva para el caso . . así como yo, aunque sea inmodestia el decirlo.

Chucha sufría horriblemente, conteniendo sus nervios soliviantados por las bellaquerías y las impertinencias del ex-magistrado. ¿Pues y su marido? Tratar aquellas cosas delante de ella era faltarle de una manera grosera; ¡ó la creían tan tonta que no comprendiese el fondo de la cuestión!

Aquel viejo libertino quería llevarse á Manolín en su compañía, pero no contaban con ella, que lo evitaría á todo trance. ¡Pobre niño!

Manolín había sido siempre niño para Chucha; sólo desde aquella mañana le parecía un hombre, un hombre hermoso y seductor, tan seductor que llamara la atención de Pepita Puig, la feísima hija de la generala: ¡claro! para ella estaba. Y pareciéndole poco para ésta, ¿cómo podía consentir que buscase novia á imagen y semejanza de don Prudencio? Ya podían hacer planes, que ella sin rechistar procuraría echarlos abajo.

—Usted queda en su casa, amigo don Prudencio, dijo Menéndez levantándose. Esta no saldrá hoy porque es *su día* . . . y no faltará gente; no se marchará usted tan pronto, ¿eh?

—Acompañaré á Chuchita un rato. ¿Usted al Congreso, verdad?

—Sí señor; y puede que no vuelva como voy, dijo Menéndez guiñando el ojo, riendo y frotándose las manos.

—¡Qué! ¿ya está lo del título?

—No digo tanto, no digo tanto, pero no me parece que

marcha mal la cosa; hoy me dirán lo que falta por ultimar.

—Conde, ¿eh?

—Sí, conde; es un título que suena muy bien al oído; ¡condesa! ¡condesa! añadió abriendo mucho la boca y mirando á su mujer que parecía no estar en la conversación; condesa del Castañar, ¿qué tal? No habrá en Madrid condesita más mona; ¡lástima que . . .

Chucha continuó silenciosa sin atender á don Prudencio ni á su marido, pero no se le escaparon los puntos suspensivos del primero, ni la mutua guiñada con que se hicieron señas.

—Bueno; pues hasta luego, ¿eh?, dijo Menéndez dando al ex-magistrado la mano; adiós, hijita.

Chucha contestó á su marido con un adiós muy seco, y retiró la cara cuando éste se inclinó para besarla como todos los días.

Menéndez miró á don Prudencio temeroso de que hubiese reparado en el movimiento de Chucha; pero hallábase el viejo muy ocupado revolviendo un terrón de azúcar que en el resíduo del café y de una copa de cognac había echado.

El marido de Chucha respiró tranquilo. Le hubiese mortificado muchísimo que don Prudencio se fijase en el desaire de su mujer. Menéndez, como todo hombre que ha sido mimado por las mujeres, no se convence jamás de que puede llegar á ser despreciado.

Achaque de buen mozo pasado de moda.

Una vez que hubo salido Menéndez, quedaron silenciosos Chucha y García.

—Decididamente, Chuchita, usted sigue incomodada conmigo y es una injusticia, porque yo la quiero bien; masiado para mi tranquilidad.

Esto último lo dijo don Prudencio entre dientes.

—Voy á mi gabinete, dijo Chucha levantándose.

—¿Y no me ofrece usted un asiento en el santuario?

—¿Por qué no?

—Pues entonces, vamos.

No era esto, ciertamente, lo que pretendía Chucha, pero tampoco le era dable decirle rotundamente que le mortificaba la compañía.

—Diga usted la verdad, amiga mía, ¿quién la enojó á usted anoche, su marido ó yo?, preguntó García una vez sentado cómodamente en un sofá del gabinete de Chucha.

—Los dos.

—Sin embargo, yo . . . no hice más que usar de una bromita como otras veces. A usted le supo mal, ¡seamos francos! que don Ricardo confesase lo que confesó.

—Mal, no señor.

—Fué una inconveniencia, es verdad, pero ¿qué quiere usted? el orgullito . . . aunque el orgullito se domina cuando conviene: mire usted, si yo me hubiera querido dar tono cuando la marquesa me llamó viejo, hubiera salido con una que ya, ya . . . pero el rubor natural, las conveniencias sociales, el respeto . . . A usted solita ya se lo puedo decir.

Chucha no preguntaba nada, y esta falta de curiosidad desesperaba á don Prudencio.

—Pues ha de saber usted, dijo después de convencerse de que no le preguntaría; ha de saber usted que yo voy á tener un hijo dentro de seis meses.

—¿Usted? ¿usted?

—¡Yo! ¡yo! sí señora; pues no parece sino que . . .

Pero . . .

Que soy soltero, ¿eh? valiente obstáculo; no ha oído

usted decir algunas veces que mi ama de gobierno es joven y guapa? . . .

—¡Don Prudencio!

—¿Se asusta usted? pues amiguita, el mundo es este.

—¡Se casará usted con ella!

—¡Chucha! ¿Está usted en su juicio? ¿Supone V. que lo he perdido? Yo no he encontrado en el mundo más que una mujer digna de mi amor.

—¿Y por qué no se ha casado usted con ella?

—Porque era casada.

—Bueno, bueno, hablemos de otra cosa, ya que no se marcha usted.

Chucha no podía resistir la presencia de García ni sus atrevimientos de conversación.

—Hablemos de lo que usted quiera.

—Pues de la generala.

—El tema no es muy interesante, pero . . .

—¿Qué le parece á usted Pepita?

—Es buena muchacha, un poco feíta; lo demás . . .

—Digo qué le parece enamorarse de Manolín, así sin ton ni són . . .

—¡Ah! harían buena pareja.

Chucha se mordió los labios de ira.

—Ella moralmente vale, prosiguió don Prudencio, y él . . . pues él es guapo muchacho. Muy guapo, sí por cierto; acabarán por entenderse: si la generala se propone pescarlo . . es una mujer que lo alcanza todo: ya verá V. cómo acepta su marido la capitanía general ultramarina . . . En ese matrimonio están los papeles trocados.

Chucha no escuchaba á don Prudencio; pensaba en algo que la distraía hasta el punto de fijar los ojos en el sin pestañear, y fruncir el ceño de vez en cuando.

—¿En qué piensa usted, Chuchita? En lo que su marido dijo anoche, lo juraría.

—No . . .

—Déjese usted de fingimientos. Lo que habló Menéndez fué una solemne tontería; no me lo negará usted. Yo dije una verdad que no tiene réplica; si reflexiona usted un poco verá que tengo muchísima razón. Un hogar rico sin chiquillos, es un páramo, y para usted una verdadera desgracia. ¿Quién nos dice que don Ricardo no cierra el ojo de repente, sin hacer testamento y sin tomar disposiciones? Si esto sucediera vería usted cómo la cáfila de labriegos parientes suyos; se echaban encima de todo sin guardar á usted consideración de ninguna clase . . . Y que los hombres cuando dejan mujer joven y bonita, procuran quitarle el nuevo aliciente, el dinero, para que no lo gocen con un nuevo marido; esto es de cajón, créame usted. Por esto yo, y no vaya usted á suponer que pretendo darle un mal consejo, no me conformaría, si en el pellejo de usted estuviera, con ese sambenito de esterilidad que Menéndez quiso lanzar anoche sobre usted . . . . que él tuvo hijos . . bueno . . aquí no lo dudamos, pero habrá sido en su juventud; hoy es hombre machucho. . . Si nos probase que los tiene ahora como voy á tenerlos yo . . . . En fin, podíamos suponer que usted . . y que él . . Vamos, que no sabríamos en cuál está el quid de la dificultad . . Pero de este modo, créalo usted, Chuchita, yo mujer, me vengaba . . . eso de llamarla á usted *mula*, disimuladamente, es una grosería.

Chucha pegó un brinco y se puso de pie, fiera como una hiena.

—¿Que me ha llamado mula dice V.? ¿Cuándo?

Ya digo que disimuladamente: mulas llamamos en lenie vulgar á las mujeres que no tienen hijos . . .

—¡Basta, D. Prudencio! Yo no creo que mi marido pretenda injuriarme por grandes deseos que tenga de ser padre, y de mí sé decirle que no estoy dispuesta á escuchar á V. si no cambia de conversación.

—Por cambiada: no hablemos más: yo no deseo molestarla; la quiero demasiado. Cuanto he dicho reviste el interés más sano . . . pero á V. no le gusta y, silencio. . . hablemos de Manolín.

Chucha se puso como la grana.

—La verdad es que ese chico está muy sujeto: estudia demasiado y no tiene expansión: es necesario buscársela moderada: yo me encargo de ello desde mañana mismo. Algunas veces lo he pensado sin atreverme á . . . porque no quería que su protector pudiese creer que yo lo prostituía; ahora es otra cosa: Menéndez me autoriza y. . . . conmigo no le irá mal . . . yo soy hombre que sabe nadar y guardar la ropa.

La esposa de Menéndez no podía más.

—D. Prudencio, dijo, perdóneme V. si le ruego que me deje sola: no me siento bien y voy á dar orden de que no recibo por estar enferma.

—¿Pero realmente . . . ?

—Sí señor, realmente: en cuanto V. salga llamaré á Carmela para que me acueste.

—¿Quiere V. que vaya al Congreso á decirle á Menéndez? . . .

—De ninguna manera . . . adiós, D. Prudencio.

—Pues adiós, Chuchita: que no sea nada ¿eh? aliviarse mucho.

Y el ex-magistrado salió convencido de que Chucha lo había echado disimuladamente.

Cuando la esposa de Menéndez se quedó sola, rom el pañuelo entre sus dedos crispados y apretó con f

los dientes: la charla de aquel hombre le había envenenado el alma; ¡qué frases tan insidiosas! . . . qué reticencias! . . . Y decía que había de llevarse á Manolín . . . Esto no lo consentiría: Manolín seguiría haciendo la propia vida, Manolín no se apartaría de ella más que para ir á clase . . . ¿Dónde había estado toda la mañana? Él, que no sabía andar solo ni se encontraba bien en parte que no estuviesen ellos. ¿Había podido vagar por las calles sin rumbo fijo, pensando quizás en la conversación que tuvieran al lado de la chimenea? Necesitaba saberlo para quedar tranquila: necesitaba advertirle que no se dejase engañar por don Prudencio y quería pedirle que no accediese á salir con él.

Tomada esta resolución hizo sonar un timbre eléctrico.

Se presentó Carmela.

—Di al señorito Manolín que venga.

—Ha salido?

—¿Que ha salido.

—Sí, niña.

—¿Pero no ha dicho nada?

—Nada, niña; D. Prudencio entró en su cuarto y salieron juntos.

—¡Qué salió con . . . ?

Chucha no pudo acabar; se le formó un nudo en la garganta y pálida, temblorosa, agitadísima dijo:

—A las personas que vengan hoy les dirás que estoy enferma.

—¿Y no recibe la niña?

—No.

—¿Pero está enferma?

—¿No lo he dicho ya? déjame.

La mulatita salió sin replicar y Chucha se quedó sola entregada á su furor.

¡Había salido con aquel libertino, con aquel crapuloso! . . .

¿Pero á dónde habran ido? Si ella se dejase llevar de sus impulsos corriese á buscarlo; á sacarlo de las garras de aquel sátiro repulsivo . . .

¡Qué horrible tarde pasó Chucha! Lloró con pena, con ira, desesperada unas veces y tranquila otras.

Por todas las fases pasaron sus nervios en el transcurso de tres horas.

Cuando su marido llegó á casa no había vuelto Manolín.

—¿Y el chico? preguntó Menéndez.

Chucha le hubiera contestado algunas frescas, pero se contuvo.

—El chico ha salido con D. Prudencio: vaya una gracia, recomendar un joven inocente á semejante perdido.

—Pero mujer, ¿supones que lo ha de meter en un garito?

Eran las siete cuando llegó Manolín.

Se dirigió á su cuarto y cerró por dentro la puerta.

Carmela avisó que había llegado el señorito y que parecia enfermo: ¡tenía una cara! . . .

Chucha y Menéndez se levantaron á un tiempo: corrieron á verle.

—¡Manolín! ¡Manolín! gritó ella advirtiendo que se había encerrado.

—¡Voy! respondió el joven con voz débil.

Y, con efecto, abrió después de algunos segundos que tal vez aprovechó para hacer esfuerzos que disimulasen su malestar.

—¿Qué tienes? preguntó alarmada Chucha, cuando Manolín hubo abierto la puerta.

—Nada. ¿Pues qué tengo?

—¿Vienes enfermo? dijo Menéndez.

—No señor: ¿quién lo ha dicho?

—Carmela nos avisó que habías llegado con una cara . . . no le falta razón, porque la verdad es que estás! . . .

Chucha, atenta solamente á la voz de su corazón que le impulsaba hácia el joven, se le acercó más; le puso una mano en el hombro y le dijo con acento cariñosísimo:

—No lo niegues, Manolín: estás enfermo: te ha hecho algo aquel demonio de D. Prudencio.

—¡Qué cosas tienes, mujer! ¿qué le había de hacer? interrumpió Menéndez.

—Sabe Dios; ¡le conceptúo tan malo!

Manolín vacilaba y se hubiera caído á no haber hecho Chucha un esfuerzo para sostenerlo. Menéndez corrió también en su ayuda y entre los dos lo recostaron en un sofá.

—¡Carmela, José! gritó Chucha, el doctor, que venga el doctor.

—No es nada, no es nada, balbuceó Manolín recobrando el conocimiento: un poco de dolor de cabeza y nada más; tirantéz en el cerebro . . . opresión en las sienes . . . poca cosa: durmiendo se me pasará.

—De todos modos puede venir el médico: dijo Menéndez.

—Sí, que venga, añadió Chucha, ahora te acuestas inmediatamente . . .

—No, interrumpió Menéndez, si se acuesta acaso sea peor; lo que conviene es que se distraiga un poco y que coma; estando en la mesa quizás se alivie.

—No podré comer, dijo Manolín.

—Sí, hombre, añadió Menéndez.

—¡Déjale! interrumpió Chucha mal humorada.

Para Menéndez era indudable que la compañía de don Prudencio produjera semejante trastorno en el organismo de Manolín. Habrían hablado, quizás le hubiese hecho co-

nocer alguna muchacha de la cual súbitamente quedase enamorado . . .

Nadie le apeaba de su burro: Manolín había gustado el amor con sus dulzuras: la transición del niño al hombre se había hecho violentamente, y estos cambios cuando se operan en un temperamento y en un carácter como los de Manolín traen aparejadas un cortejo de consecuencias exteriores.

Para Chucha estaba claro también que había pasado algo á su protegido. Que D. Prudencio tenía la culpa, hubiéralo jurado, pero que Manolín hubiese aceptado cuanto el viejo libertino le debía haber propuesto, eso no lo creía, no podía creerlo.

No tardó en llegar el doctor ni dejó de sorprenderse de que fuera Manolín el enfermo.

Preguntó; preguntó mucho; el estudiante titubeaba al responder á ciertas preguntas capciosas. El doctor pidió que lo dejasen á solas con él y al cabo de quince minutos salió para recetar una poción bromurada y decir á los padres adoptivos:

—Este chico necesita expansión: á su edad y con su naturaleza ya debía tener tres ó cuatro novias al retortero y haber engañado otras tantas.

Chucha hubiese abrazado al doctor de buena gana.

¡Qué peso! ¡qué peso tan atroz acababa de quitarle! Manolin era inocente . . . ya lo presumía su corazón.

Menéndez contestó algo á medias palabras.

—Nada, nada, dijo el doctor despidiéndose, ahora que descanse; hacerle acostarse y que no coma; darle esta medicina cada dos horas y mañana tan campante; pero no se olvide V. de mi consejo, D. Ricardo, expansión y novia.

—Pero hombre, yo . . .

—Alargarle la soguita, ¿eh? . . . adiós.

Manolín se acostó: tenía fiebre y sed y le dolía muchísimo la cabeza.

Chucha mandó que fuesen á la botica inmediatamente, que preparasen la lámpara de noche de su cuarto, una preciosa bomba color de rosa, y que la trasladasen al de Manolín que protestaba aunque débilmente de tales cuidados y molestias.

La comida de los esposos fué aburrida; comieron poco y hablaron menos: Chucha pensaba en el enfermo; Menéndez echaba de menos al joven que con su presencia animaba la mesa y del cual creía que ya le hubiese sido imposible prescindir. ¡Estaba tan acostumbrado!

Menéndez tenía que salir forzosamente; le había citado Pidal: se trataba del título y á Ricardo le corría mucha prisa, aquel día más que nunca.

Su mujer estaba seria y contrariada después de la escena en casa de la marquesa, y á todo trance era preciso desarrugar su entrecejo y volverla al estado normal con el adorno de una corona.

—Como no es cosa de cuidado lo del chico, dijo Menéndez, voy á salir: tengo una cita importante.

Chucha no contestó, pero dió gracias al cielo. Podría dedicarse al enfermo, podría estar á su lado . . .

—¿No me contestas?

—Está bien: no tengo nada que decir en contra.

A las nueve salía Menéndez y Chucha se encaminaba al cuarto de Manolín, dispuesta á sentarse á la cabecera de su cama en sustitución de Carmela.

—Vete á comer, dijo á ésta, porque me quedo yo.

Manolín, que estaba un poco traspuesto, abrió los ojos al sentir rumor de voces; la de Chucha le hizo sonreir.

—¿Estás mejor? preguntó ésta poniéndole una mano en la frente.

—Sí señora: ya estoy bien.

—Bien no es verdad, porque tienes algo de calentura.

—No es nada.

—¿Te molesta que yo hable ó hablar?

—¡Molestarme hablar con V. y que V. hable! ¡Dios mío!

Este ¡Dios mío! era un grito del alma que la de Chucha oyó estremeciéndose de placer.

—¿Qué tienes, Manolín? Preguntó inclinándose sobre él. Chucha temblaba y sentía desasosiego tal que interrogaba al joven por no interrogarse á sí propia y para ver si las sensaciones de ambos coincidían.

—Nada, ya estoy bien; muy bien; apenas me duele la cabeza.

—A tí te ha pasado algo, Manolin, y algo que tiene que contarme.

—¿Contarle? . . . No señora, no me ha pasado nada.

—Sí: cuéntamelo; ¿olvidas que soy tu mamita?

El joven cogió las manos de Chucha y las besó delirante.

Ella no hizo esfuerzo alguno para retirarlas: por el contrario, sintió desvanecimiento, se le nubló la vista y recostó en la almohada la cabeza. . . .

Aquella criatura idolatrada, que echaba lánguidamente la cabeza á su lado, que le abandonaba sus manos, que le acariciaba la frente y las mejillas para adivinar el grado de fiebre, que se interesaba tanto . . . tanto. . .

Manolín sintió impulsos de levantarse y de vestirse y de salir á la calle: le parecía que estaba loco; sentía circular la sangre como si sus venas fueran cauce de materia ígnea y le hormigueaba la piel ardorosa, y á pesar de tanto fuego, le atacaban pequeños escalofríos que granulaban su epidermis.

Ella continuaba inmóvil, parecía dormida, y Manolín no pudo más. Cogió la cabeza de Chucha, se abalanzó á ella y la besó con ansia, con el ansia que el hambriento engulle la comida y el sediento apura un vaso de agua pura y cristalina.

Pero aquel grito de la naturaleza, aquella revolución de la mente exaltada por dos fiebres internas, la fisiológica y la inmaterial, tuvo una crisis amarga producida por la reflexión instantánea, por la conciencia intrusa, por el deber inexorable y despiadado. ¡Menéndez! La figura de su protéctor interpuso su aspecto bonachón y confiado entre ambos. Manolín lo vió allí, mirándole sin enojos, pero con pena, por la ingratitud del protegido, del hijo adoptivo.

¡Oh! morir primero que decir á Chucha todo lo que había para ella en aquel corazón lleno de amor y de ilusiones.

Manolín sollozaba acongojado.

—¿Qué tienes? ¿Qué secreto me ocultas? ¿Ves como no me quieres? ¿Como no te inspiro confianza?

—¡Que no la quiero! pensó el joven.

—¿Estás enamorado?

¡Enamorado! ¡Sabía él acaso lo que le pasaba!

Sí: debía estar enamorado, pero como nadie lo había estado jamás, ni en las novelas había leído lo que á él le pasaba.

Odiar á todas las mujeres, sentir hacia ellas repugnancia invencible, porque no eran la imagen fiel de la que ocupaba su corazón y su mente, era cosa desusada. El había leido que se podía mirar á una sin olvidarse de otra y los héroes del amor que conocía de oidas, no hubieran sido seguramente así fieles al ideal, como él lo fuera aquel día memorable.

¡Qué día, y qué cortejo de enemigos le habían cercado! Ahora el enemigo era Chucha misma: Chucha que le amaba como madre y que no sospechaba el daño que le producían sus caricias. ¿Por qué no podía recibirlas tranquilo? ¿Por qué sentía aquel deseo furioso de quitarse la vida para librarse del suplicio que estaba pasando?

—¡Manolín, Manolín! ¿Qué tienes? dijo anhelante Chucha, advirtiendo la respiración fatigosa del joven.

—¡Me muero! respondió con acento débil.

—¡Jesús, Dios mío! Que te mueres, no Manolín, yó no quiero que te mueras, tú no puedes morirte por que me moriría yo tambien . . . no podría vivir sin tí ¿sabes? no podría . . . no podría . . .

Y Chucha, sin medir las consecuencias, besó á su hijo adoptivo en los ojos, en las mejillas, en los labios . . .

Sonó un grito ahogado, un grito que parecía rujido de fiera acosada: tembló ruborosa la moral social, rió con cínico descaro el amor triunfante y la naturaleza regocijada entonó el ¡hosanna! de su evangelio, viendo cumplido á satisfacción el mandato imperioso de ineludibles leyes.

. . . . . .

Manolín se levantó al dia siguiente para ir á clase.

—¡Pero niño! dijo al verle Carmela.

—Ya estoy bien y no hay razón para que deje de ir: dame pronto el café; es tarde.

—Si tiene V. cara de muerto . . . ¡por Dios que se van á enojar los señores! . . .

Manolín no quiso ceder: ¡para ceder estaba! necesitaba ir á clase y esparcir el ánimo, para tranquilizarse . . . para fatigar el espíritu . . .

No había podido soportar la cama desde que se despertara.

Primero horrible soledad, vacío inmenso cuando Chu-

cha le había dejado solo . . . después durmiera hasta el amanecer de un tirón . . . dormir . . . que tiránica era la carne . . . Su espíritu revoloteando había recorrido los espacios forjando ilusiones . . . tocándolas, gozando con ellas, mientras la materia, la materia inconsciente, grosera y bestial, reclamaba el descanso tras la fatigosa jornada de sus innobles luchas.

Tomó el café y las tostadas, con ansia: un gusanillo le roía el estómago; parecíale que fuese éste una caja grande, muy grande y que dentro se agitasen en el vacío las aspas de un molino de viento; no era hambre aquello, pero indudablemente era necesidad de comer.

No se apresuró: aguardaba sin duda ver á Chucha; el día anterior se había levantado temprano, quizás aquella mañana . . .

Pero acabó de tomar el desayuno con calma, con mucha calma y Chucha no salía de su cuarto: ya no tenía pretexto para aguardar más. Cogió la capa, embozóse sin apresuramiento y salió: Chucha no se había levantado.

¿Le odiaría? ¿sentiría remordimiento? El los sentía tambien y, sin embargo, deseaba verla, quisiera hablarle antes de salir de casa, recibir sus impresiones, saber si era la misma, si tenía la propia cara, la sonrisa de siempre, la expresión de todos los días . . .

Manolín pensaba en Chucha sobre todo y á pesar de todo, pero la fisonomía de Menéndez no dejaba de interponerse entre sus pensamientos. Le veía bueno, caritativo, generoso . . . . ¡Qué infame se creía! ¿Pero cómo había sido? ¿cómo? No lo sabía: quizás Chucha pudiera explicarlo; él estaba seguro de no recordar detalles.

¡Que amaba á su mamita con delirio, con pasión loca, lo veía ahora, ahora que se encontraba con fuerzas para luchar contra el mundo entero antes que consentir en per-

derla. Pero al que le hubiera dicho el día anterior que lo que por su protectora sentía era amor terrenal, le hubiese pegado.

Cuando Chucha se levantó, acababa de salir Manolín.

¡Qué sorpresa tan desagradable! ¡salir sin aguardarla! ¡ir á clase estando enfermo!

—¡Y que tiene una cara! dijo Carmela, parece que ha sufrido una enfermedad de veinte días.

Chucha pasó la mañana inpaciente; nunca le habían parecido tan largas las horas.

Menéndez estaba contentísimo: antes de ocho días sería Conde del Castañar.

Inmediatamente iba á proceder á encargar joyas para su mujer con la coronita consabida, papel, tarjetas, escaño para el recibimiento, arreos y mantas para los caballos, pintura de carruajes, etc., etc.

Ya estaban cumplidas sus aspiraciones sociales: sin la preocupación de quién heredaría su título, Menéndez hubiera sido completamente feliz.

A la hora del almuerzo, fué Menéndez el que sostuvo la conversación; estaba alegre, decidor . . . Chucha le contestaba con menos aspereza; hasta le dirigía la palabra, parecía desenojada . . . sólo Manolín estaba preocupado: comía poco . . . y no levantaba los párpados para mirar de frente á su protector.

El médico llegó en aquellos momentos.

—¿No lo dije? Ya está mejor el enfermo.

¡Ea! Venga ese pulso: haber esa cara . . . míreme Vd . . . cualquiera diría que ha cometido V.; algún pecadillo hoy por la mañana.

¿Hemos ido á clase? ¿De veras? ¿Pero á clase no más? Bueno, bueno, si no digo nada: no se alarme V. yo examino, observo y digo lo que me parece, y lo que me pare-

ce ahora, ahorita, es que V. no es V., quiero decir que V. no es el de anoche, y sino á las señales exteriores me remito, señor don Ricardo. Ayer rubicundez de semblante, excitación nerviosa, pupilas fosforescentes y dilatadas, piel seca y ardorosa . . .

Hoy, fisonomía lánguida, laxitud muscular, mirada tristona y amortiguada, epidermís blanda y fresquita . . .

Y todo en pocas horas; en las horas de clase precisamente. . . .

Manolín hubiera triturado al doctor de buena gana. Chucha le abrazase con efusión á serle permitido seguir los impulsos de su alma. Manolín estaba bien, Manolín se había salvado y á ella se debía indudablemente su salvación; su amor, su amor sus caricias obráran el milagro.

Menendez quiso hablar á solas con el doctor y se retiraron después de terminado el almuerzo. Chucha y Manolín quedaron en el comedor. Ella lo miraba fijamente, lo devoraba con los ojos, él no levantaba los párpados, ni se atrevía á cruzar su mirada con la de Chucha, pero allí la tenía, allí percibía su aliento, escuchaba su respiración, veía, sin mirar, cómo sus dedos nacarados jugueteaban con la cucharilla del café: la hubiera estrechado entre sus brazos, la besáse con delirio con transporte, pero no podía vencer aquella cortedad hija del remordimiento que le infundía el recuerdo de su protector. ¿Y ella? Ella había sido tan débil, tan criminal como él.

Debieron vencerse ambos, debieron luchar, luchar hasta morir por la honra del más bueno de los esposos y de los amigos.

¿Pero por qué no podía ya comparar á Chucha con su madre? ¿Por qué la miraba de otro modo? ¿por qué le abrasaba ahora su presencia que antes le producía goces plácidos y tranquilos? . . .

El jóven estaba á punto de levantarse: no podía soportar la intranquilidad.

—¡Manolín! dijo Chucha cansada de aquel silencio.

El jóven hirguió la cabeza como si por medio de un resorte se la hubiesen movido y miró á Chucha.

—¿Qué tienes? ¿Por qué no me miras? ¿Como es que te has marchado á clase sin verme?

—No creí que se levantase V. tan temprano.

—¿Porque me tratas con ese respeto? Estamos solos: ¿te acuerdas de lo que me decías anoche?

Manolín se estremeció: ¡que si lo recordaba! ¿Había podido acaso olvidarlo un solo momento?

—Dime que tienes, parece que te encuentras pesaroso de amarme y de saber que yo te adoro.

El estudiante no contestó.

—¿No me equivoco?

—Soy un infame: mi protector . . .

—¡Bien! hablaremos de eso luego; ésta tarde no salgo, espérame en tu cuarto. Chucha se puso de pié para abandonar el comedor á tiempo que entraba el médico á despedirse.

***

—Vaya mujer, vaya, que el caso *déjame* parado.

—Y á mí no me hace maldita la gracia. Salir ahora Chucha con un domingo siete, cuando ya estábamos convencidos de que sería Manolín el heredero, es cosa que me dá que pensar y Dios me lo perdone; pero la verdad es que Menéndez tiene la naturaleza muy atropellada; acuérdate de cuando fuimos á casarnos: ya no podía con la bula.

—El demonio me lleve, *codo*, si no sois las mujeres lo

más mal pensado del mundo: á mí que no se me ocurrían tales pensamientos, *hácesme* caer en malicia. Y mira, Lucía: Menéndez y yo somos de un tiempo, conque si crees que él no puede tener hijos ¿quieres decirme de quien es el tuyo?

—Anda al demonio: ¿qué tiene que ver lo uno con lo otro? ¿Puede compararse Ricardo contigo? Tú estás fuerte como un roble y más derecho que un pino . . .

¿Acaso no saltan á la vista ciertas cosas? Lo que te digo es que nosotros salimos perdiendo; cuanto tiene Ricardo debía ser para mi hermano, y por esa criatura que vá á venir quedan fallidas nuestras esperanzas. Menéndez se volverá loco y maldito sí para nada se acordará del otro infelíz. Le dará la carrera y dirá: anda con Dios, que ya tienes bastante.

—Después de todo, no le faltará razón, mujer.

—Que no le faltará razón, ¿eh? Ya lo creo, tú con tal de defender á tu amigo, todo lo encuentras bien hecho; no parece sino que mi hermano fuese del hospicio y que no te importase. Pues has de saber, que si mañana mi hermano tiene algo ha de ser para nosotros ántes que para nadie, que ni desagradecido ni menos ingrato lo parió su madre, y la casa de Suaces volverá á ser lo que fué aunque te rías dudándolo, porque Manolín tiene mucha ley á los bienes del Cueto y él no duerme pensando en honrar á nuestros antepasados.

¿Acaso crees que me conforme yo tampoco con que se queden así las cosas?

—Tú no tienes ya que ver con eso; estás en casa de Lanzas y maldito lo que te importa el palacio.

—¡Hombre, gracias! ¿Con que no me importa?

Pues sábete, que aunque me haya rebajado á ser la mujer de Antón Lanzas, soy y seré siempre Dª Lucía dél

Cueto y mi hijo, Lanzas y del Cueto será que no pienso hacer de él un gañan ni mucho ménos.

—Vaya mujer, vaya, no te sulfures, que ya sé que me trasjiste una cestada de honra cuando viniste para mi casa, en donde encontraste los jamones y las onzas de oro que se habían escapado de tu palacio hacía muchos años. No te pienses que me he olvidado yó de que soy hijo de labradores, pero ya sabes que para tener dinero, ser alcalde, hacer diputados y recibir cartas de condes y marqueses, no te he necesitado nunca.

—Bueno, pues, dejemos esto que á nada conduce; cuando así me casé contigo, es que así te quise, y si digo que me rebajé, es que bien sabes tú que si levantase mi padre la cabeza y te viese convertido en yerno suyo, volviérase á morir por no matarme.

—O por no darme las gracias.

—¡Anda borrico!

—¡Borrico, borrico! pero digo verdades.

Cualquiera puede suponer que semejantes desahogos eran acalorados y que Lucía del Cueto estaba pesarosa de su boda.

Lo que estaba la hermana de Manolín era hecha una matronaza, con la maternidad y la crianza que le sentaba mejor que á una nodriza del valle de Pas.

Y era que Lanzas la embutía gallinas y jamones hasta ponerla gorda y lustrosa que daba gusto verla, todo para que el muchachote se criase fuerte y robusto como un ternero bien cebado.

A raíz del matrimonio, no creyó Lucía tarea fácil la de reducir á Lanzas á nuevas costumbres, ni ménos á que soltase la bolsa para poner la casa en pié de señorío, pero la ¡da á Madrid, el equipo que Chucha regalára á su ahijada, cuyas camisas y chambras imponían al de monterilla res-

petos y consideraciones, hacían que Lanzas se creyese más persona viéndose unido á una mujer que gastaba lazos en la ropa interior y se ponía unas gorritas para dormir, que daba lástima arrugarlas contra la almohada.

El alcalde de Suaces había sido casado con una pobre mujer que, sobre ser aldeana y gozar de poca salud, era dejadota y no muy pulcra en la vida íntima; por eso aquel olor de agua florida con que Lucía lo había trastornado cuando furtivamente la visitaba en el palacio, fuera un poderoso auxiliar para reducir á Lanzas al matrimonio.

Antón no podía ocultarlo: reventaba de orgullo porque ya resultaba D. Antón para todo el mundo; la primera que imponía el don á su marido era la mujer que á toda costa se propusiera elevarlo, haciéndole comprender que él había nacido para otra cosa, porque tenía talento, y con tales zaumerios, soltaba Lanzas doblones, mohosos ya de tan añejos, para mantener el nuevo pié de su casa.

El nacimiento del hijo, al cual pusieron Jesús por nombre, acabó de enchochecer á Lanzas: aquél muchachote rollizo lo llenaba de orgullo como hombre y los vestiditos llenos de cintas y puntillas que su madrina les enviaba, constituían el embeleso del padre aldeano que contemplaba á su hijo emperifollado como no lo estaba ninguno en toda la comarca.

Se llevaba bien el matrimonio, eso era sabido, pero las reyertas sobre si tu eras pobre y tú un cualquier cosa, solían ser frecuentísimas, aunque acababan siempre con una docena de pellizcos retozados, que Lanzas daba á su mujer y tirándole ella con cualquier cacharro que á mano le viniese.

Sentados estaban tomando el sol en la huerta, cuando llegó el cartero con una carta y dos periódicos de la comunión política de Ricardo, los cuales por compromiso aceptaba Lanzas, pues que el diputado había suscrito volanti-

tos de recomendación, para que sus electores aumentasen la lista de paganos.

Era de Menéndez la carta y era precisamente su lectura la que dejára pasmados á los esposos.

¡Chuchita con síntomas de embarazo! El demonio andaba suelto por el mundo para mortificarlos.

Berreaba Ricardito cuando llegó el cartero y Lucía para mejor escuchar lo que su marido entre dientes leía, púsole en facha de taparle la boca con un botoncito rosado y húmedo que apareció por debajo de la toquilla de lana roja que para más abrigo llevaba amarrada á la cintura. Despues de arreglar al mamón y de cubrir de nuevo el hermoso y turgente seno que delataba una robusted envidiable, dispúsose á oir aquello que tan malísimo efecto había de hacerle.

—Jesus, hijo, no mames más que te voy á dar una mala teta según el coraje que tengo, dijo Lucía cuando Lanzas hubo acabado, despegando del pecho á su hijo que apenas comenzaba á saborear el jugo dulzaino y azulado.

Al muchachito no debió agradarle el despojo y comenzó á lloriquear acabando por pegar gritos de nuevo, mientras su padre y su madre cuidándose poco del vastago, mantenían la discusión que á causa del contenido de la carta promovieron.

Lanzas, á quien no gustaba que su hijo llorase, dijo por fin:

—Vamos mujer, dale de mamar, que la noticia no es para sofocarse tanto.

—Eso lo dices tú, pero no lo digo yó que estoy quemada por dentro y no quiero mandar á mi hijo al otro mundo con un torozón de barriga.

—Pues á Juana que le haga chocolate á ver si calla, que no ha de pagar el angelito tus incomodidades.

—Pues que se lo lleve.

¡Juaaana! ¡Juaaana!

Toma, llévate al *nenín* y dale chocolate.

La criada, que era la misma vieja del palacio de Suaces, cogió al muchacho llamándole querido de sus ojos, *nenín* del alma y otras ternezas, con lo cual dió el muchacho tregua á los lloros y quedaron Lucía y Anton dispuestos á machacar sobre aquel embarazo, que si á Lanzas no le llenaba de alegría: tampoco le sentaba tan mal como á su mujer le había sentado.

Lanzas sabía que Menendez era agarrado y no pensaba que le diese más metálico que el que desde la Habana le había mandado. La protección oficial para hacer alcaldadas, había de tenerla siempre: conque lo demás importábale un bledo. ¡Acaso era él tonto y no veía claro que Ricardo quería demasiado á su muger para dividir la fortuna con nadie!

—*Háceste* ilusiones Lucía, dijo Lanzas á su mujer, y tomas un berrinche por lo que no te había de tocar; sobre todo muger, que todavía no lo dice claro.

—Lee otra vez la carta; con los lloros del niño no pude entenderla bien.

»Madrid, Marzo 14 de 188 . .

»Mi querido Antón:

»Sin ninguna tuya á qué contestar, tomo la pluma para decirte que ya está arreglado el asunto del gobernador; trabajo costó trasladarlo, porque, á la verdad, habianlo amarrado bien los *otros*, pero yo le dije á Pidal lo que venía al caso, y tomó el traslado con empeño.

»Ya debes comprender que no le hablé del verdadero motivo, ni le dije palabra de tí; el pretexto de la Diputación ha sido bueno, y el ministro comprendió que no podía seguir ahí un gobernador que había puesto la proa á la corporación provincial. Puedes estar tranquilo, que por

telégrafo se le ha comunicado, y quizás cuando recibas esta ya no esté en Oviedo. Mientras dura la interinidad, vete á la capital, presenta las cuentas del Ayuntamiento y arréglalo todo, pues no sabemos con qué antífona puede salirnos el que está acordado para sustituirlo.

»Dicen que tiene buena voluntad para torenistas y pidalinos, pero como por la fuerza de las circunstancias ha de inclinarse á uno de los dos lados, que nos coja prevenidos si nos resulta como el anterior. No te descuides: otro traslado daría mucho que hablar, y no tendríamos á qué achacarlo para que el ministro lo tragase.

»Yo no se si podré daros con certeza una noticia, que como debeis suponer, me tiene contentísimo. Chucha anda medio malucha, y parece que Dios ha oido mis votos ferventísimos. Está desmejorada, sufre vahidos frecuentes con sudores frios, y aborrece la carne; no come sino verduras y ostras; tiene unas ojeras, la pobre, que parece una desenterrada, y el médico dice que si no es el principio de una enfermedad que traiga malos resultados, es un embarazo seguro,

»A mí me parece tan grande la felicidad, que apenas á la esperanza me atrevo á dar oidos. Por aquí dicen que á la condesita le ha sentado mal el título; la verdad es que desde la noche que dimos el baile, y sufrió el desmayo aquel por efecto de la sofocación y del corsé y del calor que hacía con tantas luces, no ha vuelto á tener un dia bueno. Si no se alivia prepararémos el viaje en la hora menos pensada; tengo esperanza de que en el Castañar se ponga buena, si no es embarazo, y sea menos malo, si Dios quiere que resulte.

»Tenedme, pues, todo arreglado, por si recibís un parte cuando menos lo esperéis.

»Manolín, bueno; siempre tan estudioso: con la enferme-

dad de Chucha, también él sufre como yo sufro; porque la verdad es que han desaparecido en esta casa las alegrías que nos han acompañado hasta hace dos meses.

»Podeis contar siempre con que os quiere vuestro amigo, y dadle un beso al niño de parte de su padrino

Ricardo.»

Menéndez no había firmado el «Conde del Castañar,» por miedo de que lo tachasen de mentecato sus antiguos amigos, pero la verdad era que el hombre no se apeaba el título ni para trasladarse desde la cama al despacho. Bastaba don Prudencio para *condearlo* á cada triquitraque.

Cada dia iba haciéndose el ex-magistrado más necesario en casa de Ricardo. Entendía éste muy poco de prescripciones etiqueteras, y su mujer no daba importancia á la nueva posición. Ella que había oido llamar á su padre conde y á su madre condesa, no estaba, como su marido, igual que chico de pueblo con zapatos nuevos.

Don Prudencio fué el encargado de habérselas con el *Rey de Armas*, para buscar las del nuevo condado; él quien ordenó la pintura del escudo en las portezuelas de los carruajes, la talla de las maderas para el respaldo de la sillerías, coronación de camas, copetes de aparadores y roperos, y quien encargó los correspondientes botones para las libreas de cochero y lacayo.

También el papel y las targetas corriera á cargo de García, que era un amigo verdadero y muy al tanto de los puntos que deben tener las coronas ducales, condales y *marquesales*, que dijera Menéndez, aplicando, con el mayor desenfado, la terminación á todos los títulos.

Al del Castañar le mortificaba que su mujer no hiciese »avientos nobiliarios: tomar una corona con indiferen-

cia y prohibir á los antiguos amigos que la llamasen condesa, eran para Ricardo alardes de una sencilléz que no se avenía con sus procederes y aficiones, pero Chucha solía hacerse la desentendida cuando su marido le insinuaba algo, asegurando que temía al ridículo más que á ninguna otra cosa.

Las relaciones en el matrimonio seguían tirantes por parte de la esposa, que, á juicio del marido, no le perdonaba la palabrería de aquella noche memorable, y como á partir de entonces ya comenzaron los desmayos y el desgano de Chucha, encontró ella motivo para separar habitaciones cuando por ensanche social, á causa del título, fué necesario mudarse á casa que tuviese más apariencia y doble comodidad.

Menéndez, haciéndose cargo de las circunstancias, aceptó de grado la separación, pues bien se le alcanzaba que un matrimonio coronado debe sacrificar las aficiones íntimas á las conveniencias aristocráticas. La cama de matrimonio y el lavatorio comun se pegan de bofetadas con los usías y las excelencias.

***

Manolín era el que atravesaba una crisis moral espantosa. La pasión por su protectora había estallado violenta, impetuosa, insaciable; y los remordimientos, los gritos de una conciencia escrupulosa, le atronaban el sentimiento siempre que la naturaleza, aletargada por spasmos frenéticos de neurósis erótica, caía rendida por el hastío inevitable que la saciedad produce.

¿Era él, era Manolín, aquel joven inocente y agradecido quien escarnecía al hombre generoso que lo había sacado de la fría miseria de su derruido palacio? Sí, él; ¿qué

pudiese atreverse sin que el estudiante le hiciese polvo entre sus dedos?

Amaba á Chucha con pasión delirante; ya no veía retratada á su madre en las pupilas de la madrecita. Aquellos ojos que con su mirar lo extremecían eran los de la mujer amante, los de la criatura de fuego que consumiéndolo se consumía al propio tiempo.

Manolín no tenía celos de Menéndez; lo quería tanto, que le mortificaban las contestaciones desabridas de la esposa, y el despego con que lo trataba. Si algo empañaba el cielo de aquellos amores, eran las súplicas del joven para que Chucha volviese á ser amable con su marido.

—No me amas como yo te amo, le decía ella, cuando tal sacrificio pretendes que yo haga.

Y entonces Manolín estrechaba á su ídolo con frenesí, hasta que Chucha decia: me haces daño; suéltame.

—¡Daño! ¡qué bruto! Hacerte yo daño, cuando el dolor más leve de los que tu sufres es para mí tortura del infierno.

Y asi continuaba siempre la conversación, cuando entre los besos y las caricias se introducia el recuerdo del esposo engañado.

Las molestias físicas de Chucha eran el pretexto más lógico para encerrarse de noche en sus habitaciones y para negarse á recibir al que á entrar tenia derecho. En un principio no quiso que la viese el médico, y cuando Manolín le rogó que accediese al reconocimiento, contestó:

—El no acertará. ¡Dime tú lo que tengo!

—¡Amor, Chucha de mi alma! amor inmenso, pasión celestial, ilusiones divinas.

—Pues recétame caricias, muchas caricias, muchos be-
. . y después aplícame tú los medicamentos.
Monina! ¡cielo mio!
Hermoso! mi monín adorado.

Pero no hubo más remedio; el doctor vió á Chucha; Menéndez no se conformaba con la vida de conde. Separado de su mujer por la imposición de la moda y, además, impedido de penetrar en sus habitaciones á causa de aquella enfermedad que no sabía lo que ser pudiera, eran cosas que le mortificaban demasiado para aceptarlas de grado.

El doctor reconoció á Chucha por pecho y espalda. La demacración, los frecuentes sudores frios, la debilidad y los pómulos salientes, eran síntomas precursores de una tisis que muy bien pudiera presentarse cuando menos lo pensasen, pero las redondeces y la turgencia, un tanto pronunciada, que había creido observar al auscultarla el pecho, y aquellas ojeritas azuladas que daban á la pupila una languidéz interesante, podían anunciar algo que no dejaba de ser extraño, dados los nueve años que llevaba Chucha de matrimonio con un hombre que podia ser su padre. El doctor, para el cual ciertos misterios no existían, se abstuvo de emitir opinión delante de Chucha.

—No era nada, según dijo, un poco de debilidad que se curaba con tónicos y pasó al despacho de Menendez invitado por éste á escribir la prescripción más cómodamente, y á fumar una brevita de la Vuelta Abajo.

—¿Es algo grave querido doctor? dígame V. la verdad: yo la encuentro peor cada día. . . .

—Amigo mío, sería aventurado formar hoy opinión: para madurar el juicio necesito hacer á V. algunas preguntas.

—Usted dirá.

—Por supuesto que no habrá dejado V. de . . observar si su señora se encuentra más molesta de un lado que de otro cuando está en cama . .

—Le diré á V.— y á Menendez se le hizo un nudo en garganta—desde que nos hemos mudado á esta casa .

mo ya mi mujer venia medio mala, hemos separado las camas . .

El doctor soltó una bocanada de humo, y puso una pierna sobre la otra arrellenándose mejor en la butaca.

También Menendez dió una chupada á la breva haciendo tiempo para que le preguntase otra cosa antes de seguir hablando.

Advirtiendo el médico las perplejidades de su cliente, cuyo amor propio conocía, dijo después de un rato de aguardar á que Menéndez tragase el humo y lo devolviese por las fosas nasales: de modo que desde los primeros síntomas del malestar, ha guardado V. á la condesita las consideraciones debidas . . .

—¡Oh! Si señor.

—Está bien; está bien: Sin embargo, el que V. no haga uso de sus derechos naturales, no impide que le haya oído decir si le molesta acostarse sobre el lado izquierdo por ejemplo.

Estas preguntas he debido hacérselas á ella, bien se me alcanza, pero el paciente contesta á veces influído por las preguntas del médico y exagera ó se equivoca sin intención de equivocarse ni de exagerar.

—Tiene V. razón . . . pero yo . . . no sé á punto fijo . . . . se encuentra en un estado nervioso tan exaltado que ha cogido la manía de encerrarse todas las noches: le digo á V., doctor, que mi muger no es mi mujer, la enfermedad me la ha vuelto del revés: huye de todo el mundo, no quiere ir á ninguna parte, apenas recibe . . ya ve V.; ahora que podría lucir doblemente.

—Manías de una enfermita mimada.

—Pero V. cree que . . .

—Yo, querido Conde, Menendez se puso esponjoso al que su médico le daba el título, creo que tenemos dos

puntos de vista; ó la condesa principia una grave enfermedad, ó no pasa de ser otra sencillísima que se cura á plazo fijo: á los nueve meses, por ejemplo.

—¡Doctor, querido doctor! cree V. que . . . ¿está V. seguro? . . .

—¡Seguro! seguro ni de lo uno ni de lo otro, pero en fin, esperanzas puedo dárselas á V.

Menéndez se levantó arrojando el tabaco, sin mirar en donde caía, y abrazó al doctor con efusión. ¡Doctor de mi alma, doctor . . . . .

—Veremos, veremos, ello dirá . . . . . .

—No deje V. de venír un solo día ¿eh? . . .

Y diga V., si es embarazo, ¿de cuanto tiempo cree que . . . . . .

—Poco, poco.

—¿Poco?

Unos tres meses ó dos y medio . . . ó dos.

—¡Ah! Sí sí, eso es; eso es. Conque vendrá V. diariamente á verla ¿verdad?

Adios adios querido doctor . . . . .

Apenas había salido el médico faltó tiempo á Menéndez para correr al lado de su mujer.

—¡Chuchita, Chuchita de mi alma! sabes lo que ha dicho el médico.

La expresión de alegría que rebosaba por los ojos del Conde del Castañar alarmó á su esposa. Un pensamiento pasó como el rayo por su cerebro y se puso de pié alarmada.

—¿Qué ha dicho?

—No te asustes hijita, no te asustes por Díos; sobre todo tranquilízate; mira que puede serte fatal un susto.

—¿Pero acabarás?

—Sí hija sí, siéntate, siéntate chinita linda.

Chucha no pudo evitar un gesto de contrariedad:

palabras dulces en boca de su marido la mortificaban más de lo que la hubieran mortificado los insultos.

—Te ruego que me digas pronto lo que te ha dicho el doctor.

Y Chucha volvio á sentarse revelando impaciencia.

—Pues ha dicho . . ha dicho, que podías tener una enfermedad que á los nueve meses se cura.

Chucha lanzó un grito y se tapó la cara con las manos: ella jamás había pensado que pudiese suceder. ¡Tantas veces como se había oído llamar estéril embozadamente! . . aquel mismo exabrupto de su marido que diera origen según ella á lo que después había ocurrido. Y ahora . . . ahora . . . ¡Jesús! ¡Jesús! ¿Qué diria Manolín? ¿qué pensaría?

¿Y su marido? ¿Pero aquel hombre estaría conforme en tales circunstancias?

—Eso es: lo de todas las primerizas, dijo Menéndez atrayendo hácia sí la cabeza de su esposa y procurando apartarle las manos de la cara. Tontina ¿por qué te avergüenzas? por el contrario, debes estar orgullosa: ya no habrá aquello de si tiene uno la culpa si la tiene el otro, ni te dirán lo que la generala decía la otra noche del arbol sin fruto . . . ¡Cuando lo sepa don Prudencio! Ahora mismo voy á ver si ha venido Manolín para . . .

—No; no por Dios, dijo Chucha reteniendo á su marido y descubriendo el rostro demudado y pálido.

—¿Por qué?

—Porque puede resultar mentira y entonces correríamos el ridículo que otros corren por impacientes. El doctor puede equivocarse. Si quieres complacerme no digas una palabra á nadie hasta que no estemos plenamente seguros.

—Pero hija. . . . .

—Si se divulga tendré un disgusto grandísimo.

A Menéndez le contrariaba la terquedad de su mujer: satisfaciendo sus deseos, hasta por medio de la correspondencia lo hubiera hecho saber al público aquella noche; pero tenía que obedecer porque no quería dar á su mujer el más mínimo disgusto.

Don Prudencio fué á comer como casi todos los días. Por las bromitas, por las reticencias embozadas, por los guiños de inteligencia que de vez en cuando cruzaba con el Conde, adivinó Chucha que este había hablado del embarazo al ex-magistrado. ¡Qué desprecio le inspiró su marido en aquel momento!

***

La enfermedad seguía su curso natural y la gestación se presentaba fatalísima.

A Menéndez le tenían loco de alegría las vascas, los desganos, la demacración, lo que le contrariaba muchísimo era que se empeñase Chucha en callar y exigiese al doctor absoluto silencio.

—¡Pero hija si esto no se ha de poder ocultar mucho tiempo!

—Bien; pues mientras se pueda. Y seguía disimulando como si te temiese á la deshonra ó creyese que Manolín había de quererla ménos.

Pudiera ocurrirse al estudiante de medicina que la enfermedad tuviese orígen natural, pero ni una palabra ni una insinuación había llegado á sus oídos. Chucha le decía que el médico no le encontraba otra cosa que una gran debilidad, y el médico era un sabio.

Por otra parte, Manolín estaba tan enamorado, tan ciego y de tal manera ocupaban su mente las caricias de Chucha que no pensaba en nada, en nada que no fuese oirla, acariciarla y tenerla sobre sus rodillas . . . En el delirio de

pasión se creía delicado y enfermo como ella. También aborrecía la carne, también prefería las legumbres y las ostras y el poder de la imaginación enferma le llevaba á sentir naueas y volteos de estómago y sudores fríos y vahídos y cuanto á Chucha mortificaba.

Con efecto; estaba más delgado, más pálido y casi siempre ojeroso; unido esto á la similitud de gustos, suponía el joven enfermedad de amor y dolencia de pasión exaltada la que tanto á Chucha como á él les consumía.

Llegó el més de Abril y Menéndez habló á Chucha de trasladarse al Castañar. Ella no hubiera aceptado, pero pronto su estado dejaría de ser un secreto y se moría de vergüenza: parecía que todo el mundo había de adivinar lo que pasaba y habían de dar bromas á su marido; más que nadie don Prudencio, al cual consideraba capáz de abrir los ojos al esposo inocente . . . ¡Oh! Sí, sí, huir de Madrid, refugiarse en la aldea: allí no temería á nadie: allí ¿quién había de hablar? ¿quién había de presumir? La que rían todos, la respetaban . . . .

Aceptó desde luego y preparó el viaje.

Pero Manolín tenía que quedarse hasta Junio; no había pensado en esta contrariedad: más una vez dicho, no tenía remedio. Menéndez aferrado ya al Castañar en donde se le presentaban nuevos horizontes y donde quería que naciese su hijo, no hubiera cedido sin una terca oposición de su mujer y ésta no quería hacerla.

Iba á estrenarse de conde entre los aldeanos que se lo llamarían por activa y pasiva; también llevaba su carácter de padre de la patria y, sobre todas estas cosas, quizás allí consintiese Chucha en volver á la comunidad de habitaciones. Pero Chucha escribió á Lucía dándole órdenes y mandó por adelantado muebles para que las cosas continuasen como estaban.

La noche antes de salir de Madrid la dedicó Menéndez á visitas de despedida y Chucha no pudo eximirse de recibirlas.

Acudieron la generala Puig con sus hijas, su parienta la marquesa de Villayón, dos diputadas, de la clase de subsecretarías cúrsis, con sus respetivos esposos y subsecretarios, una marquesa asturiana que no entraba en la moda del té, y tomaba su *chocolatín* por tarde y noche, y un miembro de la diputación ovetense que presumía de buen mozo y resultaba un tagarote empaquetado en levita de paño fino.

La velada se pasó bastante aburrida. D. Prudencio pinchando á la generala, porque la consabida capitanía general ultramarina no parecia: la de Villayón enjaretando al tagarote con una de las chiquillas anémicas de la Puig y discutiendo con los subsecretarios, sobre tal ó cual acontecimiento parlamentario; las subsecretarias despellejando á las ministras del ramo por su orgullo y sus tacañerías, y la marquesa asturiana envidiando á Chucha que iba á tomar huevos fresquitos, acabados de poner: *hijina* ¡y qué leche! ¡y qué manteca! Allá el *chocolatín* sabía á algo y los bizcochos á yema y la mantequilla á nata . . . Jesús y quien le diera irse tan pronto . . pero mientras hiciese frío . .

Chucha contestaba maquinalmente á la marquesa ráncia tan apegada á las tradiciones de sus haciendas asturianas, sin oirla casi por que Manolín no estaba en el salón y temía que entrase de repente . . . Estaba allí Pepa, la hija de la generala, aquella sosa de pelo azafranado que, según confesión de su propia madre, andaba muerta de amores por Cueto, y Chucha gozaba con la impaciencia de la muchacha que volvía la cabeza en cuanto sentía algún ruidito. Ya no se había podido contener y se decidiera á pre[illegible]tar por él.

—Debe estar estudiando, respondió Chucha haciéndose la indiferente.

—Ya se me olvidaba Chuchita, dijo la generala dejando á D. Prudencio con la palabra en la boca, encargue á Manolín que no deje de visitarnos, que nos acompañe á comer algunos dias y que si algo se le ocurre ya sabe que puedo hacer las veces de V. con muchísimo gusto.

—¡Generala! ¡generala! dijo D. Prudencio sarcásticamente, lo cual hizo que Chucha se pusiese roja y luego blanca.

—¡Qué! ¿He dicho alguna cosa del otro jueves?

—No señora, pero V. tiene bastantes hijos y Manolín no estaría tan cuidado como lo está siendo único.

D. Prudencio dijo esto con retintín y en un tono que paralizó la sangre de Chucha. ¡Oh! aquel hombre era un infame; presumía algo y no le importaría nada llamar la atención de Menéndez el día que se cansase de callar.

Dieron las once y se retiraron los tertulios de la condesa, haciéndose cargo de que la víspera de un viaje deben las personas retirarse temprano.

Todos hicieron votos porque la enferma se pusiese completamente bien en sus posesiones de Asturias y se despidieron, ofreciendo bajar á la estación.

—Al despedirse, dijo la generala en el oído de Chucha:

—Si no fuera porque lleva V. muchos años de casada y Menéndez el pobre ya . . . ¡valganos Dios! diría que la enfermedad de V. no es de cuidado.

—¡Quiá! generala, replicó Chucha poniéndose como la grana.

—Nó, si ya le digo á V. que la cosa es difícil . . . . Pero, en fin, ¡ojalá no fuese más que eso!

Cuando la señora de Menéndez quedó sóla, respiró.

Felizmente se marchaba, y se vería libre de bromas y de murmuraciones.

Preguntó á Carmela por Manolín y supo que estaba en sus habitaciones. El estudiante ocupaba tres muy lindas, desde que los Condes habian alquilado la nueva casa, y estaba instalado como á un jóven elegante conviene.

Chucha se hizo desnudar, se puso una bata floja de cachemir gris perla bordada con felpillas azules y ordenó á la mulata que se retirase: al señor conde le diría su ayuda de cámara que la señora ya estaba acostada.

Eran las doce cuando sintió Chucha que se paraba el carruaje á la puerta: oyó el ruido que se produce en una casa al entrar el amo, mucho más si el amo es un conde, y esperó una hora larga á que reinase completo silencio en las habitaciones princípales.

Hacía unos minutos que se paseaba impaciente, con desasosiego, saltándole el corazón hasta querer subírsele á la garganta, y hormigueándole la piel como si los miembros se le hubiesen dormido. Entró en el tocador y se paró delante de un armario de tres cuerpos, mirándose detenidamente en la luna del centro.

Alumbraba la habitación un globo de cristal azul celeste, pendiente del techo, cuya luz suave, reflejando en el espejo la figura de Chucha, idealizábala con la poética dulzura de las enfermedades neuróticas.

—¡Qué cambiada estoy! se dijo.

Recordó sus mejillas redondas y tersas: su expresión de niña inmaculada, su cuerpo gentíl y cimbreador, su busto erguido y su carencia absoluta de sensaciones violentas.....

No era, no era la misma. Aquella cara larga, aquella piel que podía pellizcarse sin estorbo de la carne, aquel cuerpo un tanto inclinado, con los hombros desmadejados y los brazos caidos, y aquellos ojos brillantes, aunque

fuego, muy abiertos, como si los dilatase el espanto y, sobre todo, la máquina incesante que movía las sensaciones eróticas que la carbonizaban el alma, hacían que Chucha se desconociese á sí misma.

Las pasiones, tanto tiempo dormidas, al despertar imponentes tras largo desperezamiento, consumían la vida de la mujer, y sepultaban las sensaciones sublimes de la madre. Ni un recuerdo para el sér cuya formación tantas molestias le proporcionaba; ni un pensamiento tierno para el embrión que, cuando llegase á ser realidad hermosa, debía proporcionarla los más puros goces de la tierra.

El amor frenético de Manolín, sus caricias de fuego, su pasión incomensurable, y la vergüenza que su estado le producía, ocupaban por entero el corazón y el cerebro de Chucha.

La mujer cruzaba el período de crísis que traza los caminos para lo sucesivo; la madre no se daba cuenta de la grandiosidad de su ministerio.

El feto, aún no había dado señales de vida.

Abrió Chucha el primer cuerpo del armario; introdujo el brazo hasta el último rincón de la derecha, y sacó una linterna sorda, pequeña, cuya velita encendió, después de limpiar el cristal ligeramente.

Cualquiera creería que Chucha no tenía prisa, cuando el corazón se la daba extraordinaria latiendo con apresuramiento.

Una vez encendida la linterna, salió del tocador por la puerta de escape; cerró, quitando la llave, que guardó en un bolsillo de la bata, y enfocando la luz al pasillo, siguió éste adelante, torció á la izquierda, y cruzó muy de prisa una galería de cristales, al final de la cual, y en otro pasi-
, había una puerta; levantó con cuidado el pestillo, y
ró cerrando por dentro con un cerrojito dorado. Apa-

gó la linterna, que dejó sobre una mesa de escritorio, y pasó á la habitación contígua. Era un dormitorio alumbrado apenas por la lámpara del tocador, con el cual el dormitorio comunicaba.

No se sentía ruido alguno, y Chucha llegó al tocador, creyendo que podía encontrar allí á Manolín.

Allí estaba, con efecto, recostado, con la cabeza sumida entre sus brazos, y la frente apoyada en uno del sofá.

Chucha, al verle en aquella postura, comprendió que la separación abrumaba al joven. Ella también sufria, pero su dolor no revestía carácter intenso ni reconcentrado: estaba nerviosa, malhumorada, enojadísima con todo el mundo: no era pena ni eran amarguras las que sentía, era desasosiego, eran comezones internas que la roían el alma y la soliviantaban la sangre.

Manolín callaba, Manolín sufría en silencio, Manolín vertía lágrimas silenciosas como aquellas que recordaba haber visto resbalarse despacio por las descarnadas mejillas de su madre moribunda.

La esposa de Menéndez se acercó; el imperceptible ruido de sus pasos ahogábase en la gruesa alfombra, y pudo llegar al lado de su amante sin que éste la sintiese.

—¡Monín! dijo Chucha inclinándose para besar aquella hermosa cabeza que tanto había celebrado en otro tiempo el *peluquero* de Suaces.

—¡Mi vida! respondió Manolín poniéndose de pie y estrechando á Chucha contra su corazón.

¡Qué triste fué la despedida por parte de él, y qué desesperada por parte de ella!

Jamás dos almas pusieron así de manifiesto sus distintas sensaciones: la reconcentración del dolor en una, la explosión del despecho en la otra. Ambos sufrían; ¡pero cuán distinto modo!

Chucha era la hembra en celo cuyos síntomas de maternidad no aplacaban la furia de una pasión por tanto tiempo escondida en los últimos repliegues de su sér fisiológico; Manolín, el amante generoso, esclavo de un amor que casi con la pubertad había nacido, y con el último soplo de virilidad debia morir.

Chucha no pensaba que pudiese ser más dichosa si Manolín fuese su marido, Manolín sufría torturas horribles pensando que Chucha no le pertenecía ante Dios y los hombres, y sufria doblemente porque el engañado era el protector generoso, á quien más que á su propio padre debía.

Para la condesita no había respetos ni remordimientos: encontraba natural y lógico lo que pasaba; ella no había premeditado nada; viniera todo por sus pasos contados, cayera por su propio peso, y si temblaba que Menéndez llegase á saberlo no era porque temiese á un escándalo en el cual no pensaba: tenía miedo á que la separasen de Manolín; eso era todo.

Cuando á las tres de la mañana desandaba Chucha, alumbrada también por la linternita, el camino que á las habitaciones del jóven la condujéra, pensaba en que no había tenido valor para hablar á Manolín de su estado: Si lo sabe, decía, dejará de ser el amante frenético y el hombre apasionado para convertirse en el macho, cuidadoso del vientre de la hembra.

Ni el marido ni el padre podían satisfacer la mente exaltada de la condesa del Castañar, diferente en un todo de las sencillas ilusiones de Chuchita Carrasco y apartada completamente de las tranquilas bondades de la señora de Menéndez.

Qué largos le parecerían los dos meses escasos que tardía Manolín en examinarse!

***

Hacía quince días que los condes del Castañar llegáran á la posesión que daba nombre al conde. Ya no habían ido á Navia en diligencia alquilada, sino en carruaje propio, llevando tras de sí un coche de la línea con servidumbre y equipajes. Los vecinos de Suaces y las gentes de la comarca no habían visto cosa semejante. ¡Qué lujo! ¡Qué tren! La llegada de Cuba no había sido nada comparada con aquello, pero el caso era que el conde resultaba Ricardo y Ricardín para todo el mundo; solamente la señora era condesa para los aldeanos. A esta no le escatimaban el título, por el contrario, se lo daban con la boca llena, pero ¿á él? á él no le apeaba nadie el antiguo diminutivo cuando no podía oirlo el interesado.

Lanzas no dejaba á su amigo á sol ni á sombra y Lucía estaba siempre en el Castañar con su hijo colgado del pecho y metiéndolo por los ojos á sus padrinos. Pero la verdad era que ella no quería á Chucha como la había querido: ó el embarazo la pusiera empalagosa ó la corona de condesa le subiera el orgullo: algo pasaba, no había duda. Tampoco Chucha la quería como ántes, ni la trataba con la misma franqueza, ni hacía caricias á su ahijado, cosa que al matrimonio Lanzas ponía muy malas tripas.

Cuando Chucha comprendió que todo el mundo estaba ya enterado de su embarazo, dirijió á Menéndez la más furiosa de sus miradas. El que primero le dió la enhorabuena fué Pachín.

—Vaya doña Chuchita . . . señora condesa, mas vale tarde que nunca, tenía que suceder; al fin y al cabo V. es jóven y don Ricardo no podía desmentir sus antecedentes.

Menéndez le hubiera acogotado de buena gana, y Lanzas le dijo:

—Calla *rocín* que tú cuando ensillas no *acabalgas*.

La que se bañó en agua de rosas fué Lucía. Si en aquel guisado había gato, á rejalgar le sabría á Chucha y si nó, ya quedaba planteada la sospecha por donde se pudiese ir á fondo escudriñando, hasta saber Chucha que su hermano era hijo de Ricardo. Lucía estaba encariñada con la idea de que la fortuna de Menéndez se partiese entre Manolín y lo que viniese: tan hijo era el uno como el otro y el otro estaba en duda para ella; aquel bocado era demasiado grande para que pudiese tragarlo la mujer de Lanzas.

Llegó esta á comprender que los llantos de su hijo molestaban en el Castañar y fué acortando sus visitas sin que Chucha la retuviese cuando decía que se marchaba, ni la preguntase por qué no había ido si pasaban dos días sin que aportase por allí.

Toda la sangre aristocrática y altiva de los Cuetos se amontonaba en la cabeza de Lucía cuando su marido pretendía disculpar á Chucha diciendo que las majaderías del embarazo tenían la culpa de su irascibilidad.

Lanzas se oía entonces llamar mal padre porque no le hacían mella los desaires que la madrina hacía á su hijo.

—¡Qué más quisiera ella que tener uno tan hermoso como éste! ¡Valiente escuerzo saldrá! ya está de cuatro meses y todavía tiene la barriga pegada á la espalda. Cuando yo estaba de su tiempo no cabía por esta puerta. ¡Ha de pasar más envidias cuando vea á su crio junto á mi hijo! Por supuesto que yo no caigo de mi burro; Ricardo no es el herrero que remachó ese clavo, lo juraría. Si parece que lo odia; y mira que al padre de sus hijos no puede odiarle inguna mujer.

—Eso es decir que me quieres Luciita.

—Es claro que te quiero ¿pero si no fuese lo que fué hubiera yo consentido en casarme contigo?

—¿Entónces cómo consentiste lo otro, mujer?

—¡Bah! Tentaciones del demonio.

—Anda que cada dia te pones más guapetona y das más denteras por ahí . . . El domonio me lleve si tal cosa me ha sucedido nunca: el querer que te tengo es por demás.

Y Antón pegó un refregón á su mujer que le devolvió un moquete soberano diciéndole:

—¡Anda allá, sinvergüenza, borrico! ¿Te figuras que soy una vaca?

***

El estudiante había sacado, como todos los años, notas de sobresaliente. En el mismo telegráma que dió cuenta de su triunfo anunció su salida.

Las perplejidades de Luciia fueron grandes. Llevaría al hermano para su casa? ¿Querrían Ricardo y Chucha que fuese á vivir al Castañar?

Si lo insinuaba Menéndez, no se opondría porque se figuraba dar á Chucha en la cabeza con esto y porque quería que Menéndez le viese constantemente á su lado, pero también hubiera deseado llevarlo á su casa y lo llevaría si los otros no hacían hincapié: Más tanto Menéndez como Chucha no cedieron en este punto, y creyeron observar Lanzas y su mujer que la condesa había estado como en aquella temporada no la habian visto de alegre y comunicativa; hasta se había corrido á coger en brazos á Jesusín, cosa que Menéndez no había consentido porque era esclavo de la paternidad y empalagaba á su esposa con exajeradísimc cuidados.

—Imbécil, dijo Lucía á su marido; cuidar tanto los hijos de otro.

—¡Vamos, mujer, no seas mal pensada!

—Pues nadie me lo quita de la cabeza; yo veo mucho ¿sabes? lo primero que veo es que Chucha no quiere á Ricardo como lo quería. Ya comprendes que esto dá que pensar, siendo ella primeriza y teniendo ahora lo que ha deseado tanto.

Menéndez estaba contentísimo desde que recibiera el parte de Manolín: la verdad era que lo echaba muchísimo de menos y no se hacía sin él. Las comidas eran tristes y las noches más: con el mal humor y el estado de su mujer quedaba reducido á Lanzas y á Pachín perpetuos. Hasta D. Anselmo iba menos por allí y eso que con él era con quien más amable estaba la señora condesa; pero la verdad, el título le imponía un poco.—Despues que venga el muchacho iré más á menudo, decía el viejo sacerdote.

Pachín no cabía en sí de orgullo. La condesita, como le llamaba siempre llenándose la boca, lo distinguía mucho y se cojía de su brazo algunas veces: tantas lo había hecho que ya se atrevía él á ofrecérselo en todos los momentos.

La llegada de Manolín fué un acontecimiento. En Navia lo esperaban el conde, Lanzas, Pachín y algunos vecinos que más por curiosidad que por otra cosa, deseaban ver cuanto antes al estudiante.

—¡*Codo!* como se parece ahora á Vd. D. Ricardo, dijo Pachín al verle por la ventanilla de la berlina.

Menéndez se puso encarnado de orgullo, aunque no le hizo mucha gracia la franqueza del torenista majadero, que siempre lo mortificaba con sus impertinencias.

Manolín estrechó con efusión á su protector que le pagó con dos sonores besos, de cariño no mentido: á Lanzas lo

abrazó friamente su cuñado, más friamente que á Pachín.

Este quedó vizco al ver á Manolín. Ya no se llevarían la palma sus trajes, ni sería el gurín del concejo: el estudiante llevaba un terno de viaje elegantísimo y parecía un duque por su porte.

—Anda, muchacho, que vas á dar golpe ¡quien te ha visto y quien te vé!

¡Pues no digo nada! estás desconocido, *codo*. *Deste*— género que tu gastas, quiso hacerme mi sastre un traje el año pasado, pero no me gustó en la pieza. Vaya hombre, cuanto me alegro que prosperes: es muy bueno tener el padre alcalde *¡codo!*

Manolín se puso rojo de verguenza: hablarle de cambios á él que había nacido señor y noble, solo porque había un lago de pobreza en su existencia, suponerle advenedizo en la nueva posición y hablarle con aquel tonillo, era demasiada imprudencia y sobrada falta de consideración.

Menéndez frunció el ceño disgustado por las inconveniencias del bachiller y Lanzas no pudo callar.

—Pero que mentecato eres *¡codo!* Con que no quisiste un traje . . . Vamos *hom* que sobre *rocín* eres vanidoso y embustero como todos los vanidosos. Ni tu has visto en tu vida ese género, ni conoces á quien pueda gastarlo más que á mi cuñado, ni el sastre tuyo sabe por donde se cosen estas telas.

Manolín agradeció á Lanzas con una sonrisa la rociada con que aplastó á Pachín y éste, más corrido que una mona vieja, comenzó á reir forzadamente, poniéndose morado de los esfuerzos que hacía para que saliesen las carcajadas.

Montaron á caballo y salieron á trote largo. Los caballos de Menéndez, Lanzas y Manolín eran de raza y se bían el camino dejando muy atrás al burro gallego de Pchín, aquél que sabía hacer elecciones y volcar puchero

pero que no sabía sacarle de Sancho en la ocasión presente.

Los comentarios que se hacían en la villa, sobre la llegada de Manolín del Cueto, eran extraordinarios. Las mujeres lo encontraban el mejor mozo de la provincia; los hombres lo celebraban con envidia y no discrepaban en un punto respecto al extraordinario parecido con Menéndez.

¡Con cuanta emoción pasó el antíguo estudiantillo de aldea por delante del vetusto palacio en donde había nacido! ¡Qué de recuerdos tristes! ¡Qué de miserias! ¡Cuántas escaseces y cuantas amarguras le recordaban aquellas paredes cubiertas de hiedra!

Por un momento dió tregua á los afanes de ver á Chucha y se detuvo: levantó la vista creyendo que detrás de los cristales hechos pedazos, asomaba la fisonomía dulce de su madre, sonriéndole. Sí: desde allí lo había llamado muchas veces cuando él jugaba en el prado que estaba en frente. A la ventana de la derecha lo asomaba siendo pequeñito, para que viese cómo los trabajadores revolvían la yerba y hacían los *varales*.

¡Oh! si aquella santa viviese, si pudiese contemplarlo en aquel momento! !Por dar un minuto de felicidad á la que él juzgaba mártir, renunciáse el hijo amoroso á la mitad de su vida! La otra media pertenecía á Chucha, á la mujer adorada, cuyo recuerdo era el único compañero de su horfandad.

Conmovióse Menéndez ante las lágrimas que Manolín consagraba á su madre, y Lanzas cortó la escena diciendo:

—¡Vamos, vamos! que lo pasado, pasado está y para morir hemos nacido todos.

Pusieron los caballos al paso: Pachín no llegó á alcanarlos porque, medio amoscado, tomára el camino de su asa arrepentido de haber bajado á Navia.

La vista de la iglesia de Suaces y del cementerio en donde su madre reposaba, reavivaron en Manolín los recuerdos tristes. Le parecía mentira que volviese á Suaces como volvía; él, que jamás pudo soñar en salir de la miseria y de las tristezas de la casa solariega.

Todos los aldeanos le saludaban llamándole D. Manolín: ya le daban el don que antes le negáran y, sin embargo, era tan hijo de Dª Manolita y de D. Sancho del Cueto antes como ahora.

Una cuadrílla de mozas que cantando un *son del agua* una cantinela pausada, lánguida, cadenciosa como el eco triste de las montañas y de los ríos bordeados por altísimos chopos, pasaron por delante de los caballeros, interrumpiendo la copla al divisarlos. ¡Con qué curiosidad miraron todas á Manolín! Le habían visto marchar, guapo sí, pero tímido, encojido, casi aldeano, y le veían volver arrogante, hermoso, vestido con elegancia y con el aire de la corte. Todas le habían llamado Manolín á secas y le habían hablado de tú, pero ya no se atrevían á mirarlo: él les dijo adios cariñosamente, aunque sin familiaridades: jamás las había gastado con nadie.

Las muchachas le escudriñaron con el rabillo del ojo: aquél no era de los que gastaban conversaciones y bailaban giraldillas: no había esperanzas de que retozase ni tenía el aspecto de algunos *americanos* y de otros *madrileños* que pasaban el verano de fiesta en fiesta con el paraguas debajo del brazo pegando empujones á las mozas y convidándolas á rosquillas.

Manolín era señor, y sobre ser señor, decían que tenía mucho talento, y sobre las dos cosas muy formal y muy callado.

Si cuando muchacho era tieso y orgullosito ¿qué sería viéndose ya hecho un hombre y con el padre conde?

Chucha, don Anselmo y Lucía con su rorro, aguardaban al viagero en el Castañar.

La entrada de Manolín fué animadísima: los tres se avalanzáron á él: Chucha frenética, don Anselmo tembloroso y emocionado, su hermana echándole el chiquillo encima.

Quiso cojerlos á todos y abrió los brazos, pero al juntarlos, aprisionó solamente á Chucha, que lo besó cien veces, sin que los labios del joven se entreabriesen una sola.

Se moría de vergüenza.

En cambio besó á don Anselmo y á su hermana y al hijo de ésta, que le llenaba la cara de baba, de los puros refregones que Lucía le obligaba á dar á su tio.

—¡Mira tu *sobrinin*, hombre! mira que hermoso es, y que blanco y que rubio . . .

—Sí, es muy guapo, contestó Manolín, pero mirando á Chucha: á Chucha, á la cual encontraba repuesta, más gruesa, más animada, con diferente semblante del que había sacado de Madrid.

—¿Cómo la encuentras? vamos á ver, preguntó Menéndez.

—Mejor, mucho mejor.

—Ya lo creo: come regularmente, y no tiene las bascas y los revoltijos de estómago que tenía.

—¡Como que eso no dura todo el tiempo, saltó Lucía, los primeros meses no más; yo no pasé de los cuatro con esas fatigas y esas angustias: ¡Jesús! parece que se va uno á morir, y luego nada; es para mejor . . .

Chucha hacía con sus preguntas atropelladas que no entendiese Manolín lo que decía su hermana: que como cuidaban los criados la casa; como estaba su pariente la marquesa, si había visto á la charlatana de la generala y, sobre todo, á la indigesta de su hija Pepa.

Sí le había mortificado mucho el sinvergüenza de don Prudencio. . .

—Nadita, porque siempre que ha ido á verme le han dicho que no estaba en casa.

—¡Hombre! has hecho mal, dijo Menéndez.

—Ha hecho bien, porque ha obedecido mis órdenes, objetó Chucha precipitadamente.

Llegó el equipaje de Manolín y Chucha llevó al joven á sus habitaciones; dos muy bonitas y muy bien arregladas que caían á la huerta, y por cuyas ventanas bajitas trepaban campanillas y pasionarias.

La conversación duró poco; Lucía se amoscó porque creyó que estorbaba al lado de su hermano, segun lo absorbido que Chucha lo tenía, y porque Manolín no se comía con extremos de cariño á su sobrinito. Le habló de las gracias del muchacho, de que sabía decir tio, cosa que Jesusín no quiso repetir; le contó que hacía tortitas y topa carnero, y todas las monadas que, segun Lanzas y su mujer, debían embelesar al tio como embelesaban á los padres.

Ni salieron éstos muy contentos del Castañar, ni quisieron quedarse á comer, pretextando que no debía salir de noche el niño. Don Anselmo se marchó, rogando á su antíguo discípulo que fuese al dia siguiente á servirle de sacristán, para ver si se le había olvidado ayudar á misa, manera delicada de obligarle á oirla.

El buen párroco tenía hecha esta promesa á la Vírgen del Cármen, y quería cumplírsela.

A las nueve de la noche ya estaba Manolín en su cuarto por instigación de Chucha que, suponiéndole cansado con cuarenta y ocho horas de tren y diligencia saltarina, le había obligado á retirarse con harto sentimiento de Menéndez, que hubiera querido tenerle á su lado para resarcirse

de tantas noches pasadas en tonto desde que estaban en el Castañar.

Al conde le sucedía una cosa, de la cual no se daba cuenta exacta. El entusiasmo que había sentido al oir decir al doctor que su mujer podía estar en cinta, habíale pasado. El despego de Chucha le hacía pensar que sin su estado, no tuviera aquel mal humor ni aquellos desplantes, ni tampoco se encerrase de noche en su cuarto. Esperaba con ánsia al heredero de su nombre, pero no quería menos á Manolin, ni pensaba que el hijo legítimo robase al adulterino un átomo de aquel amor que, con el cariño del joven, con la vida común, con sus bondades y con sus triunfos académicos había ido creciendo.

Hasta le parecía que quería mucho más que antes al hijo de doña Manolita, y sentía deseos de decirle: tú eres sangre de mi sangre, vida de mi vida, y no tengas envidia, porque no será más querido que tú el sér que todavía no ha nacido.

Menéndez se acostó mal humorado al ver que se le malograba la ilusión de charlar con su protegido hasta las doce de la noche, lo menos.

En fin, al dia siguiente se desquitaría: en cuanto Manolín volviese de la iglesia, ya no le dejaría apartarse de su lado.

Chucha tenía dolor de cabeza, y dió orden de avivar las faenas domésticas; á las diez y media no quedaba nadie levantado en el Castañar, y solo algun ladrido de los mastines que guardaban la casa, interrumpía de vez en cuando la placidéz de una noche de junio, alumbrada por el cuarto menguante de una luna clarísima y poética.

Era la noche del veinte y tres; noche clásica en todos los ámbitos del mundo católico. San Juan es el santo de las verbenas bulliciosas, de las mañanitas tradicionales, de

las costumbres sencillas, de los amores pastoriles y de las enramadas olorosas.

Los mozos de Suaces no pensaban acostarse aquella noche; debían embromar á los vecinos transportando carros y aperos de labranza de una casa para otra; faena pesadísima y brutal, que cuesta luego mil trabajos á los dueños respectivos. Pero, en cambio, la tarea de adornar con yerbas del santo, hinojo y retama silvestre, las puertas y ventanas de las mozas, tiene mucho de poético y no poco de sublime.

Por inculto que un hombre sea, adquiere cierto grado de espiritualidad cuando confía á las flores una declaración, ó las hace mensajeras de su pensamiento.

***

Chucha se había retirado á su cuarto con la aparente tranquilidad de todas las noches, pero jamás los minutos le parecieran tan largos, tan interminables. Tenía formado su plan de antemano; nada había comunicado á su amante, y por lo mismo era mayor su ansiedad. ¿Qué pensaría?. Hizo que Carmela la desnudase para no alterar las costumbres y cuando hubo tenido puesta la camisa de dormir y la gorra llena de lazos y encajes, ordenó á la mulata que saliese para correr el cerrojo.

En su acento alterado había impaciencia y ansiedades mal disimuladas.

Cerró, volvió á ponerse las medias y unas zapatillas de raso azul, bordadas primorosamente y ostentando la corona condal; sobre la camisa de dormir, que era de batista, escotada por delante en forma de corazón y con la manga abullonada y sujeta con lazos, se puso una bata de velo de religiosa, color salmón, con encajes negros; pero todo

precipitadamente, con una prisa loca, y sin detenerse á contemplar su figura en el espejo que de cuerpo entero la retrataba.

Apagó la luz de un soplo y abrió el balcón que daba al jardín; la luna entró de lleno iluminando el dormitorio con claridad pálida y ruborosa. Con cuidado, con mucho cuidado cerró el balcón de tras de sí, y corriendo, sin detenerse en la pequeña azotea, á la cual daba el balcón acceso, bajó los seis escalones de piedra que conducían á la huerta; recojió la cola de su elegante bata con un movimiento rápido del brazo derecho y corrió hácia las ventanas de Manolín.

No se había él acostado, era natural: estaba vestido, apoyado en el alféizar, fumando y soñando quizás en que por allí debía llegar la felicidad que tanto ansiaba.

Antes que Chucha apareciese la presintió el corazón de Manolín, y la vieron sus ojos. Apercibirse de su presencia y saltar por la ventana, fué todo uno: estrecháronse en un abrazo frenético, y el tímido amante de la tarde, se desquitó de su cortedad, besándola con delirio, con frenesí rayando en la locura.

Tanto tenían que decirse y tanto se decían, que no pensaron en sentarse ni en buscar refugio; se disputaban las caricias, se robaban las frases, se arrebataban los besos; unos besos mascados y deglutidos con atraganto asfixiante.

Se enlazaron los cuerpos, y se fundieron las almas; se oprimieron tanto los brazos y tanto se compenetraron las sensaciones, que les flaquearon las rodillas trastavilleandoles los piés y no pudiendo guardar el equilibrio cayeron al suelo Chucha y Manolín sin darse cuenta de la caída ni apercibirse del golpe.

Estaban al pié de un cerezo en cuyo aspero y robusto

tronco apoyó Chucha la espalda cuando sintió cierto malestar que le producía desasociego en los riñones.

—¿Quieres subir á tu cuarto?

—No, quiero estar aquí, aquí; déjame respirar, déjame gozar de esta noche deliciosa.

¡Cuánto he soñado este momento! Cuantas veces la imaginación lo ha forjado contemplando esa luna que yo ansiaba convertir en protectora y testigo de nuestros amores.

—¡Mi vida, mi amor del alma! Y Manolín apoyó la cabeza en el seno de Chucha abrazándola por la cintura.

Acariciaba ella los rizos ensortijados del joven, su frente despejada, su barba recortada y crespa, y le besaba con deleite; con pasión arrobadora, hablándole sin cesar, preguntándole mucho; quería saberlo todo, todo; le pertenecían los días pasados, las horas, los minutos y era preciso que el se lo contase todito sin engañarla ni ocultarle la cosa más pequeña.

Manolín sonreía felíz por las amorosas nimiedades de su amada y se disponía á comenzar la relación de sus soledades madrileñas, cuando Chucha exhaló un pequeño grito de dolor que no pudo ahogar á pesar de sus esfuerzos.

—¿Qué tienes?

—Nada; un dolorcito . . . espera; quiero encoger las piernas . . . así: recuéstate ahora . . . ponte bien; aquí la cabecita: arrímala más; quiero que te ilumine el rayo de luna que viene á buscarnos separando las ramas del cerezo. Así, ¡Qué hermoso me pareces! ¡Mi vida! ¡Mi amor!

Y Chucha oprimió en otro momento de entusiasmo la cabeza de su amante.

Después de una pequeña vuelta, para mayor comopidda de ambos, recostóse Manolín sobre el brazo de Chucha que le rodeó el cuello con amor, contemplándolo en su regazo

como la madre al hijo querido, como Maria al Redentor después del descendimiento.

Estrechó la Condesa á Manolin y oprimióle tanto la cabeza contra su vientre, que el dolorcillo reproducido quizás por el esfuerzo, le hizo lanzar un nuevo grito, pero más que de dolor fué éste de sorpresa, de terror, de espanto.

Hirguióse Manolin sorprendido al mismo tiempo y se puso de pié sobresaltado.—¡Chucha! ¡Chucha!—dijo con asombro.

Chucha no contestaba: temblando de emoción, y conteniendo el aliento, apoyaba las manos en los hijares apretándolos mucho como si quisiera contener una cosa que pretendiese escaparse

Allí se movía algo, algo que la llamaba, que daba vueltas como el pez en redoma de cristal; era una sensación desconocida y única en su vida.

—¡Manuel! ¡Manuel! Ayúdame á levantarme: ¡pronto!

Manolín la cogió por debajo de los brazos y la puso de pié como si se tratase de una niña.

Pero Chucha volvió á decir ¡ay! arqueando el cuerpo hacia adelante y apoyándose en los hombros de Manolín porque la fuerza del dolor le hacía tomar instintivamente aquella postura.

¡Chucha de mi alma! dime que tienes, háblame, sácame de la confusión horrible en que me ha puesto una sospecha. Yo he sentido aquí . . . si, he sentido Chucha mía: déjame, déjame, no retires mi mano: ¡Oh! ¡Chucha! ¡Chucha! ¿Por qué no me lo has dicho antes?

¡Qué imprudencia! ¡qué imprudencia!

¡Soy un desdichado!

Ven: ven á tu cuarto, ven á la cama, ¡Dios mío! ¡Dios mío!

El aventajado estudiante de tercer año de medicina vió

claro entonces: recordó los síntomas, lo recordó todo y convencido de que chucha era madre sintió un nuevo dolor en el alma. ¡Conque la estéril, el árbol sin fruto, la *mula* como don Prudencio había llamado á la esposa de Menéndez en un momento de grosera franqueza, iba á tetener un hijo y aquel hijo que llenaría de orgullo á su protector no era legítimo, usurparía nombre, título y riqueza, que no le pertenecían . . ¡porque el hijo de Chucha era suyo, sí, su hijo; su hijo!

Manolín rompió á llorar después de recostar á Chucha sobre el sofá. Apenas había podido subir seis escalones: él tuviera que conducirla casi en brazos, pero cada vez que la suspendía quejábase más hondamente. Los riñones y las ingles le dolían como si le metiesen clavos y en el estómago sentía retortijones de cólico qne la mortificaban más que los otros dolores.

—¡Mi vida! ¡me muero, me muero!

—¡Chucha de mi alma! no será nada; y el joven quería infundir á la paciente esperanzas que no tenía.

Fué necesario que se retirase Manolín á su cuarto para que Chucha llamase.

¡Qué alboroto! ¡qué confusión la que se promovió en el Castañar!

Unos á buscar el médico, otros á doña Lucía y otros á una vieja partera que vivía en un caserío cercano.

Menéndez estaba loco y pretendía que su pupilo entendiese de aquello para sacarle de dudas, para curar á Chucha, para salvar á su hijo.

Manolín sufría como un condenado; se retorcía los brazos y maldecía sus incompletos estudios que no llegaban á mitigar los sufrimientos físicos de la mujer adorada, ni á salvar aquel ser inocente que debía morir, apenas formado, por el crímen inconsciente de una pasión loca.

Creía Manolín que la catástrofe se había determinado á causa de aquel golpe seco, de aquella caida á plomo debajo del cerezo cuando enlazados y rígidos los brazos, débiles las piernas y exaltados los nervios por cerebros igualmente generadores de sensaciones febriles, habíanse desplomado sobre la yerba olvidados de la tierra y del Cielo.

El feto se agitaba sin cesar en el claustro materno y Chucha sentía miedo; pero miedo extraño, asco de aquello, de aquello que á costa de todo hubiera querido arrojar de si como si se tratase de un reptil asqueroso.

¡Y eran aquellas las dulces sensaciones que las madres experimentaban á la primera señal de vida que daban sus hijos! Sin poder evitarlo la imaginación se forjaba un bicho, un sapo grande, un mónstruo pequeño . . . ¡Qué horror!

El cólico se presentó franco, pero los dolores no cedían y otra evacuación terrible se presentó alarmando más y más á Chucha. Cuando llegó el médico estaban cambiando sábanas y colchones. Agua, agua sucia que arrojaba hasta el suelo.

El médico que era un pobre señor entendido medianamente solo en pulmonías y tifoideas, opinó que mientras el feto tuviese vida debia evitarse la provocación del aborto. Manolín, en sus adentros, opinaba, como la vieja partera, que la salvación de la madre consistía en arrojar cuanto antes la criatura. Pero Manolín ni la vieja tenían voz delante del saber atestiguado por un título universitario.

Era el uno muy joven, era la otra muy indocta y era el médico de Suaces muy aferrado á sus opiniones.

Aumentaron los dolores y descansó el feto: creyó el médico que había muerto, pero á la media hora comenzó á dar señales de vida y, lo que fué peor, se presentó una hemorrajia difícil de atajar.

Lucía andaba de un lado para otro, emitía su opinión, ordenaba lo que le parecía oportuno para estancar la sangre y á las seis de la tarde del día de San Juan continuaban las cosas en tal estado; el feto vivía, la madre desangraba y la debilidad se apoderaba de ella hasta faltarle las fuerzas para quejarse.

Menéndez seguía opinando como el médico: entretando la criatura viviese debía evitarse perderla.

Manolín sufría más cada momento: él, el padre, consentía en matar al pedazo de sus entrañas con tal de salvar á la mujer amada, los otros, los que no sufrían lo que él estaba sufriendo, los que no adivinaban bajo los latidos del feto la lenta y penosa agonía de aquella carne de su carne, pedían la continuación del sufrimiento para Chucha. para la vida de su vida.

¡Lucía! ¡Lucía!—Gritó la enferma buscando fuerzas en su propia flaqueza—dile á tu hermano que me saque esto; no puedo más, no puedo más; mi marido y ese médico quieren matarme.

—No diga V. eso Chuchita: ¿cómo es posible que Ricardo . . ? ¡el pobre quiere conservar al hijo y á la madre!

—No, no, no es su hijo no es su hijo.

—¡Jesús! ¿qué dice V?

—La verdad; es hijo de tu hermano, de Manolín, y Manolín consiente en perderlo por salvarme; él tiene derechos, el solo, no quiero ver á nadie más que á él, á él y á tí, anda, anda por Dios, que me muero!

La esposa de Lanzas sufrió una transformación súbita en sus sentimientos.

Había presumido bien, había tenido razón asegurando que no era de Menéndez . . . ¡pero que horroroso castigo! ¡qué providencia tan justiciera! ¡su madre estaba vengada! ¡vengada!

Era necesario evitar que Ch ucha hablase en el furor de la exaltación: ¡qué conflicto si se traslucía! ¡si cruzaba una sospecha por el pensamiento del marido!

Lucía no perdió momento; habló, se movió mucho, discutió, y por fin los redujo á la operación.

El médico, alarmado ya, y viendo que el conde se había dejado vencer por los argumentos de Lucía, pidió reconocer antes á la paciente, pero un reconocimiento formal, no como los que á duras penas había ella consentido antes.

—Sí, dijo Chucha, pero que me reconozca Manolín.

Ni su marido, ni Lucía, ni Lanzas, ni nadie, ni el mismo Manolín, pudieron convencerla.

Tenía más confianza en el talento del estudiante que en el título del médico.

Pero, ¿cómo decírselo al buen señor?

Lucía que estaba dispuesta á allanarlo todo, y que repentinamente había sentido hácia Chucha un amor grandísimo, propuso al médico que aceptase á Manolín por ayudante. El hombre vió abierto el cielo; temblaba ante aquel conflicto y quería que alguien le ayudase á llevar la cruz en el caso de que ocurriese alguna desgracia.

Accedió Chucha, por fin, á que la reconociese primero el médico del concejo.

El galeno de aldea dijo que vivía el feto, y que su opinión era la misma de antes, que tenía mucha vida.

La emoción del estudiante fué grandísima. Tuvo que hacer un esfuerzo sobrehumano para olvidarse de quien era la mujer cubierta por aquel lienzo blanco y finísimo. El no sabía nada, no era nadie todavía para dictaminar, pero creyó advertir que estaba el útero contraido; que había descendo y que la hemorragia no cedería mientras no se verificase aborto.

—Si eso es así, vendrán los dolores de parto, dijo el médico: pero los dolores no venían, y la debilidad de Chucha los hubiera hecho inútiles, aunque se presentasen; no había fuerzas, no había sangre, no había resistencia.

Por mandato de Manolín se le dió jeréz, se le administraron caldos con vino de Burdeos y leche con cognac.

La fueron sosteniendo durante la noche, porque, segun el médico, debía esperarse á la salida de la luna y al fresco de la mañanita; si no se presentaba el parto de grado á esa hora, obraría según los deseos de todos, aunque salvando su responsabilidad: la operaría.

A las cinco de la mañana estaba el Castañar lleno de gente, aguardando el resultado de la operación, que debía comenzar á esa hora.

Manolín había llorado mucho, mucho, en los brazos de su hermana y al pie de la cama de Chucha. Los quejidos de ésta le desgarraban el alma. Sufría ella por su amor, por su amor, que tal vez le produjese la muerte. ¡Qué noche tan horrible pasó el desgraciado hijo de doña Manolita!

Y tenía que presenciar la operación, tenía que ayudar á ella, tenía que seguir con el alma desgarrada la mano de un cirujano poco experto, cuando dilatase aquellos tejidos hermosos, que crujirían de dolor al sentirse torturados por el odioso forceps.

—¿Me moriré? preguntó Chucha á Manolín besándole las manos conque él acariciaba sus labios exángües.

—No, vida mia, no; si tú te murieses yo también me moriría.

—Sí; ¿verdad? Pues ya lo sabes, si me muero, m... vo no quiero que vivas: te casarían con la hija de la g

rala. Para mí tus caricias; para mí tu amor, para mí tu vida; júrame que te matarás si yo me muero.

—¡Te lo juro!

—Por nuestro amor y por tu madre.

—Por mi madre y por nuestro amor.

Después de este juramento volvió Chucha á quejarse.

Manolín se creía más tranquilo para afrontar el fatal momento. ¡Cuánto lo temía y cómo lo deseaba!

Don Anselmo y Pachin también estaban en el Castañar, en una sala baja, con otras personas, á las cuales hacía Lanzas compañía, ya que él no tocaba más pito que ir de vez en cuando al cuarto del conde; á éste no le dejaban estar al lado de su mujer; sobre todo, desde que Chucha había hecho la gravísima confesión, procuraba ésta retenerle alejado el más tiempo posible.

Llegó el instante, no había más remedio. En el dormitorio de la condesa estaban el médico, Manolin, la partera, Lucía y Carmela, que lloraba oculta en un rincón. La niña se moría, lo estaba viendo, y con la niña íbanse al otro mundo todas sus alegrías. ¿Quién la querría á ella, pobre mulata, cuando faltase su amita cariñosa, la única que había conocido?

Lucía estaba también emocionadísima. Por vez primera en su vida sentía dolor en el alma; había llorado por sus padres pensando en la horfandad y en la miseria; había lamentado su pobreza desesperándose y renegando del mundo; pero la lucha que sostenía en aquellos momentos, la pena de ver á su hermano desfallecer y á su amiga sufrir, era grande, cual ella no pudo jamás figurársela. Adinó aquel amor inmenso, casi tan inmenso como la desgra a que los perseguía, y el espectáculo de una mujer moriunda llevándose á la eternidad las ilusiones de un hom-

bre adorado, capáz era de conmover el corazón más empedernido.

La vista del forceps produjo escalofríos en Lucía: ¡qué feliz había sidó ella! ¡con qué felicidad había echado al mundo á su Jesusín! ¡Cuántas gracias tenía que dar á la Vírgen de no haberse visto en aquel trance!

Comenzó la operación: Manolín pulsó á Chucha con toda la tranquilidad que pudo encontrar en su espíritu apenado.

—¡Imposible!—pensó—¡se acaba su vida! ¡nos reuniremos pronto, Chucha de mi alma! Y comenzó á dar vueltas al instrumento cruel, oyendo con el corazón atrofiado por el dolor los quejidos débiles de la mujer querida.

Lucía que sugetaba la cabeza de Chucha lanzó un grito agudísimo.

—¡Se muere, Dios mío, se muere!

—¡Don Anselmo! ¡don Anselmo!

Pero la operacion estaba comenzada; el médico buscaba el feto con mano trémula y Manolín sintió las palabras de su hermana como puñalada en medio del pecho; pero inmóvil, pálido, moviendo el labio inferior con temblor imperceptible y sin pestañear, míraba fijamente las muñecas que hacían movimientos criminales, según lo que Manolín entendía; aquel hombre le resultaba un asesino, un asesino legal de la mujer adorada.

¡Oh! El doctor! ¡El sábio doctor de Madrid! ¿donde estaba?

—Ya no respira, Manolín—gritó Lucía.

—¡Basta! dijo el estudiante; déjela V. morir tranquila, dejela V., repitió con exaltación.

Don Anselmo entraba en aquel momento para pon la moribunda el último sacramento; Carmela había cc do á buscarle al sentir el primer grito de Lucía; Mené

precedía al sacerdote. Entraba desolado, llorando como un niño y llamando á su esposa con lastimero acento.

Don Anselmo, atragantado por las lágrimas, tropezando en las palabras y sin saber lo que hacía, puso los óleos y absolvió á Chucha, que espiró sin hacer una contorción, ni una mueca, ni un movimiento.

—Los primeros instantes fueron terribles: gritos desgarradores, palabras tiernas, ayes de dolor, todo se atropellaba entre algarabía conmovedora. Menéndez se abalanzó á Manolín y abrazados, estrechándose mucho, lloraron silenciosos, . . . el joven sollozando, ahogado el protector.

Pachín entró también; quería consolar al conde y no encontraba palabras; se quedó inmóvil, atontado, sin saber qué hacer ni qué decir.

Pasados unos minutos procuró Lanzas sacar de allí á Menéndez; se lo llevó á duras penas y en cuanto hubo salido besó Manolín á Cbucha estrechándole la cabeza entre sus manos y abrió precipitadamente el balcón para bajar á la huertu.

Pachín vió motivo para salir de la estancia fúnebre y bajó la escalinata tras de Manolín, pero viendo que éste corría y saltaba sin detenerse la ventana de su cuarto, volvió á buscar á Lucía para decirle:

— Oye tú, anda y dile á tu hermano que no se desespere tanto, porque parece un loco y cualquiera diría que piensa hacer una barbaridad.

—¿Dónde ha ido? ¿No está en la huerta?

—¡Quiá! fuése corriendo y metióse en su cuarto de un salto.

Asustada Lucía se encaminó por dentro de casa á las habitaciones de su hermano; Pachín echó tras ella muy asustado.

—No me dejes aquí, mujer, aguárdame.

Lucía sollozaba, y seguía caminando: bajó las escaleras que conducían al dormitorio de Manolín, sin que el bachiller la dejáre un pié.

—Oye chica:—dijo el mentecato suponiendo que á Lucía debía serle grata la conversación. A tu hermano vino Dios á verlo: ahora si que no tiene escape la herencia, porque Ricardín *non ha volver* á casarse: El diablo me lleve si non *debía de alegrarvos* la muerte.

—¡Déjame en paz animal! y la esposa de Lanzas entró con violencia en el cuarto de su hermano, cerrando tras de si la puerta y dando á Pachín con ella en las narices.

—¡Manolín! *¡hermanín* del alma! gritó Lucía viendo al joven con el semblante descompuesto y un revólver sobre la mesa, ¿qué vas á hacer?

—¡A matarme!

—No digas eso, no; eso no puede ser.

—Ella lo quiere y me aguarda, me aguarda, ¿oyes?

—No; ella no lo quiere.

—Se lo he jurado.

—Ricardo te necesita; ha quedado solo en el mundo.

—Le odio: su terquedad y la de ese imbécil han matado á Chucha.

—No le odies, Manolin: no puedes odiarle: es tu protector.

—Es su verdugo: la ha matado. Déjame: no habrá nadie que me haga faltar á mi promesa; lo he jurado por mi madre.

—Pues tu madre te maldecirá desde el cielo si abandonas á Menéndez.

Manolin miró fijamente á Lucia, que se le colgó al cuello rompiendo á llorar de nuevo.

—¿Por qué? ¿por qué dices que me maldecirá mi mad habla, pero no des alientos á la esperanza; quiero m

en cuanto me respondas; ella ha muerto; nadà me resta que hacer sobre la tierra.

—Sí, sí; es necesario . . . que co nsueles á tu padre.

—¡A mi padre! ¿qué has dicho? ¿Quién es mi padre? ¿quién? ¿por qué injurias á nuestra madre?

—No quiero injuriarla, quiero salvarte. Como era tuyo el hijo de Chucha, eres tu el hijo de Menéndez.

El joven abrió desmesuradamente los ojos, osciló su cuerpo y sin lanzar una exclamación ni un ¡ay! ni un quejido, cayó al suelo rígido como cae el cuerpo muerto.

Lucía espantada del efecto de su confesión gritó desesperadamente:

—¡Manolín! ¡Manolín!

FIN.